

Justino Cornejo
Académico de la Lengua



**LOS QUE
TENEMOS DE MANDINGA**

LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA

Justino Cornejo



JUSTINO CORNEJO nació en Pueblo Viejo (Los Ríos), el 9 de agosto de 1904, de padres ecuatorianos.

Estudios primarios, en su lugar natal, bajo la conducción de excelentes preceptores cuya memoria él exalta siempre, reverentemente. Sus estudios secundarios, en Quito, bajo la rígida disciplina alemana de la cual es panegirista convencido.

Movido por un incesante amor al estudio, penetró en algunos campos del saber, de manera que a sus actividades de maestro propiamente dichas añadió otras que las completaron y hermopearon: hizo Periodismo, exploró en el bello campo de la Lingüística y en el no menos bello del Folclore, enriquecidos ahora con valiosas contribuciones de quien ha llegado a ser autoridad en una y otra.

Pocos habrán hecho, como él, verdadera "carrera profesional" en el Magisterio, pues comenzó, en esta ciudad de Portoviejo, como profesor de 1er. grado en la Escuela Superior Tiburcio Macías y terminó como catedrático universitario en Guayaquil, después de haberlo sido en Quito. A manera de premio a sus méritos pedagógicos se le confiaron la Dirección General de Educación y la Inspección General de Colegios.

Aun cuando, en rigor, su carrera literaria principió en el Juan Montalvo en donde fundó periódicos y revistas e intervino en concursos y debates, cabe señalar que también en Manabí comenzó su tarea periodística en calidad de Redactor-corresponsal de El Mercurio, que se fundó en Manta, precisamente en 1924.

Desde entonces, no ha cesado. La cátedra y la tribuna, el libro y el periódico lo han tenido como su actor principalísimo, en la Sierra como en la Costa, en otras naciones lo mismo que en la nuestra, pues Justino Cornejo ha viajado como pocos en el Ecuador, agitado siempre por un ansia de aprender y de enseñar. Prácticamente, no queda sitio ecuatoriano en donde no haya estado, como no queda capital americana que él no haya visitado en misión cultural.

Reservados todos los derechos.

Es propiedad del autor.

La carátula de **LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA** es una preciosa colaboración del ya famoso artista de la lente D. Manuel Tama Gianni, del diestro dibujante D. Alfredo Yagual, ambos de Guayaquil, y del personal de la Editorial GREGORIO de Portoviejo, a quienes el autor expresa su agradecimiento.

Justino Cornejo
Académico de la Lengua

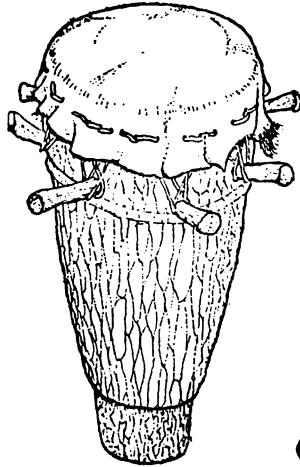
LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA

(Prohibida para negros, zambos,
mulatos y otros de igual ralea)

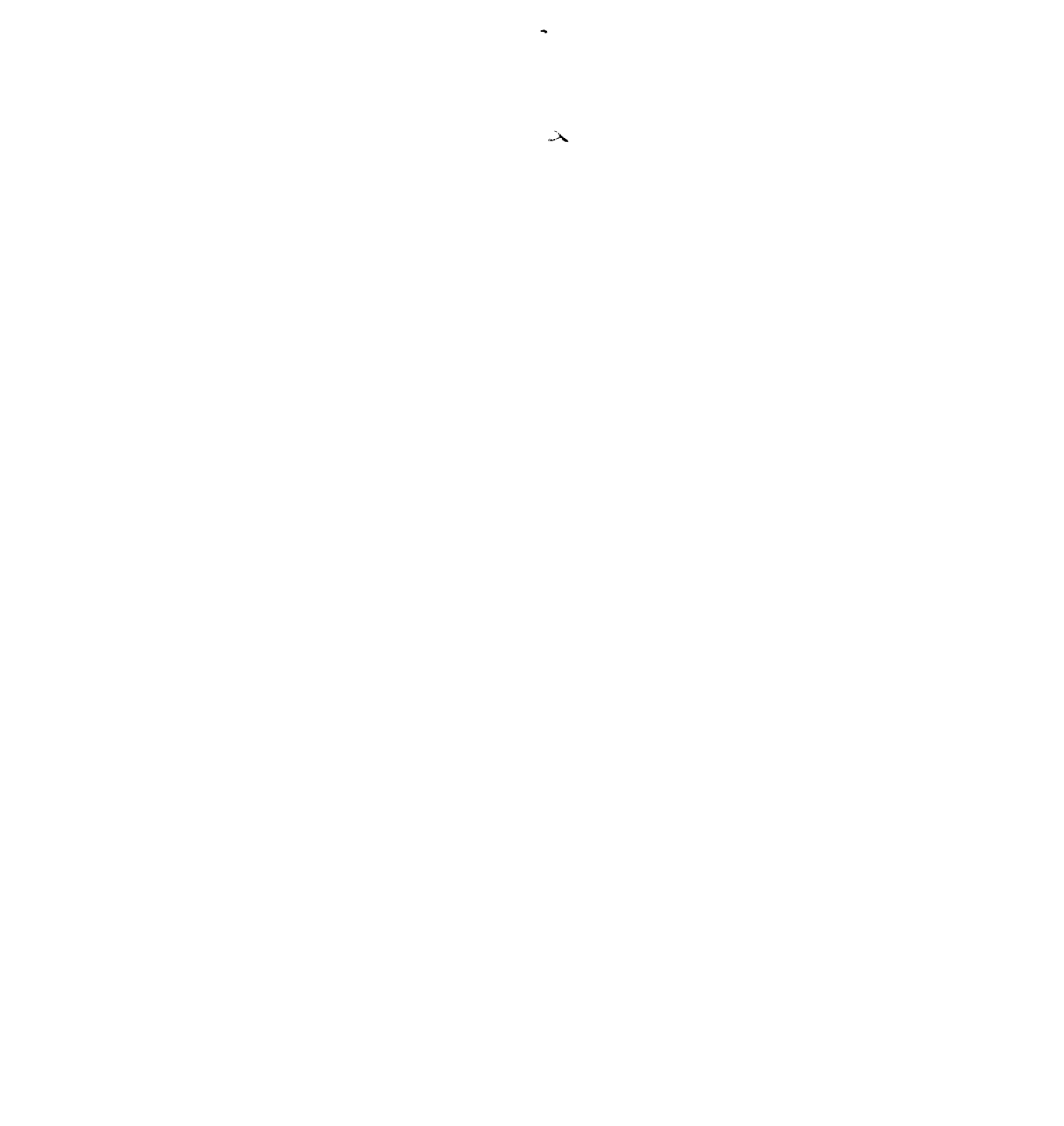
EN EL AÑO JUBILAR DEL AUTOR: 1973-74

*A la memoria del “Negro Indalecio”, el último
acordeonista de mi pueblo.*

(En América)
*"Quien no toca la flauta,
toca el tambor"*



(En América)
*"Quien no tiene de Inga,
tiene de Mandinga"*



“No es siembra de odio lo que propongo —ha dicho Justino Cornejo—, pues de odio estamos ahítos. Mi siembra será o es ya de amor”. Por esto, nada habrá que moleste tanto a nuestro autor como el calificativo de *racista*. El racista es una criatura con fobia, a veces camuflada. Si hay encono en LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA, será contra esos negros que sueñan en amanecer blancos en virtud de algún milagro, y contra los mestizos con alguna porción de sangre africana que ellos sienten con mal disimulado disgusto.

“Voy en busca de una conciencia negra que impida por igual el que los negros y sus descendientes se insolenten o se abatan”, es otra declaración del docto académico ecuatoriano. Los vocablos *segregación* e *integración* no se mencionan en este libro sino incidentalmente, porque sería necedad hablar de esto en donde no existe conflicto racial alguno. Aquí no cabe, desde luego que lo dominante es lo híbrido. Y, sin presión de parte alguna, el injerto será general mañana, para dar la razón al Prof. Cornejo, quien declara que “América no es ni será el Continente de los blancos, y ni siquiera de

los indios como han pretendido y acaso pretendan todavía ciertas personas con menos aptitud para razonar que para delirar". América, si no es ya el Mundo de los mestizos, lo será bien pronto, como él cree y desea.

En estas páginas, vibrantes de emoción, se han revisado conceptos manoseados con fines no siempre honorables, y se han expuesto otros que si pecan será por su alto grado de sinceridad y buena fe. El no tan nuevo tema de la *Negritud* se lo estudia en **LOS OUE TENEMOS DE MANDINGA** con un criterio americano, o, mejor, ecuatoriano, "pretenidamente original". Y con esta contribución se habrá enriquecido la Ensayística en Lengua Española, enriquecido y engalanado, pues su autor —estilista conocido en el ámbito hispanohablante— ha procurado que su libro se recomiende por algo más que su contenido: por la pulcra destreza con que está escrito.

A la suma de información que la obra atesora, se añaden unas cuantas coplas populares alusivas al moreno, y una selección de poesías negristas o "negroístas", en la cual figuran desde negros negros hasta blancos blancos, de muchas partes del globo, pues el tema que nos ocupa ha tenido simpatizantes y cultores en todas partes y épocas. Con ello se quiere difundir lo legítimo de la "Negredad", y, además, estimular a quienes: o todavía no se deciden a proclamar sus valores culturales, o se arrepintieron de haber hecho Literatura Negra, sin embargo de ser lo más cercano a su composición racial. . .

Con esta ocasión, Justino Cornejo reclama para sí el primicerio de los estudios negristas en el Ecu-

don, pues desde 1934, cuando visitó por primera vez a Esmeraldas —porción costeña del Ecuador con un buen porcentaje de población negra—, recogió algunas voces que le parecieron africanas, diversas estrofas del Cancionero “Afro” y otras expresiones de la tradición de color, como las referentes a la *tunda* y el *ripiel*. *Cununo*, *guazá* y otros términos del arte musical típico de Esmeraldas, constan en FUERA DEL DICCIONARIO que Cornejo publicó en 1938. Y sobre el negro ecuatoriano en general ha tratado en disertaciones públicas aquí y afuera, muchas veces y siempre con fervor indeclinable, con lealtad étnica y evidente honradez política, a pesar de lo débil de su mulataje.

El libro que ahora se publica figurará entre los innumerables que sobre el *homo niger* han aparecido en los últimos tiempos. Mas, pocos podrán igualarlo en agilidad y colorido, en valentía y belleza. LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA es un ensayo atrevido y fogoso como el propio temperamento de su autor, quien se propone recoger, en el predio afroamericano, a cuantos deben saber que no existe razón valedera que haga sonrojar de su ancestro a los negros ni a sus descendientes en el Continente “Afroindoamericano”.

De tal manera es apasionada y apasionante la empresa del Prof. Justino Cornejo, que por primera vez trata como exponentes de la “quinta raza” a personajes como Eugenio Espejo, Simón Bolívar, Juan Montalvo, Medardo Angel Silva. Y en su afán de probar que vive sus ideas dice, refiriéndose a Patricio Lumumba y Angela Davis: “Los recibo en

mi reino, no por lo que son sino a pesar de lo que son". . .

Por esto y lo demás, **LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA** es una obra digna de ser leída.

MOTIVACION

Ayer por la noche (miércoles 20, VI, 73) concurrí al teatro para presenciar el desempeño del "Ballet del Senegal": cincuenta artistas de color que vienen recorriendo escenarios de dos mundos, por no decir de tres. No creo que se trate, en rigor, de ballet. Pero es un espectáculo peregrino que agita y golpea fuertemente. Música, canto y danza, además de acrobacia, con desempeños individuales y colectivos, de hombres y mujeres, constan en el programa.

Yo esperaba —lo confieso— una cosa mejor. Mas, para lo que llega a nosotros, eso era bastante. Una crecida concurrencia llenó con mucha anticipación la sala de uno de los teatros guayaquileños, y una inusitada expectativa se notaba en todos los semblantes. Para la mayoría, el fenómeno era, ante todo, cerebral, pues se había hablado mucho acerca del "mensaje" de este grupo de negros que hasta acá nos traían el alma de su pueblo y de su raza, no tan distantes de la raza y el pueblo del Ecuador.

Para mí tenía otro origen. Era lo negro que llevo conmigo lo que comenzó a bullir y a quemar-

me desde el momento en que se publicaron las primeras informaciones acerca de este conjunto de artistas senegaleses con genio bastante a enardecer, delirantemente, públicos los más diversos. Pero, además, recibí el estímulo vivo y directo de aquel arte insólito que arribaba a nosotros, entre los que no son pocos los que debieron experimentar lo mismo.

Y ante el desempeño del cuadro, las notas arrancadas a los instrumentos de percusión —los tambores principalmente— y otros, me hicieron vibrar en una extraña embriaguez. Me parecía entender el lenguaje de los rústicos instrumentos, y despertarme al cumplimiento de un deber filial mucho tiempo aletargado. Sin pensarlo y hasta quizá sin quererlo, seguí yo con los pies y con todo mi cuerpo las estridencias enloquecedoras de las cantatas y tocatas negras: “¡Tan! . . . ¡Tan! . . . ¡Tan! . . .”

El estado de ánimo que tuve al salir de la función en que guerra y magia, trabajo y religión se hallan mezclados en cuadros de rica plasticidad, me pareció propicio para dar comienzo a un proyecto acariciado desde hacía muchos años. Bajo ese clima debía yo traer mis recuerdos, sacudir mis pensamientos, volcar mis emociones, ordenar mis lecturas, en homenaje —no importa que modesto— a la Raza Negra, en la no tan desdeñable porción de africanos que moran en tierras ecuatorianas, y como un llamamiento a los otros —zambos y mulatos— al cumplimiento de una obligación sagrada.

CANTO ELEGÍACO

¿ Ensayo ? . . . Talvez nó, que ahora estoy más para sentir que para pensar. ¿ Ensayo ? . . . Habría preferido yo ponerme a escribir un poema, pues hoy menos pienso que siento. ¡Cantar, en lugar de reflexionar! . . . Y cantaré, aunque en tono elegíaco, en cada capítulo que más se preste para ello, sin que por eso el ensayo deje de ser tal, desde luego que no existe realmente incompatibilidad entre el cantar y el reflexionar. Por otra parte, mi pasión de hombre "comprometido" con mi sangre no me faltará ni un sólo instante a lo largo de este haz de páginas.

Lo que yo diga será principalmente obra de la sangre, mi sangre. Como expresé una ocasión en el paraninfo de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Buenos Aires, "yo no alcancé negros en mi familia; pero mi padre fue mulato, sin lugar a duda, y, desde cuando tuve uso de razón, no sólo que no me sonrojé por la porción de glóbulos africanos que circulan por mis venas, sino que me ufané de ello, que en América, en esta América pujante, quien no tiene de Inga, tiene de Mandinga. En mu-

chos casos —el mío, por ejemplo— tenemos de Mandinga y de Inga. De ahí que yo, antes de que alguien me eche al rostro el mestizaje como un baldón, me adelanto a proclamarlo como un blasón". Vivo de veras orgulloso de ser mulato, aunque no lo sea sino en grado muy pequeño.

No es que, "a mal que no tiene remedio, ponerle buena cara". ¡De ninguna manera! Es que, sobre rechazar todo intento de teorizar sobre superioridad de grupos humanos basada en la sangre o sobre ciertos rasgos somáticos, creo sinceramente que lo negro no es menos digno que lo blanco o amarillo. ¡Y esto que todavía no me animo a hacer bailar en este fandango a Egipto, como pretenden algunos de mis corraciales! . . .

Lo negro, los negros me interesan particularmente. Lo mismo aquí que allá. Los he buscado, los he tratado, los he amado en Europa como en América, en los Estados Unidos como en Brasil, en Ecuador como en las Antillas. Si al caminar cuanto he caminado supe que por ahí había "gente de color" en la cumbre o en la sima, volé a ella, me mezclé con ella, sentí su aliento, oí su voz. No me fue difícil que aceptaran mi credencial, mis credenciales. Antes que mis cabellos rizados, apreciaron mi fuego, mi pasión, mi identidad espiritual con ellos.

Algo más: a mis hijos —habidos en mujer blanca— les he hablado —siempre con ardor de convencido— de que tienen la obligación de enaltecer aquella porcioncita de glóbulos africanos que giran en su sistema circulatorio. **Malgré lui**, cada uno de ellos ha ido aceptando esta realidad biológica y cultural. No digo social también, porque —por ventura— en el Ecuador no padecemos de sarna racista.

Quiero dar a este trabajo agilidad y gracia, que la mucha tesitura y la excesiva gravedad perjudican. Aspiro a que sus aguas sean profundas, pero no turbias; bullentes, pero no letales. Adrede haré que luzcan mis ideas un poco desordenadamente, o, quizá, con un ordenamiento menos exterior que interno. Páginas un tanto despeinadas las de este libro, con cierta naturalidad fresca, cónsona con mi propio temperamento. En ellas lo lírico no aparecerá divorciado de lo épico, y se integrará lo uno con lo otro, como en la Naturaleza, como en la vida, que así como no existe lo épico puro, tampoco existe lo lírico puro. Sin descuidar cotejos y comprobaciones, procuraré no enredarme en muchas citas, por lo demás inevitables en trabajos de la índole de éste que he acometido. Un poco petulantemente, habré de preferir mi parecer —si equivocado, no importa— al parecer de otros, tan falibles como yo. Además, en algunos capítulos, por no decir en todos, parto del supuesto real de que mis lectores son personas doctas a quienes no hacen falta el pormenor chocante ni la cita machacona.

IGUALES ANTE LA LEY

Juan Montalvo, uno de nuestros grandes, se rebeló — desde el siglo pasado! — contra el racismo, o, mejor, contra la discriminación por razones de raza. No pensaba, desde luego, tanto en el moreno como en el indio, porción desposeída y castigada desde antes de la llegada de los españoles, ya que los incas antecedieron a los castellanos del siglo XVI en eso del rigor brutal en el sometimiento de pueblos y naciones. Juan Montalvo no se encaró valientemente con el problema negro, a pesar de la evidencia de que él era un mestizo total, representante de aquel amasijo valioso que José Vasconcelos llamó —científica o acientíficamente— “raza cósmica”, “quinta raza” o “raza síntesis”, pues además de blanco e indio, tenía de negro. ¿No habéis visto su retrato? . . . ¡Más mulato que yo, indudablemente! . . . (¿No se debería esta elusión a que “en la casa del ahorcado no debe mentarse la soga”?

Las leyes ecuatorianas no reconocen privilegios basados en el color de la piel, en la naturaleza del

cabello, en el grosor de los labios ni en el grado de finura de la nariz. Desde muy atrás conquistamos, entre otras garantías, la "igualdad ante la ley" en cuya virtud "se prohíbe todo aquello que haga a unos ecuatorianos de mejor o peor condición que otros". La libertad del esclavo africano se proclamó desde los días de la Anunciación, con el superbo Anunciador Simón Bolívar (1816), y más tarde, en 1851, fue ratificada aquí, dentro del Estado soberano que se llamó Ecuador, por virtud del Jefe Supremo Gral. José María Urbina, a quien volveremos a mencionar en estas páginas.

El negro ha sido entre nosotros tan libre, o, si preferís, tan esclavo como los otros, víctima de un sistema que parece destinado a mantener la desigualdad social merced a la desigualdad económica, y que así como franquea las puertas a quien muestra su bolsa llena, la cierra fosco a quien — ¡no importa que de pellejo blanco y cabellera rubia! — la trae vacía

....

"Si el blanco está comiendo
con un negro en compañía,
o el blanco le debe al negro
o es del negro la comida"

¿Notáis? . . . Ario que come con africano; negro que da dinero en préstamo al blanco, y blanco que no recela de servirse los platos que le ofrece quien fue ayer su siervo. Yo conocí en mi tierra a un negro retinto a quien nadie dejó de llamar "D. Facundo Rocafuerte". Era mayordomo de una hacienda cercana.

Negros mismos no han llegado a la Presidencia del Ecuador. Pero bastaría citar dos mulatos de alta

calidad: D. Vicente Ramón Roca (1845) y D. Juan de Dios Martínez Mera, costeños ambos. De los dos, solamente uno de ellos, el segundo, cayó víctima de un oleaje que llamaríamos racial (1933). ¡Bajeza sin nombre!

No es cosa del azar el hecho apuntado en el párrafo anterior, pues fue la Costa Ecuatoriana el lugar en donde, por razones mesológicas, el negro sintióse como peje en el agua, igual que en su tierra de origen. Y como no se mantuvo casto ni limitó sus relaciones sexuales a las mujeres de su raza, poquito a poco fue oscureciendo la nividéz de la población americana, digamos ibérica, de la Colonia. Población americana blanca no es población americana, como tampoco lo es la india. Nuestro signo diferencial con respecto a otros Continentes es el mestizaje total: la fusión de las cuatro razas principales.

Como se sabe, la trata de negros ya estaba en vigencia cuando las tres carabelas de Cristóbal Colón llegaron a nuestras costas. De ahí que negros hayan venido desde el inicio de la gran aventura. Llegaron con el Almirante a las Antillas, y años más tarde estuvieron presentes en la fundación de Quito (1534). De seguro que cada cual de ellos tenía su dueño, si no eran presidiarios como tantos otros para quienes valía lo mismo podrirse en una cárcel de España que morir en un naufragio o en las garras de uno de aquellos monstruos espantables con que la imaginación había poblado las aguas de aquel inmenso mar desconocido.

Pero fue mucho después, cuando el P. Bartolomé de las Casas imaginó que la carne de los negros

era menos sensible que la de los indios —sus protegidos después de haber sido sus esquilados— y el alma de los negros menos divina que el alma de los indios, los lloriqueantes seguidores del turbulento Obispo de Chiapas(1). A partir de este hecho -expedición, por Carlos V, de la cédula del 9 de noviembre de 1528-, el horizonte americano comenzó a oscurecerse en todas direcciones, que así como llegaron infelices prisioneros africanos a lo que ahora son los EE. UU., llegaron a la América Media, al Caribe y al Mundo Andino. Y hasta al Río de la Plata, como se lee en un libro seriamente documentado de Eugenio Petit Muñoz (2) y en la obra, jugosa de Información y de estimación, de Ildefonso Pereda Valdez (3), uruguayo como el anterior. Capítulo aparte debería merecer el tráfico de ébano humano en las tierras descubiertas por Pedro Alvarez Cabral, en donde el 11 o/o de la población actual es negro, según una información recentísima.

Para los más rudos menesteres fueron traídos por miles, por millones. Barcos repletos iban tocando nuestras costas y dejando en ellas parte de su cargamento, en medio de cuadros generalmente desgarradores. Pueblos enteros de allá eran disputados aquí, según las conveniencias de los abominables negociantes, en quienes era piedra dura el corazón. Dicho se está que algunos, por causa de una larga navegación en medio de las circunstancias más adversas, adquirirían enfermedades que luego se curaban o nó... (4).

Esta porción de los dominios españoles no podía quedar excluída de los favores de comercio tan lucrativo como inicuo. De ahí que por un lado

y otro de su territorio hayan aparecido manchas negras que no dejaban de llamar la atención del nativo, diferente en algo más que la simple pigmentación: en su textura síquica y en su actitud ante la vida. Según la Ley Española, ellos debían ocupar el último escaño en la escala social, lo que significa legalizar un trato más inhumano que el correspondiente a nuestros indios, aplastados con exceso y al máximo envilecidos.

En muchos casos, a lo simplemente legal y moral sumábase lo geográfico, pues se los instaló en medios generalmente hostiles, hostiles por no coincidir con los suyos de origen. Bien podéis imaginar los sufrimientos de aquellos negros destinados a laborar en la Serranía, en donde el clima tiene, a veces, temperaturas más bajas que las correspondientes al clima templado. . . Ahí se entumecieron los infelices, se congelaron, se redujeron. Quizá entonces nació, por ellos y para ellos, el verbo *achucutarse*: recogerse y acobardarse como ciertos monos llamados *chucutos*, por obra del frío y la soledad circundante.

Sin embargo, su espíritu los salvó siquiera a medias. El negro no nació para esclavo: aún cargado de cadenas, fue libre. Si la servidumbre lo alcanzó por fuera, por dentro lo dejó indemne. Su llama interior —intensa, quemadora, fiera— se mantuvo encendida. Sí que tenía conciencia de la distancia que lo separaba de su hábitat originario, y que sabía que allá mismo no habría podido llegar. Pero, si la Sierra era paraje destinado a su vivir y a su hacer maldito, no le faltaba intuición para adivinar que más allá de las montañas ingentes había planices re-

gadas por ríos caudalosos, y árboles gigantes, y animales fantásticos como los suyos del Africa pupante. Así como de la Sierra Ecuatoriana huyó a la Costa, de Bolivia huyó a la Argentina.

Así se explica el hecho de que, no obstante jamás haber aceptado la sujeción al indio, su inferioridad con respecto a él, se fugara en la primera oportunidad, y, más animal que hombre, tomase el camino - icamino! - que lo llevara al Trópico sin modificación, con fuego que a través de la piel le llegaba al alma. Los negros se volvían cimarrones, esto es, criaturas salvajes pero libres, cuyas cabezas, a menudo, se ponían a precio por sus respectivos dueños. Dichosos desdichados, se arriesgaban a todo, por el disfrute pleno de su albedrío, sin coyunda ni tutelaje anulador.

HO R R I B L E T R A V E S I A

Y D E S E M B A R C O A T R O Z

En largos y penosos viajes, sobresaltados siempre y siempre temerosos, llegaron acá por miles, por millones, en años sucesivos. Padre e hijo, marido y mujer, hermanos entre sí, unidos por un común destino trágico. Por causas las más diversas, habían sido derrotados, cautivados, negociados, desarraigados y desparramados por el Globo, en una emigra-

ción forzada bajo cielos extraños, sin las cenizas de sus muertos ni el altar de sus ídolos. Pocas veces la dignidad del ser humano descendió tanto como entonces: descendió menos en las víctimas que en los victimarios. Nó, bien difícil es imaginar el drama de esa gente cuyos lamentos, maldiciones quizá, poblaron las sombras de las noches sobre el dilatado mar inclemente. ¡En vano miraban, inquisitivos, el remoto fulgor de las estrellas! . . . Se sabe que algunos, logrando zafarselos grillos, enloquecidos se arrojaban al mar.

En llegando a los puertos del Nuevo Mundo, los compasibles captivos eran arreados burda y cruelmente por boyeros insensibles hacia las cárceles, que con los recién llegados se repletaban pronto. Hinchidas éstas, el resto del cargamento era conducido a ciertas casas de la Corona, habilitadas para recibir a tan indeseables huéspedes. Y, por fin, cuando ni esto bastaba, se recurría a levantar galpones apresuradamente: galpones como aquéllos que ha pocos días fueron improvisados en Manta (Prov. de Manabí, Ecuador) para alojar, con mayores consideraciones que ayer para los negros, a los bovinos comprados por el Gobierno del Ecuador a los ganaderos de Costa Rica. Allí, ellos y ellas, los chicos y los grandes, los enfermos y los sanos, los amigos y los que antes de la tragedia no se habían visto jamás, y no siempre hablando una misma lengua, pues en Africa hubo y sigue habiendo muchísimos idiomas. . . De allí, a las mitas, las encomiendas y los obrajes, de la Costa y de la Sierra de la Presidencia de Quito, en donde por excepción hallaban un amo que desinteresadamente se condolesiese de ellos.

La ventura de estos desventurados irradió su poquitín en países como Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo Y Panamá, y, sobre todo, en Brasil, pues la Naturaleza les fué desde el comienzo favorable. Allí sintieron que su esclavitud era menos esclavizante y menos extraña su extrañez. Por eso se arraigaron excelentemente; se propagaron, y se alzaron, sinembargo de que durante siglos su condición jurídica fue la misma que en el vasto Imperio Español. El color de sus trajes y el sonido de sus instrumentos fueron allí más lucientes, y la sangre de ellos corrió allí mejor por sus venas.

NEGROS EN COSTA Y SIERRA ECUATORIANAS

Volvamos al Ecuador. Los que fueron destinados al Litoral no tuvieron mayor problema. Al amparo de nuestros bosques fueron tomando conciencia de su nueva suerte, que de alguna manera tenían la obligación de hacerla llevadera. Navegaron por sus ríos, treparon a sus árboles, alimentáronse de caza y pesca abundantes y magníficas; disputaron a las bestias y las aves los frutos de los campos, y, mientras se apropiaban del habla de los conquistadores, iban olvidando sus lenguas aborígenes, aunque dejando testimonio de ellas. De las dichas hablas queda, entre nosotros, poquísimo, sin duda por la ninguna afinidad entre ellas y las demás, inclusive el Castellano, que no pudo asimilar más de lo que asimiló.

Un Río Congo sigue corriendo por el cantón Balzar (Prov. del Guayas, Ecuador); un apellido **Mina** forma parte de la identificación de algunas gentes de color; **Anangón** se apellida un dirigente comunista de los trabajadores de uno de nuestros ingenios, y **conga** se llama una hormiga negra, porfiada y voraz. **Mandinga** (Demonio), **tonga**, **mondongo** y **cachimba** ¿no son africanismos de buena ley? . . . Nuestros negros labraron las **bambas**, se hacían a la mar en **bongos** y mostraban sus **bembas** mientras bailaban la **bomba**, al son de sus **marimbas** acompañadas de **bongó** y de **guasá**, instrumentos que podían servirles, además, para ahuyentar la **tunda**. . .

Esmeraldas es aquí la provincia de los negros. Moran ahí (noroeste del Ecuador) en mayor número que en ninguna otra parte. Imprimen color característico a la población. Dicho se está que ningún otro lugar tiene tanto **mulato** como éste. Además del **mulato** (1/2 blanco y 1/2 negro), vive el **zambo** (1/2 negro y 1 /2 indio), debido a la circunstancia de existir en tal provincia la única parcialidad de indios costeños: los **cayapas**, unos apreciables indígenas a punto de extinguirse y en algunas de cuyas mujeres han procreado —generalmente por la fuerza— los morenos.

Este mestizaje (negro + indio) no es común, y, acaso, no sea deseable. Los indios confundieron, desde el principio, al negro con **Juyungo** (5), esto es, con el espíritu del mal o Demonio. Lo odiaron, lo temieron. No creo que la abominación que ahora hacen de él se deba a las tropelías cometidas por los africanos contra los americanos, que si los negros

incurrieron en abusos con los bronceados, fue probablemente por la resistencia de sus mujeres a convivir o cohabitar con ciertos varones llegados de afuera, acaso de las mismas regiones infernales. . . . Los zambos, denominados impropriamente mulatos (6) en aquella zona, no pesan en ningún sentido. Y permanecen alejados y ajenos a las razas que les dieron vida. El mulato, en cambio, siempre se inclina al negro, y, desde luego, al blanco: al blanco, quizá, en mayor medida que al negro. . . .

CHOTA, YUNGUILLAS, **CATAMAYO...**

En otros puntos de nuestra Geografía existen gentes de color formando islas: Chota (¿no es Chota (7), como chanta y chonta, otro africanismo? . . .); Salinas del Norte (Prov. de Imbabura), Yunguillas (Prov. del Azuay) y Catamayo (Prov. de Loja). Estos nombres, con excepción del segundo, corresponden a valles profundos de la Serranía Ecuatoriana, en donde, justamente por lo expuesto, se aclimataron los negros destinados principalmente a las faenas de la caña de azúcar. Salinas, hacia el occidente, es una mina de sal gema, explotada desde los tiempos coloniales, si no desde antes, y en donde casi diremos que agoniza un puñado de negros en la más compasible situación. Es ése el único lugar en que he visto un ataúd común para trasladar los muertos al cementerio, en donde los echan sin más que sus harapos, en la sepultura.

¿Mezcla ahí? Muy difícilmente, porque, sobre tratarse de regiones acotadas, la gente que los rodea es indígena y con éstos casi no existe posibilidad de fusión racial. Nacen, pues, negros, y negros mueren. Los más conocidos africanos del Interior son, sin duda, los del Chota, sito en la línea limítrofe entre las provincias de Carchi e Imbabura, en donde cultivan trabajosamente algunas frutas tropicales y crían sus animalitos. Grupos suyos, desnutridos y desgarrados, han salido hasta Quito, la Capital, para ser exhibidos folclóricamente. . . Están aculturados, y no se ve que se acreciente el número de la colonia.

Lo anterior explica el hecho de que mientras en la región baja de este país abundan los mulatos, en la zona montañosa dominan los cholos (1/2 blanco y 1/2 indio), en todos los grados. La nueva clase ecuatoriana se forjó así, y de sus filas salieron algo más que trabajadores: salieron también explotadores. que, sin recuerdo de su origen y sin lealtad para la raza no blanca, ocuparon sitios elevados del Gobierno y la Administración, habiéndose o no cuidado de estudiar y aprender para justificar la sustitución y el predominio.

En el mestizaje de la provincia ecuatoriana de Manabí (Costa) no se advierten los rasgos negros que prevalecen en Guayas y Los Ríos, y, desde luego, en Esmeraldas, de la misma región. Predomina, en cambio, lo indio. La Geografía (influjo de la Corriente de Humboldt) libró a Manabí de los blancos, en más de la mitad de su territorio. La naturaleza de la parte sur no podía atraer al conquistador: con la aridez ardiente en donde casi, fuera de los

agotados ceibos, no quedaba espacio sino para el agutobó, no era posible atincamiento alguno. Grandes plantíos de cacao se hicieron sólo en el norte, que hasta ahora se recomienda como zona caacotera.

También de los negros libró la Geografía a esta provincia, pues como faltaron los europeos, no hubo quién llevara a los africanos. Estos anduvieron, sí, como hemos dicho, por el norte, en donde su sangre se mezcló con la de los españoles y con la de los nativos. Sinembargo, en cierto punto del mapa manabita, por razones especiales, siguiendo a sus amos llegaron los esclavos de color. Aludo a Junín, en donde —según se afirma— hubo una como isla negra, isleta, a la cual hasta muy avanzado tiempo, se llamó **Hule**. He averiguado por sus componentes, y de ellos se me ha dicho que restan unos pocos, autosegregados. Pero sus glóbulos, merced a un cruzamiento que dura ya algunos cientos de años, giran ardientes y brillantes en mucha gente de allí.

Por si alguien, tomando las cosas a la ligera, me observara que hay abundancia de afroamericanos —puros y mezclados— en Manabí, me adelanto a señalar el hecho siguiente. Por el norte han pasado centenares de negros de Esmeraldas a Manabí, en compensación de los “manabas” que avanzaron de sur a norte, y allí, ligados de diversos modos a los nativos, se han quedado. Es posible hallar, entre los ascendientes de aquellos neomanabitas, algunos libertos colombianos.

La quinta provincia costera, El Oro, casi no tiene negros ni mestizos de sangre negra: no los hay,

propios del lugar, en Puerto Bolívar (orillas del mar) ni en Zaruma (estribaciones andinas). Hay allí, gente blanca, indios y cholos. (El concepto **cholo**, para los etnólogos, tiene la connotación propia que hemos señalado algunas veces en este libro: designa al injerto de blanco e indio).

NEGROS Y NEGROS EN EL ECUADOR

Hasta aquí no hemos tratado sino de los primeros negros, aquellos cuyas lenguas eran las de sus países de origen: los procedentes de Guinea y Sierra Leona, Gambia, Senegal, Congo, Sudán, Angola, etc.: en general, los que fueron objeto del tráfico más inicuo que han visto las edades: de ellos y de sus descendientes.

Pero en el Ecuador existen otros negros: los que llegaron apenas ayer: en los albores del siglo XX, destinados a la construcción de aquella obra máxima del Liberalismo: el "Ferrocarril del Sur", para el cual sus contratistas trajeron colonos o súbditos de Jamaica: eran, aquéllos, morenos que se comunicaban en Inglés y cuya suerte, no embargante los episodios que se cuentan al respecto, era mucho más llevadera que la de sus hermanos de otros tiempos: ieran "libres"!

Los dichos fueron situados a lo largo de la trocha abierta entre Guayaquil y Quito, distantes

Una de otra 465 kilómetros, entre la zona ardiente de la Costa y la fría de la Sierra. En todo ese trecho se levantaron campamentos para los obreros que lograron adaptarse al rudo género de vida impuesto por los ingleses y angloamericanos, bajo el Régimen del Sr. Gral. Eloy Alfaro, gestor e impulsor de la obra que, comenzada durante su primer período, se inauguró el 25 de junio de 1908.

Fácil es comprender que en 10 ó 12 años de permanencia de aquel obrerismo de color en este país, algo ha de haber ocurrido, aún en el caso de haberse traído mujeres para todos los negros. . . Los frutos de estos contactos hay que buscarlos en los campos y poblados ecuatorianos de Costa y Sierra que se hallan entre los extremos del mencionado Ferrocarril, en cuyos talleres y locomotoras quedaron trabajando negros hasta mucho después.

Todo este mulataje y zambaje de apellidos ingleses provienen de este segundo contingente para el cual no hubo en los indios la misma resistencia que para el anterior, razón que posibilitó la mezcla. . . .

En Panamá se hace permanentemente un distinguo entre los morenos que allí viven desde la etapa colonial y los que arribaron mucho más atrás, asimismo a los comienzos del siglo, para realizar esa otra obra redentora: el "Canal de Panamá". Allí nunca se pudo confundir a los unos con los otros, aunque todos —me refiero principalmente a sus hijos— se hallan amparados por unas mismas leyes. La segregación, el trato de minoría contra los que llegaron a lo último, se opera, fatalmente, en el Istmo. Aquí —recalquémoslo— nó.

EL MESTIZAJE DE ARRIBA Y EL DE ABAJO

Los que, incursionando por la difícil escarpa de la Sociología, han pretendido trazar las líneas caracterizadoras de costeños y serranos, se han mostrado contestes en señalar que, entre otros rasgos, predominan en la Costa la rebeldía, que a menudo degenera en simple altanería y hasta en abominable patanería. El negro es insolente, además de gritón y temerario. No creo que sea malo, nó. Y, de haber estadísticas penales en el Ecuador, sabríamos cuán baja es la cifra de negros delincuentes. Pero no perdona: sobre todo, si el daño ha estado dirigido contra su honra. Con franqueza y desenfado anuncia su venganza ante los mismos jueces que están sentenciándolo condenatoriamente. Así es el negro, y mucho más, el mulato. Juan Montalvo, el mayor de ellos, y el más excelso, no perdonó jamás ofensa alguna. Castigar implacablemente a sus damnificadores fue su ley: ley menos de su moral que de su plasma sanguíneo. Hechos de raíz biológica, los suyos. Quien se mofó terriblemente de los blasones de la aristocracia criolla en el

"Tratado" —verdadero "ensayo"— sobre la nobleza, mal podía usar de miramientos para ninguna otra que no se fundara sobre el talento y la virtud.

SANGRE AFRICANA EN AMERICA

El caso ecuatoriano es, *mutatis mutandis*, el de otras naciones del Nuevo Mundo. Méjico, sin embargo de su poderoso contingente indio y de la exaltación permanente de lo "azteca", cuenta con una apreciable suma de negros y *mulatos*, restos inquestionables de los esclavos que se llevaron a esa colonia en los tiempos de los dominadores castellanos. En toda la América Media los tenemos, si no puros, mezclados con los blancos y los indios. De las islas del Caribe, ni hablar. Porciones como las de Jamaica y Haití infunden respeto, a pesar de que una y otra, por razones de lengua y cultura, aparecen un poco extrañas al resto del mundo negroide de acá. En los llanos del Orinoco y en las márgenes del Cauca y el Magdalena abundan negros y *mulatos*, estimados todos ellos y respetados también, por su alta calidad humana. Y hasta Perú, que parece a menudo ajeno a este fenómeno de que hablamos, tiene negros bastantes a justificar su presencia en ese como "pacto" tácito de la sangre, que nos hermana con siquiera tanto vigor como el de la raza precolombina. Chilenos han protestado porque

Angel Rosenblat señaló, nó empírica y maliciosamente, que también allí había habido negros y habían quedado huellas de la Negredad (8). —Y con estos ojos que se volverán tierra, he comprobado lo que consignan tratadistas idóneos con respecto al Río de la Plata en lo que a los negros y su descendencia se refiere; lo he comprobado al ver desfilar, por las espaciosas avenidas de aquellas ciudades europeas, negros y mulatos auténticos que daban novedad y gracia a las consabidas “comparsas” carnavaleras, en Buenos Aires y Montevideo. Si Argentina no hubiera conocido lo que era “eso”, ¿cómo Miguel Cané (1851-1905) habría podido cantar con tan dulce ternura a esa “niña negra” de su poema antológico? . . . Aquel personaje es tan del Plata como los “angelitos negros” de Andrés Eloy Blanco lo son del Orinoco.

Algo sabemos ya de lo que esto significa en los EE.UU. y Brasil, sin duda los focos más poderosos de la Raza en América y dos de los más avanzados del Mundo Negro. Ya hemos dicho algo del Brasil, en donde, si no legal, socialmente hubo cierta segregación que produjo algún fermento, sobre todo ahí en donde otros factores concurrieron para turbar la placidez alegre de los “pretos”. En el noreste (Bahía y Pernambuco) ha estado presente el negro en los actos de rebelión, no tanto porque haya sido ganado por el Comunismo y ni siquiera porque su desventura se deba al color de su piel, sino porque, con la siniestra conspiración de la Naturaleza, se advertía de que allí su mijo venía escaso, su “aceite dendé” no era suficiente, y el agua no mitigaba toda su sed. . . . No fue a las guerrillas por comunista ni por sentirse segregado, pues fue

por hambriento, hermano en la necesidad del indio guaraní o guaranoide, acosado también por la miseria. . . . Durante aquellos interminables desfiles abigarrados y delirantes, febriles y pintorescos, con luces y cantos, en un espectáculo inimitable, los negros, durante el Carnaval de Río, se muestran todos ellos soberanos, con mayor dignidad sonriente que muchas poblaciones “blancas”, amarillas o cobrizas de la Tierra. ¡Ni siquiera existe otro pueblo negro que derroche tanta soberanía gozosa como el brasileño!

¿Y Estados Unidos? . . . ¿Qué decir de los EE. UU. acerca de cuyo problema racial se ha escrito tanto? . . . Yo anduve por ahí durante unos cuatro meses, hace más de diez años. Por ahí anduve atento a la cuestión negra, verdadero talón de Aquiles por donde suelen atacar los enemigos de nación tan poderosa y respetable. Quise escuchar a todos; mejor dicho, llegar hasta todos los niveles sociales y económicos de lo negro, para conocer —de haber cómo— la manera de pensar y de sentir de esa minoría racial. Lo primero que descubrí fue la disparidad de criterios sobre la materia que debería hermanar a la totalidad, seria y definitivamente. Cada estadio, por no decir cada porción de negros, se expresa a su modo, tratando de describirnos lo que sus ojos ven y empeñado en atraernos a su causa, que no es sino en mínima parte la causa de los 20 millones de hombres de color que habitan ahí (9), en donde han gozado de libertad hasta para sus criminales excesos.

Acabo de leer una entrevista al artista norteamericano James Earl Jones, cuyas son estas palabras, según su entrevistador: “Yo soy conciente de

todo lo que ha ocurrido. Pero siempre me he mantenido al margen de las cosas, pues soy un hombre amante de la paz y no me gustan los problemas". ¿Qué gritarán, al leer esto, los frenéticos imposibles? . . . Pues. . . "desertor, vendido, traidor! ". Así aparece siempre, ante los ojos de los extremistas, quien se muestra juicioso, mesurado, circunspecto, ponderado, temeroso de causarse daño a sí mismo por causárselo a los otros. Respuesta como la anterior, y otras más terminantes, escuché en Yanquilandia, al recorrer: ya un Estado racista o esclavista (sur), o ya uno antirracista (norte). En un libro que me parece bello, Richard Wright ha recogido, a manera de epígrafe, esta estrofa de William Blake:

"En el grito de cada hombre,
en el aullido de cada niño,
en cada insulto y en cada nombre
la mente forja sus fuertes grillos"

Sí, muchas veces, somos nosotros mismos los que encendemos la hoguera en que nos consumimos. Gran parte del horror que se vivió hace poco en los EE. UU. no tiene justificación, ningún horror se justifica! No tiene explicación o la tiene en cierto apasionamiento más político que humano de la minoría cuyo statu pudo haberse modificado sin llegar a los extremos de fuego y sangre a que se llegó entonces. El terrorismo negro tiznó para siempre la historia de una porción minoritaria que en rigor no se hallaba perseguida ni acorralada por nadie. Algunos de los fantasmas con que el hombre se tortura son invención suya únicamente. . . . El mismo forja el coco, y luego grita espantado en demanda de un auxilio del cual en rigor no ha menester. . .

HARRIET BEECHER STOWE Y ABRAHAM LINCOLN, ALLA

Los negros vivían allí dedicados, en hermoso contraste de color, al cultivo del algodón, en campos dilatados del sur, desde donde se elevaban sus cantos agrarios que más parecían preces: voces de nostalgia y de pesar, de tristeza honda y ambición frustrada, voces de una lejanía que parecía estar en el tiempo y en el espacio, lejanía doble que duplicaba la tortura del gañán en el plantío y en la casuca próxima. Y hasta allá llegaron la denuncia de Harriet Beecher Stowe, primero, y el toque de clarín de Abraham Lincoln, después. . . .

¿Habéis reparado en esto? . . . La autora de LA CABAÑA DEL TIO TOM y el autor de la Oración de Gettimburgo no fueron negros: ¡fueron blancos! Y en los campos de batalla de aquella prolongada guerra (1861-1865) no fue poca la sangre de blancos que corrió para regar el árbol de la libertad. Por acá, más cerca en el tiempo, fue inmolado John F. Kennedy (blanco) junto a Martin Luther King (moreno). . . Si hubiera en el sur, de veras, odio general del blanco al negro, no

se habrían visto miles de muchachos de pellejo claro y cabello rubio desfilando y gritando por las calles de algunas ciudades estadounidenses, aterrorizadas por los aullidos de las "panteras negras"... Quiero, con lo anterior, manifestar que estos acaecimientos que enlutaron al mundo civilizado no son tan simples como para poder reducirlos a una fórmula matemática o "socio—económica", pues son más bien de una complejidad desconcertante, como todos los hechos humanos, individuales y colectivos.

En ninguna parte se ha ido tan lejos en materia de contradicciones sobre el terreno de lo negro, como en los EE. UU. Mientras, por un lado y con referencia siempre a los "Estados del Sur", se persiguió al negro y se lo hostilizó —Lynch fue de Carolina del Sur—, por otra parte, y a veces indeliberadamente, se quiso imitar en mucho al negro. Antes se lo copió que se lo amó y respetó. Para afirmarse el color, las mujeres de alba tez buscaban las playas, o, cuando menos, las azoteas, en donde, empareciéndose, pretendían confundirse con los negros, o, mejor, con las negras. Se rizaban los cabellos. Bailaban frenéticos al compás de la música de los morenos, y se solazaban en su Teatro. Campeones deportivos —boxeadores principalmente— se convirtieron en ídolos de las muchedumbres blancas. Por el camino del bel arte llegó hasta la cumbre Josefina Baker. Los blúes primero y siempre, y el rockand—roll después, han enardecido a los yanquis, en escenarios los más selectos. ¿Cómo se concilia todo esto con el espíritu que se atribuye a ese país con respecto a los negros, que por otra parte ya rechazaron el proyecto de re-

cogerse en un lugar que fuera de América se buscaba para que ellos construyesen su propio Paraíso? . . . Yo visité centros educativos en donde no sólo que había negros, sino que sus profesores blancos les daban, sólo por ser justos, altas calificaciones. Y visité, además, otros centros, fundados y servidos por personas de color, como Howard University, en Washington, en donde el número de muchachos blancos era de veras apreciable, lo que prueba que, sobre confiar en la bondad de la enseñanza allí impartida, no tenían ninguna influencia de fondo racista que pudiera lastimar siquiera el patrimonio tradicional de los alumnos blancos.

¿Cómo entender todo esto? . . . ¿Cómo? . . .

Al volver de allá, yo solía decir que el odio racial era un fenómeno histórico. De padres a hijos, durante un siglo, vino identificándose a cada negro con los que entraron en ciudades del sur después de haber arrasado sus campos aledaños, y ahí se entregaron a todo linaje de depredaciones. "El abuelo de este negro que ahí viene (o "el padre" o "el bisabuelo", según los casos) robó aquí, o violó aquí, o mató aquí, o incendió aquí. ¡Odíalo, aborrécelo, vénga en él a tus antepasados: a esa abuela tuya, a ese padre tuyo, mutilados por aquellos bandidos, matados y profanados por ellos. Recuerda, hijo (o "nieto" o "bisnieto") las tropelías de estos descendientes de Lucifer, y no desperdicies ocasión para lincharlos. . ." He aquí por qué en los Estados sureños hay personas, familias enteras, que no tienen prevención alguna para los descendientes de los vencedores de 1865, ni pueden tenerla, porque ellos llegaron después de la Guerra de Secesión cuyos

estragos no sufrieron como los otros. Yo tuve durante mi visita oficial a esa nación, dos intérpretes que profesaban en Universidades sureñas y que no padecían, sinembargo, la sífilis del racismo, y el uno era ario indiscutible, nórdico de cuerpo un tanto desgarrado y cabellos casi blancos! . . .

AZABACHE EN ESTUCHE VERDE

Regresemos a lo nuestro, para decir que, frente a una leyenda inverosímil que nos habla del afincamiento de sobrevivientes de un naufragio en las costas de la hoy Prov. de Esmeraldas en época remota, se halla, golpeando con elocuencia, una realidad posterior a ese hecho imaginario. Las actuales provincias de Carchi, Imbabura y Pichincha, interandinanas las tres, colindan con la litoralense de Esmeraldas, a la cual llegan, abriéndose paso por entre breñas ásperas y bosques intrincados, las aguas provenientes de las altas neveras andinas. Pues por ahí —afluentes del Esmeraldas y el Santiago—, siguiendo su curso y orientados por instintos que mucho tenían de animales, avanzaron hasta la región boscosa del noroeste, apenas poblada por los tímidos caya-pas (10) atrasados, que antes huyeron que opusieron resistencia a los extraños que, en ocasiones, acuciados por el sexo, rompieron cualquier dique ético y

lanzaron sobre las hembras de los nativos, a las cuales convirtieron en sus propias mujeres, madres de una prole condenada a una vida más opaca que la de sus próximos antecesores. Si, como es obvio, ya hubo allí blancos como que eso era parte de la "Presidencia de Quito", la posibilidad de otro tipo de mestizaje no se descarta ni podría descartarse (11).

Hemos llegado a un punto que juzgo interesante. Se cree, hasta ahora, que la nueva población del Mundo de Colón brotó únicamente de los vientres de las madres indias. Digamos de otro modo, que no cupo más enlace que el de un blanco con una india primero, o con una negra, después. Las blancas, según cuenta la Historia, no llegaron en mucho tiempo, porque además de aconsejarlo a cada cónyuge el buen sentido, la Ley Española lo penalizaba severamente. Así acabo de leerlo en PAGINAS DE HISTORIA Y GEOGRAFIA de Francisco Terán (Quito, 1973). Sólo en el tercer viaje del Almirante tomaron pasaje algunas hembras (treinta). Y cada contingente que se proponía salir de allá se obligaba a papeleos y se exponía a comentarios que dan la medida de lo insólito del hecho, y de su significación.

Con respecto al Ecuador, parece fuera de duda que las primeras mujeres llegadas de España a este país acompañaron a Pedro de Alvarado en esa epopeya no cantada todavía y en la cual vemos a un titán de voluntad de hierro, constante y valeroso, resistente en su corpulencia física y con el corazón siempre lleno de esperanzas. Con Pedro de Alvarado llegaron, según se desprende de documentos enderezados por él al Soberano Español, a quien in-

formaba de las penalidades sin cuento de aquella expedición que saca de los casilleros normales a este hombre al parecer insignificante a quien trataron de emular, en silenciosa porfía, los blancos, indios y negros que lo acompañaban. Entre ellos —insistamos—, algunas mujeres, jóvenes unas y de mayor edad otras, a quienes no se ha cantado todavía.

Sí, las primeras matrices fueron indias y negras, a las cuales no siempre se llegó por la violencia del instinto, pues se llegó también por milagro del amor. Hubo personajes de notoria principalidad, como Hernán Cortés y Garcilaso de la Vega, que se desposaron con princesas de las "Indias Occidentales", y en ellas tuvieron prole ilustre, herederos de sus riquezas y blasones. Hubo una especie de autorización tácita para que hombres que no habrían podido o no habrían querido traer consigo a sus consortes, se ayuntaran aquí con indias o negras y se refocilaran luego en la crianza de sus cachorritos que serían, andando el tiempo, la porción brillante y pujante del Continente Americano.

Por una razón u otra, se ha hecho el silencio en torno a otras posibilidades: al acercamiento carnal entre una blanca y un indio, y, para nuestro caso, entre un negro y una blanca en la creación inicial. ¿Por qué pudo ser imposible que una india se enamorara de un negro? . . . ¿Por qué pudo ser imposible que un negro se enamorara de una blanca? . . . Casos como éstos se dan hasta ahora, con alguna frecuencia. Claro que para el blanco no había problema alguno en unirse, pasajera o permanentemente, con una india o con una negra. La dificultad estaba en el infeliz indio y en el desdichado

pero por quien suspiraba, detrás de sus inalcanzables rejas, un alma enamorada, digamos, una criatura colocada tan arriba por la Ley y la costumbre.

Tomando de la historia de la conquista de los charrúas o de otra de las muchas de entonces, si no de su propio numen portentoso, Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931) poemiza con insólita maestría en torno a las relaciones entre el Cacique Yamandú y Blanca, a quien rapta audaz y la lleva hasta su "toldería" distante, con menos venganza para los invasores desalmados que amor para esa linda criatura a quien halla como abandonada en el caserío español que acaban de arrasar las huestes charrúas. Tabaré no es el fruto de la cópula entre un blanco y una india, sino de la fusión de un indio y una blanca.

Y en el libro, estupendo, del peruano Enrique López Albújar —MATALACHE—, el corazón que se vuelca en cánticos que no cesan hasta el sacrificio, es el del negro, que lo expone todo por gozar de las caricias de quien no desea otras que las suyas, las de un varón joven y hermoso la rojez de cuyos labios forma el marco en donde luce la brillantez cabal de una dentadura de marfil. El caso de Matalaché es, apenas, un ejemplo legendario. Hubo otros, además, seguramente, sin la discutibilidad de la leyenda.

NEGROS VERSUS INDIOS

Nuestros sociólogos no pueden menos que anotar diferencias profundas entre el hombre costeño y el hombre serrano del Ecuador, en donde ocurre exactamente lo mismo que en Venezuela y Colombia, por ejemplo. Algunas de tales semejanzas han sido determinadas por la Geografía, no cabe duda. Pero otras se deben a factores étnicos. La dinamicidad y la arrogancia, la comicidad y la rebeldía, el apego al colorín y la preferencia por el grito, nos vienen, con seguridad, del elemento negro que forma parte de nuestra biología. En uno de mis libros (HUELLAS DE UNA LABOR, Quito, 1938) escribí: "El negro redimió al costeño ecuatoriano de la esclavitud". ¿Cómo? . . . Pues sí: manifestamos ya que el negro, no habiendo nacido para la servidumbre, siempre se comportó como libre, y cada vez que le dejaron abierta la puerta de la jaula, se escapó, se remontó, se volvió "cimarrón", esto es, una bestia más que prefería los riesgos de la selva a las relativas comodidades de la convivencia "civilizada". De los negros, que unieron sus cromosomas a los de los blancos —hombres

y mujeres— los costeños del Ecuador heredamos la altanería caprichosa y la agresividad irreflexiva, que en ocasiones nos pierden. El serrano, en cambio, es generalmente reposado y frío.

Vale la pena anotar este hecho: lo que la Legislación Española había dispuesto con respecto a los esclavos foráneos siempre quedó burlado en estos lugares, en donde el indio no sólo que jamás pudo considerarse superior al negro, sino que en el negro tuvo un patrón más, listo a intensificar sus padecimientos. He aquí otra razón para que no sea fácil la unión entre la raza negra y la india: con resentimiento permanente ¿qué cópula cabe? . . . Por lo expuesto, el zambo (indio + negro) fue siempre escaso y, lógicamente, raro en el medio ecuatoriano.

Modernamente, esto es, en los tiempos poscoloniales, hubo en las casas de las personas acomodadas con pujo de señorío, sirvientes indios y negros. Pues bien: las disputas entre los unos y los otros fueron frecuentes, y, mientras los primeros se limitaban a llevar sus quejas lloriqueantes ante sus patronés, los segundos procedían de hecho, con lo cual tornaban más insoportable la existencia de los cuitados aborígenes. El negro, por su viveza y arrogancia, por su gracia y su malicia, por su fortaleza y resistencia además, mereció la preferencia de sus amos, sin embargo de que alguna vez se lo tildó de “vago”. Claro, si los criados de color tenían hombros sobre los cuales echar la carga, ¿qué iban ellos a llevarla? . . .

Si tales eran las relaciones entre los indios y los negros, mejor que no haya habido acoplamiento entre ellos. Los descendientes habrían traído a la

vida un sedimento de odio mucho mayor que el que pudieron traer los descendientes de blancos e indios y mucho más, de blancos y negros. . . Entre éstos últimos fue posible el amor, elemento precioso. Entre los primeros (negros e indios), difícilmente. Parece que hubiera una repulsión racial poderosa.

AMERICA, EL CONTINENTE DE LOS MESTIZOS

No es que yo desconozca o subestime las grandes figuras que emergieron de la masa de los primitivos pobladores de América: Moctezuma o Caonabó, Caupolicán o Atahualpa. ¿Cómo desconocer el sacrificio inútil de Anacaona, ni el cruel descuartizamiento de Túpac Amaru en la Plaza Mayor del Cuzco? . . . Sin necesidad de leer los candentes documentos suscritos por el P. Bartolomé de las Casas, podríamos suponer que entre los indios hubo muchos, muchísimos, dignos de respeto y consideración, merecedores del aprecio que Hernando de Soto tuvo para el Inca inmolado en Cajamarca. Pero hoy no se trata de ponderar las excelencias de nuestros predecesores en este lado del Atlántico, para los cuales no faltan plañideras ni cantores. Se trata únicamente de los negros, episodios de cuya historia están aún por escribirse, sin embargo de la invalorable contribución de José Antonio Saco (HISTORIA DE LA ESCLAVITUD, 1875), y otros

más, como el brasileño Raimundo Nina Rodríguez y el cubano Fernando Ortiz, cada cual en su propia dirección. Antes que los hechos mismos de que ellos fueron actores, el desconocimiento afecta a su contribución al hacer cultural del mundo que comenzó a formarse en los albores del siglo XVI, y, sobre todo, al alma negra, a la sicología negra, al pensamiento negro. (En este sentido va orientado el libro de Mario Arango Jaramillo, colombiano). Como los africanos y sus descendientes estuvieron tan abajo, jamás hubo ánimo ni preparación bastantes para explorar en regiones tan delicadas y tan significativas. Ahora se acude a la retroversión y a la introversión, herramientas que ayudan poderosamente al entendimiento de muchos problemas que atañen a nuestro mixtión y su destino. Los negros no fueron ángeles ni demonios — ¡con perdón de los cayapas y charrúas! — sino hombres con su carga natural de luz y de sombra, y así tienen que ser estudiados ahora por los antropólogos y los historiadores. Una inmensa mayoría de mestizos hispano-americanos cuya fisonomía y cuyo comportamiento son perfectamente identificables, exige un análisis de sus antecedentes históricos, a la luz de ciencias tales como la Sociología, la Sicología y la Biología. La Antropología Cultural tiene aún mucho que hacer con respecto a la Negredad, en América.

Mías mismas son estas palabras que andan por ahí: “Hablar de América prescindiendo del factor negro, de espaldas a su pasado y su destino, sin preocuparse de sus dolores y esperanzas, sin mirar sus abismos y sus cumbres, es falacia inexcusable. Sabios que así procedan, deberían ocupar su tiempo

en otra cosa, pues demostrando están que no saben de su oficio, que si Africa es el Continente de los negros, Europa el Continente de los blancos y Asia el Continente de los amarillos, América no es el Continente de los bronceados sino el del mayor y mejor mestizaje de la Tierra”.

HACIA LA REVISION DE LA HISTORIA DE AMERICA

La Historia no es una disciplina intangible. Puede tocarse y modificarse. Puede modificarse en cuanto a la manera de juzgar los hechos, y, aún, con respecto a los hechos mismos. Desde Herodoto hasta Champollión habían pasado algunos siglos, durante los cuales se creyó, probablemente, que nada había que averiguar acerca del pasado de Egipto. Mas, cuando se reveló el secreto de la llamada “piedra de Rosetta”, otra verdad comenzó a surgir de los caracteres que, incontablemente, habían estado cubriendo, durante muchos años, las paredes de los palacios y los templos en las márgenes del Nilo, silenciadas desde el ocaso de los faraones.

La Historia puede ser modificada, de modo que hoy constituya herejía científica lo que ayer pareció verdad inobjetable. Si mañana se descubriere un documento irrefutable, suscrito por Bolívar o por San Martín —o por algún testigo invisible de la famosa “entrevista”— y por el cual se

arraran los hechos del 26 y el 27 de julio de 1822, sería necio seguir sosteniendo fantasías que ahora pretenden pasar como verdad histórica: se habría alido, al fin, del campo de las suposiciones más o menos aventuradas, para colocarse en el de la verdad documentadamente probada.

Pero no es de esto, precisamente, que hablaremos ahora. La historia de las grandes guerras entre Francia y Alemania variará según sean franceses o alemanes los historiadores. Imposible — ¡tal como suena! —, que un escritor, por imparcial que crea ser, pueda sacudirse o librarse de su carga nacional o nacionalista en su función de juez. Por más esfuerzos que hagan, los primeros seguirán siendo franceses y alemanes seguirán siendo los segundos. ¡Imposible que sea de otra manera! . . . E imposible, asimismo, que un "ario" —digamos mejor hitlerista— juzgue el gigantesco genocidio de la última conflagración mundial, como lo juzgaría un "semita". . . ¿Podrían los judíos "justificar" lo que sin duda querrán "justificar" los alemanes? . . .

La Historia de América exige una revisión crítica —decía yo hace poco. Me refería, concretamente, al período que va desde el Descubrimiento hasta la Independencia, sin duda el más controvertible. Controvertible, sí, por el hecho de haber intervenido, como actores de los hechos memorables, españoles y americanos, americanos y españoles principalmente. Según quien sea el historiador será el concepto que se tenga de los acontecimientos, pues resultaría infantil imaginar que del mismo modo serán presentados por un español que por un americano de sangre india; digamos; por ejemplo, por una Huaman Poma de Ayala.

Los primeros historiadores —esto es, los llamados “Cronistas de Indias”—, fueron europeos interesados en los asuntos narrados, particularmente interesados en ellos, y mal podían dar a cada uno lo que era suyo. Desde Cristóbal Colón —italiano o español—, ario o semita, científico o visionario— hasta Alonso de Ercilla —historiador en verso de la conquista del Arauco por los castellanos—, todos, no sólo que fueron españoles o españolizados, sino que fueron actores de los hechos de armas por ellos relatados. Y cuando hay alguno, por excepción, como ese P. Bartolomé de las Casas que no tuvo pelos en la lengua o en la pluma, tampoco merece mucho crédito por la enorme suma de pasión que en su lucha por la redención de los indios tuvo que emplear por encima de consideraciones de orden ético.

Cuando, originado ya el mestizaje, aparece la señera figura de Garcilaso de la Vega, las cosas cambian bastante, pues que habiendo sido hijo de español e india, sintió el llamado de su sangre materna para consignar en sus COMENTARIOS REALES algo de lo que sus colegas habían descuidado o descuidarían —y, lo que es peor—, subestimarían. El Inca Garcilaso habló por nuestra raza, la raza americana, aunque en tono suave que no alarmara la porción paterna que había en su ser.

Mas, eso, sobre ser relativo según queda dicho, era local: se refería al sector incaico del vasto Mundo Americano, con el cual él —cuzqueño— se hallaba íntimamente ligado. ¿Y el resto? . . . En este lado del Atlántico hubo pueblos por lo menos tan importantes como el incaico. Ahí está, v, gr., el azteca, dueño de una civilización asombrosa que,

como la del sur, no logró ser suficientemente valorada por los representantes de la cultura cristiana.

He aquí por qué fueron los mejicanos los primeros en reclamar —y no así como quiera— por yerros y omisiones habidos en los libros de Historia, y casi diremos que en darse su propia Historia, a gusto y sabor de un nacionalismo bien nutrido en fuentes preciosas. Luego ha habido otros reclamos, y la verdad ha ido abriéndose paso poquito a poco.

Pero esto no es todo, Si, además de los elementos blanco e indio, intervino el elemento negro, los acaecimientos del Nuevo Mundo —durante el período que va desde el Descubrimiento hasta la Independencia— tienen que ser objeto de severa y cuidadosa revisión. Inevitable contar con aquella porción humana que representó algunos millones de hombres, ya en su estado prístino y original —negros propiamente dichos—, ya en su estado de mezcla —mulatos, zambos, etc.

Gracias a la presión de los indios e indohispanos fieles a su sangre americana, se ha recogido algo de lo mucho que se había descuidado en los libros históricos. Hoy se admite, por ejemplo, que nuestros aborígenes, en algunos aspectos, no eran inferiores a sus dominadores, y hasta se reconoce su asombrosa superioridad con respecto a los hispanos. En tallar la piedra y labrar el oro, en tejido y bordado, en Ingeniería y Medicina. . . esa gente había avanzado mucho. ¡Se admite aún más: lo maravilloso de su sistema escritural llamado **quipos**! Estas naciones no eran behetrías desgraciadas sin ningún contacto con la Luz y sin otro destino que la servidumbre. . . . ¡No!

Verdad, ya se ha hecho algo en favor de un

juicio que satisfaga a los indios e indohispanos. Pero —como lo hemos insinuado— nos falta conseguir el resto. Y ese resto no es otro que el reconocimiento del factor negro como brazo que mueve los telares y derrite las grasas, que rotura la tierra y muele los granos, que corta caña y amasa pan, que hierra los bueyes y doma los potros en las llanuras americanas infinitas. El negro estuvo presente en todas nuestras grandes faenas, desde su introducción legal a nuestro Hemisferio hasta las jornadas de la Emancipación.

Negro es, en efecto, ése que recoge el postrer suspiro del Gral. José Gervasio Artigas, en su destierro de Asunción del Paraguay: “Joaquín, ¿en dónde está mi caballo? ¡Ensíllame el caballo, Joaquín!” (12)

La misma naturaleza humana se modifica con la contribución de Africa, que es algo más que músculo sufrido, ya que es también alma. Lo que comienza a formarse en el siglo XVI es una otra raza, que si algo tiene de español y algo de indio, tiene también algo de negro: raza “sintética”, al fin, llamada a realizar, con el concurso inesperado de tales elementos, una obra que sustituya y supere —de ser posible— la de sus predecesores de aquí y de allá.

Dejémonos, pues, lo mismo de la tontería de creernos “blancos” que de la insensatez de llamarnos “indios”. Ciertó que tampoco somos negros, ni con esto pretendemos nombrarnos de tal modo. Somos injertos en cuya composición **interviene** —no hablar sólo en pretérito— sangre africana, la que a raudales ebullentes y brillantes se incorporó y sigue incorporándose en las venas de América para

el cumplimiento de un designio superior, del cual tú y yo y el otro tenemos la obligación de responder. ¡No más aquello de “a pesar de lo negro”! , sino “gracias a lo negro”, pues lo blanco se purifica y embellece con la porción africana que se le añade, bien así como la leche se vuelve más grata al gusto, a la vista y al olfato con sólo unas gotitas de café que se le agreguen: ¡superior es el café con leche a la leche pura!

¿Cómo puede pensar y expresarse de otra manera un brasileño, un cubano, un panameño, un dominicano, un puertorriqueño? . . . Y que conste que nada decimos con respecto a Jamaica, Haití y otras porciones menores del Caribe, en donde lo exótico está dado por lo blanco. . . . (Ahí dios es negro y el diablo blanco) De no ser por la enorme suma de gente europea que después de concluída la Guerra Magna se afincó en Uruguay y Argentina, otro sería el espectáculo que en este sentido se nos ofreciese en Montevideo y Buenos Aires. ¿Qué nó? . . . Veámoslo.

Del libro de Ildefonso Pereda Valdez (EL NEGRO EN EL URUGUAY, Montevideo, 1965) reproducimos esta concluyente información: “Se calcula que en 1843 la población de color de Montevideo ascendía a 6.000: en la misma época se suponía —según Ramos Mejía— un total de 20.000 negros para la ciudad de Buenos Aires. La población polirracial de Montevideo se estimaba, entonces, en 31.000 habitantes, disminuyendo en 1844 a 24.000, a consecuencia de la guerra”. ¿Es

poco el 19, 35o/o que la cifra representa?

Guayaquil no es una ciudad mulata como Esmalaldas, v. gr. Pero si te sientas, turista curioso a la puerta del hotel en que te alojas y cuentas cuantos negros o negroides pasan por delante de ella en un momento dado —supongamos en un cuarto de hora—, te sorprenderás. Hay aquí hasta hoy más gente de origen africano que la imaginada.

Pues bien: en obsequio de ellos, de todos cuantos “tenemos de Mandinga”, es necesario revisar la Historia de América, logrando antes con el concurso de los sociólogos —si contamos aquí con esta fruta—, que nuestros hermanos dejen la ridícula postura de “blancos” y la igualmente ridícula de “indios”, para considerarse parte de un mundo que no es indio ni blanco sino mestizo, con mestizaje originalmente triple en que lo negro tiene parte importantísima, en cantidad y calidad (13).

Ya se ha escrito la historia de las naciones americanas por blancos. Se la ha escrito hasta por indios e indioides. Ahora debe escribirse por negros o, si quiera, negroides que no sientan sonrojo de su ascendencia. Entre la gente de color tenemos personas capaces. La contribución africana al desenvolvimiento del Nuevo Mundo debe inventariarse, debe analizarse con detenimiento, debe enaltecerse. Y allá se encaminan trabajos de tanta importancia como LA POBLACION NEGRA DE MEJICO de Gonzalo Aguirre Beltrán (Méjico, 1972), y ANCESTRO AFRO-INDIGENA DE LAS INSTITUCIONES COLOMBIANAS (Bogotá, 1972), ambas rebosantes de saber y de simpatía para los negros.

Después de haber redactado el capítulo anterior hallamos una obrecilla tan bonita como útil.

LOS MORENOS se titula, y está publicada por Imecé Editores, de Buenos Aires, en 1942, en la colección Buen Aire. La dicha contiene piezas de gran valor para el estudio del problema que nos ocupa, piezas que han sido recogidas por José Luis Lanuza, a quien corresponde el prólogo, en el cual constan palabras absolutamente coincidentes con las que hemos estampado y pronunciado tantas y tantas veces: “. . . Hoy su mismo recuerdo amenaza con descolorarse, y casi nos parece cosa de fábula eso de que hubiera habido negros entre nosotros. Su historia verdadera, entre olvidada y desconocida, está por publicarse. Mientras tanto, pueden servir, para recrearla en parte, algunos testimonios de quienes los conocieron en sus mejores tiempos”.

Los “testimonios” de que habla J. L. L. corresponden: al P. Carlos Gervasoni (1729), Concolorcorvo (1773), Alejandro Guillespie (1818), Pantaleón Rivarola (1807), José Antonio Wilde (?), Domingo Faustino Sarmiento (?), Samuel Haigh (1825), Aureliana S. de Cazón (?), Vicente Fidel López (?), Víctor Gálvez (1888), Guillermo Enrique Hudson (?), Lina Beck-Bernard (1857—1862), José Hernández (?), etc. Todos ellos tienden, en general, a ser justos con la porción negra de Argentina, cuya suerte, con no haber sido tan ignominiosa como en otros lugares de América, les arranca acentos de sincera conmiseración y notas de ardorosa simpatía. Ha habido acierto en la selección de las piezas —unas en prosa y otras en verso—, y nada aparece en ellas que menoscabe en lo profundo y esencial a “los morenos”, elementos que participaron en la formación del mestizaje original del Río de la Plata, ahogado luego por el alud migratorio proveniente de Europa.

Tomándolos de la obra, importantísima, de Ildefonso Pereda Valdez a quien ya conoce el lector, consignamos en otro sitio unos datos con respecto a la población de Buenos Aires en cierto momento de la etapa colonial. Ahora recogemos aquí nueva información acerca de la misma ciudad y de otras de ese país concordante con lo que ya hemos sostenido; a saber, que el porcentaje de gente de color era allí considerable, igual que en algunos lugares de la Costa Atlántica mencionados en nuestro libro: "Desde fines del siglo XVI —seguimos a J. L. L.— se venían introduciendo en la ciudad esclavos africanos. Azcárate de Biscay, que anduvo por estas tierras a mediados del siglo XVII (1658—1663), y fue hasta Lima —portador de cartas del Rey—, calculó 1.500 esclavos de Guineá ocupados en las casas de Buenos Aires, o en las chacras, cuidando caballos y mulas o cuereando reses. Y otros tantos en Córdoba, y otros tantos en Salta. En Jujuy encontró también un gran número, huídos de las minas del Perú, de donde escapaban atraídos por el refugio seguro que aquí encuentran". Desde 1713, una compañía inglesa —la *South Sea Company*— se ocupa de su introducción. Levantó una amplia casa en la barranca de **El Retiro** para depósitos de esclavos, y la abarrotó con el doliente ganado humano depositado por las naves a la orilla del río. Traen trecientas o cuatrocientas en cada viaje, no se cuántas veces al año —dice el jesuita Gervasoni— en carta de 1729. Desde aquí se repartían a todas las ciudades del Virreinato. El cuzqueño Concolorcorvo, por el año de 1773, calculó los esclavos de Bs. As. en 4.163. Pero el comercio de gente oscura era activo en muchas otras ciudades. 'A mi tránsito

asegura 'el mismo Concolorcorvo, estaban vendiéndose en Córdoba 2.000 negros, todos criollos de las temporalidades, sólo de las dos haciendas de los colegios de esta ciudad'. Según el censo que mandó levantar el Virrey Vértiz en 1776, de los 24.205 habitantes de Bs. As, 7.269 eran negros y mulatos, sin contar los 1.218 indios y mestizos. Ya los rostros de color formaban una muchedumbre respetable en medio de una exigua población blanca (14). En 1778 el Síndico Procurador del Cabildo se escandalizaba de que se juntaran en tan gran número —como 2.000— para celebrar sus bailes, y pedía la prohibición de tales reuniones.— En 1810 —calcula Vicente López— había en Bs. As. 12.000 negros y mulatos. Integraron en gran número los batallones de la Revolución. Muchos encontraron la muerte en el lugar más peligroso de las batallas. Tal vez hubieran llegado a extinguirse mucho antes, si durante la guerra con el Brasil no se hubiesen apresado numerosos cargamentos de negros . . ."

Los testimonios recopilados en LOS MORENOS tienen que ser considerados imparciales, pues correspondiendo en su mayoría a escritores no argentinos, nada hace presumir que haya en ellos alguna torcida intención. Es más: los juicios, gallardamente francos, de Domingo Faustino Sarmiento, y las estrofas de José Hernández, bellas y nobles como suyas, constituyen blasón para los negros argentinos o de Argentina, que si ya no son notoriamente visibles como ayer, no por eso dejan de palpar y vivir y actuar en una no despreciable porción de ese pueblo, en donde jamás debe olvidarse la acción de un Juan Manuel de Rosas y de un Justo José de Urquiza, libertadores de los esclavos de color y simpatizantes

de sus cualidades innegables. Urquiza (1852) es, con menos seriedad que el ecuatoriano, el José Ma. Urbina del Plata, y su rival J. M. de R. sentía tanto apego a los africanos y sus descendientes, que sobre tener en su Corte algún bufón negro (Don Eusebio), a quien permitía exhibirse de tarde en tarde por las calles bonaerenses, gustaba de concurrir, con su consorte y su hija, dominicalmente, a presenciar “los bailes salvajes” de sus súbditos, regidos —no obstante— por sus propios “reyes” y “reinas” pintorescos.

La esclavitud tuvo en Argentina —según el juicio de historiadores y cronistas— suavidades y ternezas que no tuvo en otras partes, razón por la cual, lejos de que los negros fugaran a la vecindad, de la vecindad llegaron en fuga a ese país, en donde la pampa y el gran río habían comunicado sensibilidad bastante al corazón humano. En las páginas aludidas se refieren hechos innumerables que demuestran que la infelicidad de los desterrados africanos y sus descendientes no fue tan infeliz. El Gral. José de San Martín mantuvo a su lado, como alma en quien podía confiarse, a María Demetria Encalada de Soler, la esclava ejemplar de cuya compañía no pudo prescindir en su viaje a Chile: con ella la partida, con ella la horrible travesía, con ella las zozobras de los combates, con ella el dolor de las enfermedades y con ella también las dianas de la victoria y el áureo sonajero de la fama.

Algunos esclavos aprendieron a leer y escribir, y todos recibieron adiestramiento en mil oficios domésticos o semi-domésticos que les permitieron luego, ya manumisos, ganarse la vida con decoro. Fueron cristianos a su manera, y, como soldados de la Independencia y de las guerras subsiguientes, de-

ostraron ser leales, disciplinados y valientes. Domingo Faustino Sarmiento ha inmortalizado a uno de ellos: Barcala, figura de veras legendaria, que bien podría servir, estatuido, como símbolo de su raza en el momento de la reparación en que tan seriamente nos hallamos empeñados.

¿“INDOAFROAMERICANOS” o
“AFROINDOAMERICANOS”?...

En el vocabulario técnico que venimos usando se repiten estas palabras: **Hispanoamérica, hispanoamericano** —a, **hispanoamericanismo**, con las cuales se alude únicamente a dos de los elementos compositivos del verdadero mestizaje de este Continente, en donde advertimos con facilidad la presencia del negro o de lo negro en todas las esferas sociales, de la Presidencia de la República para abajo. Habría, por lo tanto, que crear o inventar una nueva terminología alusiva a este hecho de tanta significación. ¿**Indoafroamericano**—a? . . . Imposible que en lo determinante léxico de nuestra realidad más trascendente no figure la raíz que nos identifique mejor. Países hay en este Hemisferio en donde, por lo desmedido del genocidio de ayer, casi desapareció la población indígena, la cual fue remplazada por otros tantos negros, con los cuales, en un período que dura hasta hoy, se hizo el mestizaje. Tales los casos de Santo Domingo y Cuba. En su denominación genérica casi no cabe indo alguno.

Y no se nos diga que desvariamos con esta

tesis, habida cuenta de la proporción de negros comparada con la proporción de indios, pues, como se ha denunciado, en muchos casos llegaron más negros a un lugar que indios habrían desaparecido de él por obra de la sevicia del conquistador. Llegaron, siquiera para llenar los claros producidos por la desaparición de los aborígenes. Ricardo Patee (LA REPUBLICA DOMINICANA, Madrid, 1967) dice lo que sigue, al respecto: "Es indiscutible que la población indígena de Santo Domingo desapareció rápidamente, y que desde la insurgencia de Enriquillo esta raza estaba condenada a mermar su número e importancia hasta refugiarse los últimos sobrevivientes en Boyá. Los historiadores antiguos, y especialmente los extranjeros, aprovecharon este hecho para denigrar la obra española y dar pábulo a la funesta 'leyenda negra', cuya vitalidad perenne sigue siendo el asombro de los estudiosos. William Robertson habla de la desaparición de más de 40.000 indios en el espacio de 9 años. Bryan Edward asevera que, en la búsqueda de oro, los españoles asesinaron a más de un millón de los pacíficos e inofensivos naturales. En este asunto de la población de América, y en especial de Santo Domingo en el momento del descubrimiento, andamos, como es lógico, muy mal orientados. Los cálculos hechos por los contemporáneos pecan de fantásticamente exagerados. . . . Lo más probable es que la epidemia de viruelas que cayó sobre La Española y Puerto Rico, de 1518 a 1519, haya diezmado la población, sin hablar de otras enfermedades generadas por la transformación de la vida social y económica y por el contacto con el europeo. . . . De cualquier manera, lo cierto es que

la población decreció y que el cambio producido alentó la esclavitud, acontecimiento fundamental, pues la presencia del negro en gran número habría de modificar sustancialmente no sólo el ritmo de vida insular, sino también la estructura de la sociedad y determinar la naturaleza de una situación étnica que ha perdurado hasta nuestros días”.

Por una causa u otra y desde mucho antes de la violenta campaña apostólica del dominico Bartolomé de las Casas—discípulo y continuador de Fray Antonio Montesinos—, hubo aquí negros por todos lados: en las minas, en los trapiches, en las fábricas de velas y jabones, en los algodones dilatados, en los telares incesantes. Ellos, y especialmente ellas, cumplían diversas tareas domésticas. Entre otras, la crianza de los niños. Era de buen gusto tener nodriza negra, por donde, lo que no hacía la sangre, hacía la leche, sangre también. Y luego, la lección, el ejemplo. Los vínculos que unían a los niños blancos o mestizos con sus domésticas de color eran muy fuertes, como puede apreciarse en aquel bellissimo poema de Abilio Guerra Junqueiro, referido a Portugal. Simón Bolívar recordará siempre esas negras de alma blanca que se llamaron Hipólita y Matea, en cuyos brazos se mecía su infancia instable y tumultuosa y cuyas ternuras maternas hicieron menos desolada y tétrica la desolación de su orfandad. En la copiosa iconografía bolivariana figura un cuadro en que aparece una de ellas derramando bondad por los poros de su negrura flácida. . . (15) Por aquí, cerca del lugar en que se escriben estas líneas, anduvo hasta fines del siglo pasado una morena alta y garbosa, pañuelo de color en la cabeza rizada, cigarro en los labios de

mamey, dicharachera y amiga de empinar el codo. Cuando eran mayores su embriaguez y su facundia, en cualquier tabernucha de la Península se desabotonaba la chaqueta y dejaba al descubierto sus mamas. Y, tomando en sus manos una de ellas exhaustas ya y frías—, exclamaba orgullosa: “De estos pechos mamó el más grande de los ecuatorianos”. Aludía a D. Vicente Rocafuerte, de cuyos padres habrían sido las minas de brea que se explotaban en el Muey de entonces, cerca del lugar por donde solía errar después la vanidosa solitaria de motoso cabello, nevado ya por los años. ¿Quién quita que, de ser verdad esta leyenda, algunas de las excelencias del gran estadista hubieran sido mamas por él del pecho de esa negra?

El privilegio que se concedió entonces a las mujeres negras no llegó a las mujeres indias, de modo que su influjo sobre las nuevas generaciones de América fue casi nulo. ¿Interesante, verdad? . . . Imposible, en consecuencia, pasar como sobre aguas, por simple tontería, al tratarse del elemento africano que, sin embargo de su servidumbre penosa y prolongada, recibió cuando menos, las miradas inocentes de los pequeños a quienes por voluntad de sus padres amamantaban, a menudo con mengua de la salud y de la vida de sus propios hijos. He aquí otro caso en que se violaba, con la complicidad de todos, la Ley Española.

BOLIVAR, LOS NEGROS Y NOSOTROS

Hemos hablado del Libertador. ¿Cómo dejar de hacerlo? . . . Sin duda recordando a su aya o sus ayas, comenzó su campaña dando libertad a los esclavos de sus propias haciendas. Agradecidos los libertos, con él marcharon de un lado para otro, cada vez que pudieron hacerlo. Más tarde se sumarán los manumisos por decreto. La campaña de la Independencia no podía realizarse sosteniendo en vigencia las coyundas que habían mantenido uncido legalmente al negro. Contradicción flagrante habría sido proclamar la independencia de unos sin abolir la sujeción de otros. Fueron leales y valientes, fueron ágiles y atrevidos; bozales (16) o nó, de sus pechos brotaron las mismas canciones que enardecían a los hijos del llano y de la sabana, a pampeanos y andinos, a ciudadanos y bosquimanos de entonces. La historia no ha podido menos que recordar honrando a algunos de ellos, que no todos fueron como aquel “Negro Pró” —impío más bien— conchabado para asesinar al Libertador en aciaga noche jamaiquina. . . (9 de Dcbre. de 1815). En el último Congreso de Sociedades Bolivarianas (Quito, mayo, 1972), con motivo del sesquicentenario de la

la del Pichincha, el autor de estas notas
 presentó una proposición que, aprobada unánime-
 mente, corre inserta en el volumen destinado a
 memoria" de aquella memorable reunión. La
 plón reza de este modo, y de su contenido y
 nace el proponente tiene plena conciencia:

Considerando:

"Que en las luchas por la Emancipación
 corrió abundante sangre de negros, zambos y
 mulatos, inconformes con la horrible servi-
 dumbre que pesaba sobre ellos;

"Que con los africanos afincados en América
 y sus descendientes aún no se ha hecho
 suficiente justicia, sin embargo de que algunos
 historiadores serios han señalado ya tan valiosa
 contribución a la Independencia Americana, y

"Que es deber cívico honrar a quienes ayer se
 distinguieron en el sacrificio para servir la
 causa de la Libertad,

Acuerda:

"Rendir homenaje a la memoria de los negros,
 zambos y mulatos que en quince años de bre-
 ga tenaz se ofrecieron en holocausto gene-
 roso, soñando en una Patria que debió asegu-
 rarles una vida decorosa, y,

"Condenar toda forma de segregación que
 damnifique a los descendientes de aquellos

héroes anónimos o los disminuía en su dignidad.

“Dado, etc. . . .”

Con la lanza o la corneta, sobre el llano o desde la cumbre, a caballo o a pie, jadeando en el arenal o tiritando en los nevados, hartos o hambrientos, sanos o enfermos, solteros o casados, tirando del cañon o disparando el arcabuz, los negros anduvieron —cinco, diez, quince años— formando parte de los batallones independencistas, en una extensión inverosímil que va desde el Mar Caribe hasta la Meseta Boliviana. Huesos suyos preciosos “blanquean” todavía y casi diríamos que brillan en las noches del Trópico mágicas, recordándonos una obligación para con ellos, tan dignos de nuestra reverencia como los otros, los ingleses que dieron su técnica, y los indios que entregaron las pocas fuerzas que quedaban en sus pobres músculos de vencidos y oprimidos sin esperanzas.

Sangre suya abundante quedó por ahí y por aquí; pues, además de los campos de batalla en donde no escatimaron sacrificio, quedó en las matrices de blancas, indias y mestizas, en uno como tenaz empeño de homogeneizar la familia hispanoamericana, o, mejor —según ya lo hemos insinuado—, afroindoamericana.

Sin embargo, la vanidad —hija de la tontería— no sólo que no estrangulaba los prejuicios raciales, sino que los extendía. Mestizos con algo más de sangre blanca que de sangre negra en sus venas, enriscaban la nariz al moreno, a quien sólo con mal disimulado disgusto franqueaban las puertas de sus

hojas. Siguió la pedantería nobiliaria, asentada después, no tanto en pergaminos cuanto en oro y plata, siquiera en papeles fiduciarios, por regla general mal habidos. La nobleza colonial con olor o hedor a polilla española fue sustituida por la nobleza americana del dinero, con más un poquitín de las hojas de servicios en los quince años de intensa brega por la libertad de un mundo. Y aun cuando parezca mentira o por lo menos exageración, la tontez aristocratizante dura hasta hoy, aunque casi reducida a la humillación y la impotencia: no es que no quiera intimar con un moreno: es que no quiere perder un siervo.

He estado en Méjico, observando, estudiando, juzgando, al igual que en otras partes de América, el problema del mestizaje americano. Allí todo el mundo quiere ser de "sangre azteca". Gente blanca llegada ayer al país cree que, para pasar bien en una sociedad fuertemente nacionalista, lo mejor es mejicanizarse, o —para ser más acertados— aztequizarse. Arrojan sapos y culebras contra España, y, en ciertos lugares, de los negros y sus hijos no dicen nada: los ignoran, los silencian. "Nosotros, los aztecas". . . (Véase el libro *La población negra de Méjico*, de Gonzalo Aguirre Beltrán). Los ecuatorianos pecamos por el lado contrario, por el lado contrario pecan nuestros cholos. "Nosotros, los blancos", sin mirar al congénere capariche (17) que, escoba en mano, pasa por su lado, barre que barre la ciudad capital o alguna otra. . . "Nosotros, los blancos". . . , sin otra justificación para esta insolencia que los cuatro reales que acaba de echar en la chigra (18) la india de la madre, vendedora de papas y mellócos en un puesto del mercado pú-

blico. . . “Nosotros, los blancos”. . . Hágase rico mestizo ecuatoriano, y ya tendremos un duque, barón, un marqués que reniegue de su estirpe, cercana y tan visible. . . .

Con los mulatos ocurre, por regla general, lo mismo. “La color le ofiende” es la frase con que algunos majaderos justifican su rechazo al ecuatoriano cuya blancura se ha empretecido un tanto por obra de los glóbulos de sangre africana. Y para que eso no siga “ofendiéndole”, el pretendiente debe lavarse bien el pellejo con piedra pómez, estirarse los cabellos, afinarse la bamba, dilatarse la frente y hacer mil diabluras a cual más ridícula, creyendo que es posible burlar los dictados de la herencia, que si todo lo expuesto pudiera, al fin, conseguirse, jamás podría dejarse de ser negroide por dentro espiritual, sicológica y emocionalmente negroide.

Esta gente me parece detestable. Prefiere la mascarada social a la realidad antropológica. No lucha: se somete. ¿Pretender que se imponga lo suyo? . . . ¡Ni imaginarlo! . . . Ellos eceptarán, sumisos, lo que los demás les decreten. Mucho cuento sería que aspirasen a que la sociedad los reciba tales cuales son! en lo anatómico y en lo anímico. Antes que otros los humillen y arrinconen, ellos se arrinconan y humillan. Y como que a cada momento y en todas partes están pidiendo excusas por lo que son sin haberlo buscado ni querido. Parece, a ratos, que se consideraran culpables de algo, y necesitaran fugarse y purificarse

Desertores son éstos, evadidos de su estadio o de su grupo, prófugos de la pigmentación oscura, entes afanados neciamente en desteñirse o despeñarse en el sentido racial; son nadie, son nada. Y lo

Por es que ni yo mismo acierto con las medidas
 que hayan de aplicarse para que regresen a su
 or, para que se reintegren a su estrato y se recobren
 sí mismos. Aquí, la Negritud o Negredad.
 Negros y mulatos, zambos también de ser posible,
 deberían predicar no tanto en contra de los des-
 cantados cuanto en favor de las bondades de lo
 negro, de la Negredad o Negritud. Razonar, razonar
 al máximo, para convencer a quienes no lo estén, de
 que no existe, en rigor, motivo alguno para sonrojar,
 para huir, para esconderse. Que si algo se tiene en
 el entendimiento y en el corazón, es preciso levantar
 la cabeza, no para aplastar a alguien sino para
 entenderse con todos, de igual a igual. ¡Haile Selasie
 acompañando, en Wáshington, el cadáver de John
 F. Kennedy, mezclado con testas coronadas de
 Europa!

Malo, muy malo insolentar al negro, bestializar
 al negro, hacer del negro una fiera —“pantera
 negra”— (19), por ejemplo; pero siempre será sano
 y provechoso aleccionarlo sobre su historia y
 dignificarlo. Para esto, bueno es arrancarse las
 vendas de los ojos negros puestas por las manos
 blancas. El pasado y el presente de los africanos y
 sus descendientes deben ser examinados desde
 otros puntos de vista, buscando allí todo lo bueno,
 que no es poco. Arte, filosofía, mucho hubo entre
 los negros y todo esto sigue dándose en los medios
 negros no contaminados. Coreografía, música y
 poesía florecen en los ambientes africanos, como en
 Asia, como en Europa, como en la América anterior
 al Descubrimiento, ¡oh, mejicanos y peruanos
 admirables! . . . No insolentar a nadie, no lanzar a
 hermano alguno contra su hermano, sino invitar a

todos a erguirse y avanzar bajo sus propias banderas.

Tenemos a la mano ese como manifiesto racial —no racista— que en octubre de 1961 escribió en Río de Janeiro Abdías do Nascimento bajo el título “prólogo para brancos”, prefacio justamenta para el libro DRAMAS PARA NEGROS, pieza que con todo cariño traducimos en 1964, allá mismo. Su capa de poner un poco de luz en la materia de la obra, trae capítulos como éste, aludido en otra parte del presente ensayo.: “El teatro de los pueblos de color precedió al nacimiento del Teatro Griego. Gastón Baty y René Chavance informan: ‘Hace apenas unos pocos años que se revelaron, gracias a los descubrimientos del Abate Driotton, los primeros textos de Literatura Dramática. Documentos nuevos surgirán indicando pistas y rumbos de la evolución de aquella cultura teatral desconocida, perdida en el Valle del Nilo, hasta cuando, finalmente, fue posible restituír a Egipto la honra de ciertos logros que se atribuían, jactanciosamente, a los griegos. Grecia siguió los pasos de Egipto. Antes de Esquilo —cerca del 1.000 años— se escribió en Egipto un libreto sobre la muerte de Horus, el cual se iguala a la tragedia esquilana. La propia forma dramática de los ritos, tornándolos más sugestivos, así como la práctica del culto de Dionisos, fue imitación del Egipto negro. Los griegos reproducían la atmósfera teatral: canto, danza y poema, reunidos en el culto dionisiaco. Aún más: en Grecia el Teatro se desprendió de la rigida disciplina del culto, avance que el Teatro Egipcio no pudo o no supo conquistar, rompiendo la servidumbre al sacerdote y asumiendo la necesaria libertad. Siguió prisionero, estático, y casi se pierde

para siempre la noticia de su existencia".

ALEJANDRO PETION, CAPITULO ESPECIAL

Capítulo especial merece el gran negro Alejandro Petión, fundador y Presidente de la República de Haití (1808-1816), a donde llegó, impensadamente, Simón Bolívar en 1815 y de donde partió, gracias a la ayuda del noble estadista, el 31 de marzo de 1816, para continuar en el Continente la tarea años atrás emprendida por él.

Petión, hombre de clara visión política y de corazón magnánimo, apenas si puso una condición para tender su mano al futuro "Libertador de América". Le pidió, en efecto, que, a cambio del apoyo que largamente le concedía, liberara a los esclavos, cuya desgracia el ahitiano sentía como suya propia. Bolívar que, como hemos dicho, ya había dado muestras de simpatía para los esclavos, prometió solemnemente manumitirlos a medida que avanzara con la bandera de la Libertad en alto.

El insigne caraqueño cumplió su palabra. Y así fue cómo se expidió el decreto pertinente de 2 de junio de 1816, en Carúpano, en virtud del cual se otorgaba la manumisión a los negros que tomasen las armas para luchar por la Independencia, y cómo, el 6 de julio del mismo año, en Ocumare de la Costa, se dictó un nuevo decreto, mucho más

amplio y decisivo, que de seguro agradó al Primer Gobernante de Haití.

He aquí, en lo esencial, su texto:

“Esa porción desgraciada de nuestros hermanos que ha gemido bajo las miserias de la esclavitud, ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos. De aquí en adelante habrá en Venezuela sólo una clase de hombres: todos serán ciudadanos!

Para medir, no importa que tardíamente, el volumen de la población negra en aquella época, y, además, la suma de vidas negras aportadas a la causa de la Emancipación, copiamos a continuación un párrafo elocuente, tomado del t. II de la obra de Vicente Lecuna —LAS CAMPAÑAS DE BOLÍVAR (Nueva York, 1950):

“Al llegar a S. Cristóbal, aprovechando la reciente ley del Congreso en favor de los esclavos, dispuso (Bolívar) levantar 3.000 en la provincia de Antioquia y El Chocó, y 2.000, en la de Popayán, destinados a conquistar su libertad, los primeros en el Ejército del Norte, y los segundos, en el del Sur”

De lo antes dicho podemos sacar las siguientes conclusiones:

1o.— Bolívar fue extraordinariamente sensible a la tragedia de los negros, para quienes tuvo siempre amor paternal o fraternal, que es mejor. . . .

2o.— Petición alcanza una altura singular al condicionar su apoyo a Bolívar a la liberación de los esclavos por obra de la campaña emancipadora del Continente;

3o.— Si sólo en la porción colombiana de

oquia, El Chocó y Popayán era posible disponer en un momento dado, de 5.000 varones en el de guerrear, ya podemos suponer cuál sería entonces, en toda esta porción del Nuevo Mundo, cantidad de gente de color;

4o.— Imaginando como forzosamente tenemos imaginar que antes y después de estos 5.000 negros, hubo, allá, aquí y en todas partes, quienes marcharon a morir por conquistar la independencia americana, apreciamos cómo caen en injusticia la más delante quienes silencian la contribución de este momento humano;

5o.— Los negros no marcharon ni podían marchar con sus mujeres, y como la castidad no es posible ni bajo la severísima regla de los cuarteles, donde más bien se aviva la sensualidad, aquella gente fue dejando sus semillas ahí en donde antes habrían caído y haciendo por nuestro mestizaje lo que no se había hecho hasta ese momento;

6o.— Según una malévola insinuación de Marino Blanco—Fombona, la inquina de algunos americanos del sur contra Simón Bolívar se debe, entre otras causas, a las licencias que se tomaron, en ocasiones, los afroamericanos con las mujeres negras de los lugares a donde llegaron para llevar adelante la lucha por la Libertad

INNEGABLE ARISTOCRACIA DE CIERTOS NEGROS...

Aunque podría decirse que se trata de proclamar predominios, en verdad no pretendemos esto sino rescatar la verdad histórica en favor de una porción humana a la cual se había negado todo, al envolverla en clámides tan poco honrosas como ésta del "salvajismo" o la "barbarie". . . También los descendientes de Cam habían ejecutado lo suyo, a su tiempo. También ellos tenían una porción de la gracia divina, para consuelo de creyentes y descreídos. Sobre este punto y de acuerdo con la época, insistieron teólogos, juristas y filósofos durante la Conquista, cuando, Evangelio en mano, se quiso "redimir" a los indios occidentales. . .

Es necesario insistir en que así como se dan blancos feos, se dan negros bonitos. No todos son hermanos o primos de gorilas, orangutanes y chimpancés, y esto dentro del mismo patrón europeo de belleza. . . Viajaba yo un día, desde los Angeles, en el "Ferrocarril de Santa Fe", rumbo al Cañón del Colorado. Viajaba en uno de aquellos púlmanes tan cómodos como elegantes que corren por allá. Conmigo, mi intérprete oficial. En el coche donde se me había reservado la litera iba como camarero un negro cuya piel se había emblanquecido bastante

para no ser ya de betún ni de carbón. De mediana estatura, joven no mayor de 21 años; arreglado su pelo, rasurado su rostro lleno y sonrosado: de fresco carmín sus labios que dejaban ver, merced a una discreta sonrisa permanente, dos hileras de blanquísimas piezas de marfil, limpias como el traje y los zapatos que lucía. Sus hermosos ojos derramaban dulzura, bondad, comprensión inteligente, y sus maneras eran, nó de un súbdito plebeyo sino de un príncipe de casta. ¡Qué distinción la del moreno! . . . Todas las miradas convergían en él, que había conciencia de las prendas que lo adornaban. Nadie, ninguno de los pasajeros de ese departamento hombre o mujer— reunía tantas excelencias como el negrito que iba, esbelto y elegante, de un lado a otro, cumpliendo de la mejor manera su deber. ¿Negro? . . . Pues sin lugar a duda. No siquiera mulato. Negro, pero descendiente de alguna lejana reyecía del fondo del Africa, en donde sus antepasados fueron cautivados por algún traficante infame. Arrastrados a guerrear contra otros soberanos de la jungla, su mala suerte quiso que cayeran prisioneros y que, sin derecho a reclamar nada sobre nada, fueron conducidos al barco terrífico y condenados a viajar, en días que la desgracia volvía interminables, desde las costas occidentales del Continente Negro hasta las tierras que al Misterio arrancó el Genovés. Sí, hijo, nieto o bisnieto de Soberanos que allá arrastraron manto de piel de leopardo a la sombra de frescos doseles de esmeraldas vivas, sobre un tronco tallado como trono.

Quiero, con esto, decir, para alentar a los **pacatos** listos a difrazarse de blancos, que hasta por este lado existe la posibilidad de lucir, de triunfar, de imponerse, de convertirse en objeto de admiración o de pasión. . . .

Las prendas de este y otros negros no han de considerarse como todas ellas adquiridas, pues muchas son heredadas. El jesuíta Alonso de Sandoval, en su obra, escandalosamente revolucionaria, publicada en defensa de los esclavos, dice, rebosante de cristiano espíritu de justicia: "Los mandingas, los yulofs y los fulupos son los negros que más estiman los españoles, por ser los que más trabajan, los que cuestan más y los comúnmente llamados de ley, de buenos naturales, de agudo ingenio, **hermosos** y bien dispuestos, alegres de corazón y muy regocijados" (NATURALEZA, POLITICA SAGRADA Y PROFANA, RITOS Y CATECISMO EVANGELICO, citada por Indalecio Liévano Aguirre, en LOS GRANDES CONFLICTOS SOCIALES Y ECONOMICOS DE NUESTRA HISTORIA, Bogotá, 1972).

¿Qué decir de los **mulatos**, hombres y mujeres, que exhiben su estupenda belleza, en ambiente de libertad y consideración, en Cuba y Panamá, en Venezuela y Colombia, en Brasil y Ecuador? . . . Solamente porque aún no acaba la fumigación de la mente de los "blancos", no ha sido posible confiar a una graciosa y donairoso morenita el cetro y la corona de la hermosura a que tienen derecho las mujeres de su raza. . .

La mulata, reina por sus propios derechos, de la belleza en la América Tropical, ha sido férvidamente cantada por bardos de la más alta calidad, como el mejicano José Juan Tablada, el cubano Bartolomé Crespo Borbón (Creto Gangá), el dominicano Francisco Muñoz del Monte y el argentino Néstor Pedro Blomberg.

"¡Mulata! . . . ¿Será tu nombre
injuria, oprobio o refrán? . . .
¡No sé! Sólo sé que al hombre
tu nombre es un talismán.

"Tu nombre es tu vanagloria,
en vez de ser tu baldón:
que ser mulata es tu gloria,
ser mulata es tu blasón.

"Ser mulata es ser candela;
ser mulata es imitar
en el mirar la gacela,
la leona en el caminar.

"Copa que embelesa y mata,
si se liba hasta la hez.
¿Su almo encanto la mulata
lo debe acaso a su tez? . . .

Dúdanlo las gentes necias,
y ella, que ama su color,
dice que entre las especias
la canela es la mejor"

.....

J. J. Tablada

"AL BLANCO LO HIZO DIOS"...

"Al blanco lo hizo Dios;
y`al indio S. Agustín.
Al negro lo hizo el Demonio
de la oreja de un bacín"

Esta copla anónima, con toda seguridad, si nó fue obra de un "blanco", lo fue de un **cholo**. De un indio nó, hasta porque la estrofa no es tan galante con él. Su autor, por denostar al moreno, le atribuyó tan poco honrosa formación. Pero. . . . ¿qué "Demonio" pudo haber metido su mano en una de aquellas mulatas imponentes que se alzan como Venus de ébano en La Habana o en San Juan, en Río de Janeiro o en Esmeraldas? . . .

Los rasgos de ciertas tribus se conservan aquí, digamos en Cuba y en Colombia, en Santo Domingo y en Venezuela. Cuando vi, por primera vez, a los negros y a sus hijos en madres "blancas", en campos y ciudades de Esmeraldas, recordé la frase, un tanto vanidosa o envanecedora, de Fuller, en ese libro entre apasionado, reflexivo y profético de M. Muret: "El negro es la imagen de Dios tallada en ébano" (EL OCASO DE LAS NACIONES BLANCAS, Madrid s/f.). Altos, vigorosos, fornidos,

limpios y arrogantes, con mucha gracia en el rostro y mucha chispa en el alma, bailan **El Torbellino**, **La Caderona** o **El Salango**, acompañados por aquel xilófono primitivo de teclas de chonta que sigue resonando en las márgenes del Quinindé: la **marimba**.

¿Cómo justificar, pues, la postura vergonzosa de quienes, no obstante la repugnancia que inspiran ciertos espíritus notoriamente rezagados, no pierden ocasión para cruzarse por entre sus piernas fatigándose por blanquearse el rostro y estirarse el cabello, y cuidando de chuparse los labios cada vez que tienen que colocarse frente a un fotógrafo?

Un negro o su prole cruzada puede ser sabio: Eugenio Espejo. Un negro o su prole cruzada puede ser héroe: Antonio Maceo. Un negro o su prole cruzada puede ser santo: Martín de Porres. Un negro puede ser artista: Louis Armstrong. Un negro puede ser poeta: Langston Hughes. Un negro puede ser novelista: Alejandro Dumas. Un negro puede ser libertador : Alejandro Petión. Un negro puede ser pedagogo: Booker Wáshington. Un negro puede ser diplomático: Ralph Johnson Bunche. . . .

Comenzamos por un verso popular, no tan vacío como podría creerse, y vamos a terminar con él este capítulo. Si "al blanco lo hizo Dios", debió haberlo hecho para que obrase como bueno en todo tiempo y lugar. Calumnia y ofende a su hacedor quien niega, con su comportamiento, las excelencias de Dios. Este es la comprensión, la justicia, la sensatez superior, la bondad de las bondades. Pero aquél que se lanza a cazar negros, y los somete con astucia y brutalidad, y los encadena y los arrastra, y los humilla y los lacera, y los golpea y los mata,

parece haber sido amasado, más bien, por el Demonio: hijo suyo, hermano suyo, discípulo suyo, émulo suyo en lo turbio y en lo torvo.

La copla, en su inocencia y festividad, está diciéndonos cuál era la filosofía que prevalecía en los tiempos de la esclavitud. Puesto que el “blanco” es el mimado de la Divinidad, por ser su obra, a él se le permite usar y abusar de los demás seres de la Creación y hasta del resto de los seres humanos, digamos de los amarillos, de los bronceados y de los negros. Pero mientras, durante largo tiempo, se discutió apasionadamente con respecto a la especie a que pertenecía el indio, no hubo discusión alguna con respecto a la especie a que pertenecía el negro, al cual se hace referencia en la Biblia.

De tal manera creían los europeos en lo privilegiado de su nacimiento, que imaginaban que, para todas sus demasías, listo se hallaba el perdón divino. “Al blanco lo hizo Dios”, y puesto que no fue de otro modo, bien podía sojuzgar, acanallar y exterminar a millones de gentes de color, a quienes sólo una horrible aberración moral pudo convertir en mercancía, en artículo de comercio el cual se transportaba en peores condiciones que el marfil o las maderas preciosas. (Hoy cualquier partida de ganado viaja en condiciones superiores a las en que viajaban cafres, hotentotes y calmuco en aquellos días tan vergonzosos para todo el género humano a que vamos refiriéndonos.

¡Qué poca reverencia para Dios! , si lo invocamos como un valedor vulgar, listo a extendernos su amparo y su perdón para cada abuso que cometamos con nuestros semejantes! Por esto

ha sido y sigue siendo difícil cambiar la mentalidad del mundo frente a la realidad negra, que todavía no es tan satisfactoria como la quisiéramos.

NI HUMILLADO, NEGRO, NI OSADO

El hombre común de la Negredad, puesto que carece de información libresca — su misma historia le es desconocida! —, suele responder cuando alguien osa negrearlo, esto es, sopetearlo y abajarlo injustamente:

“Morenito (20) soy, señores;
yo no niego mi color,
que de todos los colores
el moreno es el mejor”

“Morenita soy, señores,
y no me lo digan de broma,
que de negro está vestido
el Santo Papa de Roma”

o, con un poco de acrimonia concluyente:

“Moreno soy, mi amo,
moreno y con capital,
que para ser blanco y pobrete,
mejor es ser animal”

No creo que éstas sean, hasta ahora, las respuestas que dé el negro al real o pretense blanco. Pero, en general, si los predicadores del odio no han llegado hasta él, su actitud es compuesta y respetuosa, a menos que alguien trate de rebajarlo. El mulato es, en cambio, siempre quisquilloso y belicoso. Se encrespa fácilmente. Truena, acomete. Eso de la “merienda de negros” es más propio de la mulatería que de la negrería.

El dolor tan prolongadamente padecido por los morenos pudo haber generado en su corazón un odio abundante y desollante, odio tal vez indiferenciado que lo llevara a los bajos planos de la temibilidad que alarga la lista de los delincuentes y llena las cárceles con ellos. Sin embargo, ¡qué alma tan blanca la que lucen algunos morenos, capaces de acciones ejemplares aún en favor de los mismos que ayer gozaron torturándolos y aniquilándolos! . . .

¿Malo el negro? . . . Altivez es maldad, no es maldad arrogancia; gallardía no es maldad, no es maldad orgullo. Ni la altanería misma, con chocarnos tanto, es maldad. Maldad es desear la mujer del prójimo y “cerrar la puerta que da al camino”. Maldad es levantar falso testimonio y “echar las sobras al viento”. Maldad es robar e incendiar. Maldad es el asalto y el estupro. Maldad es mentir y engañar. Malo el falsificador, malo el incestuoso. Aquí hay, formado por la sola voluntad de sus habitantes, un barrio suburbano llamado Marimba. Con marimba o sin ella, ahí se baila y se jalea, se come puzandao y se saborea cocada legítima. Y, desde luego, se hace el amor. Pero ¿quién es el temerario que sostenga que ese barrio es foco de perversión en donde se dan todas las formas del delito? . . . Ni siquiera todas las

del vicio tienen allí su representación particular. El trabajo de esa gente se halla, por regla general, lejos de su barrio, del cual salen por la mañana y regresan por la tarde. Las hembras quedan criando sus simpáticos monitos. ("Macacos" los llaman los rusos. . . cariñosamente). ¡No, no es aquella concentración voluntaria de esmeraldeños la cueva en donde danzan desenfrenadamente los siete pecados capitales!

Decir, cándidamente, que los negros son buenos sería aventurar demasiado: son seres humanos, como tú, como yo, como ése que por ahí nos cacarea su blancura . . .

No quiero, nó, soliviantar a nadie, dentro de su casa, y menos, dentro de la ajena. No vengo a predicar la insurgencia de nadie, en medio alguno. Deseo, apenas, que el negro y/o sus descendientes —los mulatos y los zambos— abandonen dos posiciones igualmente censurables e inconvenientes: por un lado, su acomplejamiento dentro de la sociedad "blanca", y, por otro, su agresión como medida para resolver los problemas . . . cuando de veras los tienen. ¡Ni humillado, negro, ni osado! Digno siempre, sin vanidad pero con orgullo; acaso mejor, con estimación personal suficiente que te impida por igual sentirte malconforme con tu sangre, y/o creer que ella te otorga derechos ilimitados por nada más que ser de sangre africana. El terrorismo negro, que cubrió de horror calles y plazas de los EE. UU. en años recientes y que en Africa alcanzó niveles inimaginables de sadismo inclemente, es tan terrorismo como cualquier otro, sea cual fuere la explicación que se dé acerca de él. Tan racista es el blanco que persigue al negro como el negro que persigue al blanco, y si no hay perdón para el uno, mal podrá haber perdón pa-

ra el otro. Desde el punto de vista del creyente, ambos se irán al Infierno: ¡no tendrán salvación, que la vida del ser humano es una, una y sagrada, una e indestructible!

Los torrentes de energía vital que se consumen en las empresas del odio entre los negros, allá en su tierra de origen o en otros lugares del Universo, deben emplearse en tareas útiles: estudiar, aprender, trabajar, producir, fortalecerse, apercibirse para luchar y competir. ¡Mucho tiempo se ha perdido en empresas fóbicas, para que no deseemos entregarnos ahora a las demás, las de la comprensión y el amor, bajo arcadas de paz bonancible, en el hogar y en el campo, en el taller y en la fábrica, en el laboratorio de Biología y en la investigación espacial. ¿Reivindicar los recursos naturales? . . . Desde luego. Pero esto no es todo. Las heridas abiertas por cuchillos seculares deben cicatrizar, al fin. Y las manos que se mancharon en contiendas fraticidas deben, al fin, lavarse en aguas de perdón y olvido. ¡Siquiera de perdón, puesto que no es fácil olvidar tantos agravios cuantos cayeron sobre la raza negra, cuyo destino pareció un día eternamente irremediable.

NO NEGRO POR "LA COLOR"

SINO POR EL CARÍÑO...

"Der cóndor quisiera er vuelo,
der papagayo er color,
pa' llevarte a lo' cielo',
negra de mi corazón"

"Dicen que el águila es
reina de toda' la' ave',
y tú, **negrita**, ha' de ser
de mi corazón la llave"

Estas dos coplas son tomadas —casi al azar— del Cancionero Popular Ecuatoriano. Concretamente, de mi folleto titulado ANIMALES Y PLANTAS EN LA POESIA POPULAR ECUATORIANA (Guayaquil, 1970). Esta selección, que se aumentará con piezas que se copiarán después, tiene un fin preciso. En la primera estrofa he subrayado la palabra **negra**, y en la segunda, la voz **negrita**. Nadie dudará con respecto a la suma de cariño puesta en cada uno de estos vocablos que funcionan como vocativos de las cuartetas seleccionadas.

Pues bien: durante muchísimos años, digamos hasta ayer, se empleó este sustantivo adjetival (**negro, negrita**) en todos los ámbitos sociales del Ecuador, pues igual llamaba **negra** el rico a la rica que el pobre a la pobre; **negrita** era la blanca para el blanco y la **chola** para el **cholo** o la **mulata** para el **mulato**. En reciprocidad, asimismo promiscuamente, usaban las mujeres los correspondientes masculinos: **negro, negrito**. ¿A qué época se remonta esta costumbre? . . . Ya lo hemos insinuado. Si los ejemplos traídos pertenecen a la Poesía Tradicional, el origen de este tratamiento se halla muy lejos en el tiempo.

Meditando acerca de ello, cabe pensar en que fueron los españoles los primeros en hacerlo: tratamiento de blancos para negros, mejor dicho, de blanco para **negra**, y en que jamás tuvo sentido alguno payorativo. Y, justamente porque era expresión de amor, se lo extendió, con el tiempo, a las mujeres en general, que si hubo algunas que protestaron al principio, acabaron todas por aceptar el piropo. ¿Qué opinar al respecto? . . . Pues que al margen de las normas y no siempre obedeciendo a exclusivamente exigencias de la *libido*, los "hombres blancos y barbados", si no pudieron desbarbarse, sí pudieron desbarbarizarse y volver más placentero el placer de las hembras de color a quienes llevaban a sus tálamos improvisados aquí, en lo profundo de una quebrada, sobre el edredón de paja de las punas, en la fresca arena de las playas o bajo la verde cúpula de los árboles silvestres. Se explica así por qué los mulatos, por no haber sido siempre los frutos de un estupro animal, trajeron en su *siquismo* elementos que no pudieron traer, por ejemplo, los **zambos**, cuya constitución ya conocemos.

“A mí me llaman **negrero**
 porque quise a una **negrita**:
 ¿a quién no le ha de gustar
 el café de mañanita? . . .

¿Cabe más finura que ésta? . . . Frente a la murmuración menos ofensiva que burlesca, el aludido responde con plena conciencia de su conducta varonil: ¡la negra es tan deliciosa como una tacita de café! . . .

Nadie detuvo aquí a nadie por causas raciales, y quien sostenga lo contrario, miente cerdosa y ofensivamente. ¿Habremos tenido, en algún momento, un espécimen más mezclado racialmente que Eugenio Espejo? . . . Su madre fue la “mulata” María Catalina Aldaz, venida del Cuzco. Y si alguien, alguna vez, osó cerrarle el paso al hijo del barchilón, lo hizo echándole al rostro su condición de “indio”. Todavía se lee y se oye aquí: “el indio Espejo”. Mienten, repitamos, con temeridad insólita, quienes se permiten aseverar que antes de ahora la Educación tuvo entre nosotros fronteras de tipo racial o siquiera de tipo económico. Otras fueron, por ventura, las limitaciones que ahora ya están haciéndonos falta: aquéllas que existen en dos tipos opuestos de sociedades: en los EE. UU. y en Rusia, lugares a cuyas Universidades no entra sino quien se halla en capacidad de aprovechar las enseñanzas que a nivel realmente superior se imparten en tales casas de estudios. Verdad que el cuñado de nuestro precursor, D. José Mejía Lequerica, tuvo que chocar en ciertos obstáculos; pero éstos fueron más de orden religioso que de otra índole: él no era hijo legítimo, “mancha” que entonces no se perdonaba. . .

Cholos y mulatos, zambos también, como el Contralmirante Ramón Castro Jijón, Presidente de la anterior Junta Militar de Gobierno del Ecuador, que por algo había nacido en Esmeraldas, llegaron con toda facilidad a los sitios más encumbrados: a las curules de los Congresos, a los asientos de los Cabildos, a los sillones de los Consejos Provinciales, a los Ministerios de Estado, a la Magistratura de Justicia, a la Diplomacia inclusive. Ahí está, por ejemplo, el llamado “Negro Plaza”, el Comandante César Plaza Monzón, que durante muchos años tuvo a su provincia nativa, Esmeraldas, como cacicato que podía transmitir por herencia. Altas dignidades de la Iglesia Católica han sido ocupadas por mestizos ecuatorianos, que junto a un Arzobispo José Ignacio Checa y Barba hubo un Federico González Suárez y junto a un Obispo Francisco Xavier de Garaicoa y Llagunó, un José Félix Heredia. . .

L I T E R A T U R A N E G R I S T A

O "N E G R O I S T A"

No todo lo escrito acerca de los negros es obra de ellos. Ni tiene por qué serlo forzosamente. Pero el lector común se inclina a pensar que todo lo publicado acerca de los negros es obra suya. Dicho se está que por este camino se llega a la comisión de errores. Por ejemplo, el gravísimo de imaginar negro a un blanco . . . ¿Cómo puede ser blanco Luis Palés Matos, el afamado autor puertorriqueño de TUN-TUN DE PASA Y GRIFERIA, colección de poemas "afros" en los cuales se escucha algo más que el percudir de los tambores primitivos, ya que se escuchan también las vibraciones del alma negra en sus lamentos y rugidos? . . . No es, nó, de cabellos rizados y piel oscura el gran precursor Fernando Ortiz, y, sin embargo, pocos podrían acreditar mayores méritos en el terreno de la Negritud o Negredad, recorrido por él desde mucho antes de que se teorizara acerca de esto en Europa. Su producción es enorme, y su puesto de abanderado indiscutible. Tampoco es negro Ildelfonso Pereda Valdez, estimabilísimo colega uruguayo que ha dedicado tiempo y amor a

los temas afroamericanos. Jean Paul Sartre, filósofo de la Negritud, filósofo y enamorado del espíritu negro, no nació en Africa ni tiene vínculos raciales con los negros, cuya sensibilidad aprecia y cuyo arte exalta. Pablo Carvalho Neto no es de raza africana sino de raza europea, y, esto no obstante, mucho papel y mucha tinta lleva gastados en escribir con inocultable simpatía, acerca de los negros, particularmente, como sujetos del Folclore. El más grande y ardoroso negrista actual, Janheinz Jahn, es germano: lo he visto en persona cuando lo visité en su casita de Messel, próximo a Franckfort, en 1969. Y fue germano también Leo Frobenius, enciclopedia negrista insuperable. (21)

Ninguno de éstos, que yo sepa, se ha disgustado cuando alguien, sin la intención de ofenderlos, ha dicho que son “poetas negros”, “escritores negros”, “tratadistas negros”, etc. Y, acaso, demagógicamente, alguna vez, se han sentido ufanos del equívoco. Pero hubo uno, sí, uno que, según versiones recogidas in situ, llegó al extremo de acudir a un Juzgado para alcanzar el auto probatorio de una limpieza de sangre (sic) que lo pusiera fuera de la familia negra cuyas alabanzas había recibido siempre. Aludo a Jorge de Lima, afortunado autor de *Esa Negra Fuló*, tan del agrado de Berta Singerman y de Eusebia Cosme. Cuando conocí este pasaje de la vida del poeta brasileño, mi amigo, sentí que algo se desprendió de mi corazón, y no quise saber nada más de él . . .

Existen otros peores. Después de haber ganado alguna nombradía con una producción jugosa de elementos africanos, como que se arrepintieron de ella, como que trataron de olvidarla y desearon que también los otros la olvidaran. ¡Desnaturalizados!

Pues, se trata, no de blancos como los predichos, sino de negros o pardos que si algo lograron fue, precisamente, por su fidelidad hemática. ¡Cómo han tenido valor para dar las espaldas a su raza? . . . Así como sugiero la elaboración de un diccionario de africanos (o, si preferís, negros y negristas) notables, insinúo uno como índice para inscribir allí los nombres de todos los traidores a su causa.

Explicable que hasta ayer la mayoría de las páginas negristas hayan sido obra de los blancos: los negros, lo mismo los de allá que los de aquí, se hallaban al margen del alfabeto, y mal podían dedicarse a lucubraciones sobre sus orígenes y su significado en el proceso americano. Mas, ahora, cuando las posibilidades de educación son ilimitadas, resultaría imperdonable que la "gente morena" no escarbara en los campos de la Etnología, la Historia y la Sociología, materias en las cuales quizá sean los brasileños quienes hayan avanzado más, desde Raimundo Nina Rodríguez y Arthur Ramos hasta Gilberto Freyre. Los negros y sus descendientes deben querer estudiarse a sí mismos, con serenidad, con justicia y con valor.

Hay que ponerse en guardia, desde luego, ante los que gustan de convertir un tema serio en materia lúdica, y ante quienes buscan menos difundir la verdad que llenar sus bolsillos. Sería para arrepentirnos hasta lo indecible el abuso que se cometiera con el tema negro, a semejanza del que se cometió y no cesa de cometerse con el tema indio. Se comenzaría por imaginar y se acabaría por mentir audaz y aviesamente. Personas sin talento y sin amor se darían a la tarea de producir literatura de pacotilla —"nuevo relato" y "joven poesía"— un poco embadurnada de

hollín, el hollín que ciertos izquierdistas ecuatorianos llevan bien pegado al corazón . . .

En materia de **Negredad**, nuestros archivos están vírgenes, y la Sociología no amanece aún entre los negros del Ecuador. Si nuestros “universitarios”, en lugar de pasarse los años eligiendo “reinas” y anulando elecciones de “representantes estudiantiles”, se dedicaran, no con metralleta ni bombas molotof, a investigar en la Historia y a examinar en la realidad nacional, ¡qué de obras saldrían a enriquecer de veras la Bibliografía Nacional! . . . El ejemplo de los Costales—Peñaherrera debe aleccionar a nuestra gente joven, cada vez más vacía e infecunda, y cada vez más inclinada a la destrucción que a la creación. Si con este libro el autor lograra promover un debate fecundo en resultados científicos o simplemente literarios, su satisfacción sería muy grande.

JUAN MONTALVO,
EL MESTIZO INSIGNE

Si en lo que escribimos —en nuestras creaciones en general— vertimos lo que llevamos en nuestro interior, parece natural que de alguna manera, como yo mismo estoy haciéndolo ahora, soltemos pruebas de nuestra realidad biológica y de nuestro pasado ancestral. El hombre es, como expresó el filósofo, él mismo y su circunstancia. Lógico, por lo tanto, que en lo que escribimos —en nuestras creaciones en general— derramemos esotra realidad, con sus destellos y nubarrones. Parece imposible evitar todo esto. Sólo excepcionalmente somos autores de una producción anodina, sin color, olor ni sabor, que lo mismo puede pasar como obra de un indio que de un blanco, de un catedrático que de un leñador, de un joven que de un viejo, de un señorito a quien le fue dado todo que de un pobrecito sin mendrugo qué comer. . .

Una Literatura así —de haberla— carecería de valor. Como documento —al menos— no tiene importancia. No estoy pensando —desde luego— en eso que no pasa de ser hienda del corazón y detrito de la mente, a menos que el autor no sea sino esto:

depósito de detrito y manadero de deyección. Quienes, con igual suma de tontería que de ignorancia, se han dolido, o, mejor, se han airado con Juan Montalvo por no haberse ocupado de “cuestiones sociales” ni haber propugnado la “liberación económica de su pueblo” (¡1832—1889! . . .), evidencian que no conocen la historia de las ideas políticas, que no han leído al superbo polemista o que derraman repugnante mala fe. Sus libros, los de Montalvo— van más allá de la simple fantasía o se quedan más acá de ella, desde luego que en todos palpita el alma de un mulato americano de la clase media, nacido con una vocación irrevocable para la libertad. Hasta en obras tales como LOS SIETE TRATADOS y CAPITULOS QUE SE OLVIDARON A CERVANTES se muestra el ecuatoriano auténtico, hombre de su tiempo, además. La Revolución Liberal (1895) que estalló seis años después de su muerte, fue, si quiera en lo filosófico, obra suya, obra de esa pluma infatigable que lo hizo exclamar, al saber el desplome de su gran contendor: “¡El triunfo es mío! ”. ¡De quién más podría haber sido, en rigor, la victoria sobre el Titán? . . .

No hay, pues, nada de raro en interpretar o traducir simplemente el pensar y el sentir del medio Tú, yo y el de más allá, cada vez que escribimos, estamos —de un lado— sintiendo los latidos de nuestra sangre, y, de otro, escuchando la voz de nuestro medio, que es voz de nuestro tiempo.

El azar ha querido que, al momento de revisar este trabajo, lleguen a mis manos dos libros ecuatorianos: SOCIOLOGIA LATINOAMERICANA, de Eduardo Félix (Quito, 1974), y JUAN MONTALVO, UN GRITO DE HISPANOAMERICA, de Alfre-

do Albuja Galindo (Quito, 1973), en los cuales se exalta debidamente la figura del ecuatoriano o "hispanoamericano" insigne, hito vigoroso y luminoso en el proceso cultural y político de esta nación.

Ambos autores —costeño el primero y serrano el segundo— abundan en citas no todas afortunadas, que ayudan a comprender —o a incomprender— a Juan Montalvo, y aunque Albuja Galindo se acerca al tema que más nos habría interesado, no lo toca de manera directa y franca. Aludo a los capítulos *Personalidad y carácter* y *El factor familiar*, en los cuales se machaca un poco en aquello de la incomformidad y rebeldía de Montalvo, de su resentimiento y su valor para expresarlo. Se insiste en su vocación liberal o, mejor, libertadora. Y, desde luego, se señalan ciertos rasgos fisonómicos evidentemente negroides; mas, sin llegar a establecer la relación entre la naturaleza física de *El Cosmopolita* y su comportamiento en la vida íntima y en la pública, en donde los factores raciales africano y europeo pesan más que el otro de su mestizaje.

Hemos visto, además de su propio retrato, los de los padres de D. Juan, y aunque no corresponden a dos "blancos", tampoco corresponden a dos "Indios". Son tipos injertos, y en esa mezcla —fenómeno repetido en América— tiene que haber habido plasma negro, el que explica la sexualidad ardiente de Montalvo y su altanería incesante.

E N G R O S A M O S N U E S T R A S
F I L A S, H O N R A N D O L A S...

En este sano empeño de reivindicar lo nuestro en la sangre, hemos llegado hasta el Libertador, cuyo nombre se estampa muchas veces en estas páginas. El principal culpable de tamaña irreverencia és aquel hábil retratista cuyo lienzo original pude admirar en la Casa de Bolívar, en Caracas. ¡Es, inequívocamente, un espécimen negroide el que se ha pintado y que, por no haber merecido rechazo, figura en iconografías bolivarianas! . . .

Quienes, al mirarlo, extreman sus dudas y temores, recuerdan que “Bolívar fue descendiente de españoles”, con lo cual —de ser cierto— pretenden descartar cualquier posibilidad de mezcla de sangre en un personaje en quien algunos de sus caracteres se deben, probablemente, a los glóbulos africanos que llevó en sus venas. Imaginan que existe incompatibilidad entre lo hispano y lo moreno.

Otra es, por ventura, la verdad. Por un lado, los árabes vivieron siglos en España, en donde —que sepamos— no hicieron voto alguno de castidad . . . Arabización fue, así, homólogo de africanización.

Los que en la Península dijeron, afligidos o indignados, que España era Africa, fueron algunos, y algunos los que clamaron por la europeización de España . . . Por otra parte, desde antes del arribo de los castellanos a las Antillas, ya en la Península había echado raíces la trata de esclavos. Mercados había en ciertos puertos de allí, en donde se vendía ébano humano o "marfil negro", si preferís. Se habló, por ello, de "negros cristianados" cuando con esclavos se trató de repoblar a América.

Si conviven dos o más razas, la posibilidad de cruzamiento existe siempre. Y ni ahí en donde se rechaza la fusión de elementos étnicamente antagónicos se tiene el cuidado de impedir el engendro o la concepción. Cuando uno menos piensa, surge por allí un injerto que exhibe virtudes y defectos de sus antepasados. Y, mal disimulado o nó por su familia, sigue, y a veces no así comoquiera sino descollando entre los suyos.

Ante el Bolívar en referencia, lo primero que me ocurrió fue esto, pues también yo estaba en el error de que "Bolívar había nacido de padres españoles": ¡lo había leído tantas veces! . . . Lo de "español" no tendría, de tal modo, otro valor que el simplemente geográfico, puesto que es posible ser, por ejemplo, sueco por el nacimiento y congolés por la sangre . . .

Pero las cosas son peores o . . . mejores, como vamos a verlo.

En agosto de 1973 anduvo por aquí un joven y estimable historiador venezolano, bolivariano por adehala: Vinicio Romero Martínez, quien ofreció al público de esta ciudad una conferencia en la Asociación de Periodistas Guayaquil. Fui para escu-

charlo y conocerlo. Por una de aquellas inesperadas coincidencias, encontré en ese local, recién estrenada, una copia del Bolívar premencionado, donada por el Sr. Cónsul de Venezuela a la institución. ¡El Bolívar negro que yo había observado con singular atención y visible alegría en la histórica manifestación caraqueña! . . .

Vinicio Romero Martínez distribuía, de paso, la 2a. edición de **LAS AVENTURAS DE SIMON BOLIVAR**, una simulada “autobiografía del Libertador”, bellamente ilustrada y escrita en un Castellano digno de la tradición gramatical de Venezuela.

De ese libro —utilizado por el conferenciante para su disertación—, y conservando su forma monologada en primera persona de singular, tomo algunos datos que sin ser nuevos me parecen importantes. Ellos nos ayudarán en el empeño de acercar a nosotros a S. B., que así dejaría de ser disminuído con aquello de “revolucionario y guerrillero español, que propugnó, como otros tantos, la emancipación del Nuevo Mundo”. Espero que de hoy en adelante se vea que nuestro superbo conductor fue americano por algo más que haber nacido en Caracas . . .

“Mi padre no era español. Es decir, era muy criollo, de La Victoria. Mi madre, caraqueña . . .” Con esto habría bastante para abrir el debate o . . . para cerrarlo. ¡“Mi padre no era español, mi madre era caraqueña”! Lo que hubo, si lo hubo tal como parece, no ocurrió allá, en Ultramar —si os molesta—, sino aquí, en donde la hibridación —no buscada sino impuesta por las circunstancias— pudo haberse originado. Recordemos que además de no ser, los españoles, muy escrupulosos en materia sexual, las mujeres españolas, al menos las de encumbrada po-

ción social, no vinieron acá en los primeros años. Y las morenas atrajeron siempre más que las cobrizas.

Pero no es solamente que "mi padre no es español". Es que tampoco lo fueron su primer abuelo, ni el segundo, ni el tercero, ni el cuarto. El quinto abuelo llegó a Venezuela, según nuestro autor, en 1589, de modo que a la fecha del nacimiento del Héroe (1783) había transcurrido ya la friolera de 194 años, durante los cuales, en un país en donde había 60.000 negros frente a 100.000 aborígenes americanos, alguna diablura podía haberse producido para ocasionar trabajos a los genealogistas del futuro . . . (Los blancos no pesaban numéricamente en el medio, y muchos "pecados" contra la "pureza de sangre" pudieron cometerse. . .).

Los datos que con garantía de autenticidad pone el historiador mencionado en boca de Simón Bolívar son harto elocuentes. Le hace decir, por ejemplo, que "mi familia por parte de padre y madre era rica. Pertenecía a lo más encopetado de la sociedad caraqueña. Pertenecía a la clase mantuana, al patriciado criollo. Patriciado se deriva de patricio que quiere decir noble pero sin título".

Este carecer de título —entonces motivo de preocupación— no constituía problema insoluble, ya que, ". . . todos los títulos se compraban o se adquirían por algún servicio extraordinario . . ."

De esto y mucho más nos habla Gonzalo Aguirre Beltrán, a quien mencionamos algunas veces en este libro. Y aun cuando su obra se refiere a "la población negra de Méjico", por lo comunes que fueron las reglas y los procedimientos en todas las colonias de España, la información que trae, vale también para Venezuela.

Rastreando después por aquí y por allí, descubrí la obra SIMON BOLIVAR de Gerhard Masur (México, 1960), en la cual hay material de sobra para el logro de mis tan limitados e inocentes propósitos. Y aún cuando, frecuentemente, suelen aparecer gentes más papistas que el Papa, no creo que, al menos conmigo, pueda trabarse alguna discusión.

Masur nos ha hablado, en el capítulo II, de la Juventud de nuestro personaje, en lo atinente a linaje. Y a fuer de hombre honrado, esto es, de historiador, escribe: “. . . Sinembargo, encontramos un hilo desprendido en la trama genealógica de la familia Bolívar, en la persona de María Petronila Ponte, que se convirtió en la segunda esposa de Juan de Bolívar a comienzo del siglo XVIII. Sus orígenes no son claros y por eso resultaron inaceptables a los ojos de los españoles en cuanto a su pureza racial. La madre de María fue la hija ilegítima de una mujer desconocida, a quien sólo pudo encontrarse en el registro de nacimiento bajo el nombre de María Josefa. Su padre había declarado en su testamento, aunque en forma poco convincente, que su madre era su igual en cuanto a nacimiento. Esta María Josefa fue la tatarabuela de Simón Bolívar. Resulta imposible determinar por los registros si ella tenía o no sangre europea, pero no debemos afirmar únicamente por eso que Bolívar era mulato. No obstante, un estudio de su fisonomía y ciertas peculiaridades de su carácter, de las que nos ocuparemos luego, hacen que parezca probable que tuviera una ligera proporción de sangre negra. Y en Sudamérica, según el dicho, mucha gente es ‘café con leche’ ”

Del matrimonio de D. Juan Vicente Bolívar y

Ponte y Doña María Concepción Palacios y Blanco nacieron cuatro hijos, dos varones y dos mujeres. Nacieron pareados: dos rubios y de ojos azules —Juana y Juan Vicente— y dos morenos y de ojos negros —María Antonia y Simón, que no sólo en esto se diferenciaban de sus hermanos, razón por la cual fueron siempre estrechos los lazos de éstos últimos, que se distinguían por lo “porfiados, positivos, de fuerte personalidad”. Si un historiador sostiene que Simón y María Antonia se parecían a su madre, y otro nos asegura que en la casa de Bolívar hay un retrato de su padre en el cual lucen “penetrantes ojos oscuros de mirada muy inteligente”, no nos cuesta trabajo y hasta nos es placentero admitir que ese color de ojos y cabellos vinieron de África, no de Europa . . . “El parecido entre padre e hijo es evidente”, añade G. M.

Pero, además del pigmento, que no es fruto de la arbitrariedad del artista, tenemos lo síquico: S. B. es violento y sensual, vivaz y pronto, teatral y turbulento, franco y “salvaje”, impaciente y sensitivo; dotado de una asombrosa resistencia y con una renuencia insofrenable para todo tipo de servidumbre. Ya hemos dicho que los negros no nacieron para la esclavitud. El africano, aún siendo esclavo por ley, se conduce como libre y soberano.

¿Tuvo, Bolívar, conciencia de su mestizaje? . . . ¿Obró en gracia de su composición racial? . . . Alberto Miramón, a quien tenemos que volver, asegura que, “Bolívar mismo lo sentía así, y jamás negó el mestizaje de su sangre” Al hecho biológico que parece incontrovertible, se suma otro, de tipo social, si no casi tan biológico como el aludido. Los Bolívar Palacios tuvieron, desde su nacimiento, ser-

vidumbre negra. Esa era la costumbre de entonces. Nuestro hombre disfrutó de la dicha de contar con la dulce abnegación de Hipólita Bolívar, a quien su hijo de pecho jamás pudo olvidar. En carta enderezada a su hermana María Antonia, le dice, cuando ya él se hallaba en el pináculo (julio de 1825): “Te envío una carta para que des a mi madre Hipólita todo lo que ella desee y la trates como si fuese tu propia madre. Ella me crio. No conozco otros padres fuera de ella”. Difícilmente se hallará un corazón tan noble como éste. Y no habrá habido siervo que alcance tan alto reconocimiento como esta negra, con cuya efigie debería completarse una nueva estatua oficial del Libertador de América.

La leche de las robustas mamas de Hipólita, sumada a los gramos de sangre africana que entraron en sus cauces más profundos por descuido o afición de lejanos ascendientes suyos, nos dio el espécimen peregrino que partiendo del Monte Sacro llegó, abrumado de tristeza y de gloria, a terminar —purificado y santificado— en S. Pedro Alejandrino.

No creemos que valga la pena consumir mucha tinta para sólo demostrar que Simón Bolívar fue uno de los más respetables representantes de la “quinta raza”. Y aunque nuestro fin es otro, vamos a concluir con el registro de nuevos datos o, mejor, de nuevos juicios sobre el tema de que tratamos en este libro.

Alberto Miramón (BOLIVAR, Bogotá, 1971-72) anota: “... Acaso sea imposible hacer completa la cronología genealógica de hombre alguno. Por lo que al Libertador respecta, lo cierto es que, no obstante la manera clara cómo se desenvuelve la ascendencia a través de su árbol genealógico, se encuentra, bus-

cando con cuidado, como dice el ilustre historiador venezolano José Gil Fortoul, que la familia de Bolívar, aunque de abolengo ilustre, **tenía ya sangre mestiza a fines de la Colonia.**— En las avenidas del abolengo, la savia de la añeja encina española no fue la única raíz que nutrió el trasmundo de su existir; a la vida le ataba también lo que su tío Esteban Palacios denominaba, con eufemismo de codicioso genealogista empeñado en la probanza de la limpieza de su sangre: ‘el nudo de la Marín’ ”

Nuestro autor cita en su apoyo las palabras un poco reticentes de Salvador de Madariaga, al respecto del asunto, doliéndose de que el insigne historiador español no resulte siempre acertado en lo que dice del Héroe: “Aunque las fuerzas y los espíritus ambientes hubieran influído, no habría podido tener acceso, como lo tuvo (Bolívar) a las capas más profundas del alma de Las Indias, si su familia no hubiese absorbido, quizá más de una vez, **sangre negra y sangre india**” . . .

NEGROS EN LA LITERATURA

Hasta aquí, los blancos que han escrito sobre temas negros. Ahora, los negros que han escrito sobre temas blancos. El alma de la raza es un hecho innegable e inevitable. Aún sin quererlo, ella emerge del fondo de nuestra conciencia. Quizá ocurra así hasta en el caso de que haya quien trate de frenar esa tendencia. La herencia se venga del heredero. En cuanto a lo demás, inconcientemente brota y se manifiesta en nuestras obras. No creo que haya una criatura tan cerrada que impida la penetración mesológica, o “ambiental” como dicen ahora. ¿Literatura abstracta? . . .

Al tratar de los negros como productores literarios, debemos hacer de ellos por lo menos cuatro grupos: el de los que se hallan en su propio hábitat —africanos en Africa— y el de los que forman parte de conglomerados en los cuales son minoría —negros en los EE. UU., en Brasil y en otras partes; el de los que se ocupan de asuntos negristas y el de los que se ocupan de otros asuntos, de materia general.

Extrañará un poco que un africano trate deleitosamente del Paseo del Prado en Madrid o del Puen-

te Oliveira Salazar en Lisboa, pongamos por caso, en vez de tratar de las enfermedades que aquejan ciertas regiones del Continente Africano o de la extinción de su Fauna Salvaje por sequía prolongada. Pero en ningún caso podríamos insinuar que temas como los imaginados estén vedados a los africanos de Africa o a los otros. ¿Por qué, pues, ha de extrañarse Richard Wright de que Alejandro Dumas ("padre") escriba "sobre reyes, ministros y batallas vinculados con Luis XVIII", y de que Alejandro Pushkin trate de aquella práctica bastante pasada de moda que se llama duelo? . . . Uno y otro pertenecían a sociedades en cuyo seno habían crecido y en donde, por falta de hostilidad racial o racista, no se sentían extraños o extranjeros.

Todos los motivos están a las órdenes de todos los creadores de belleza: ¡todos! , hállese en su Continente de origen u otro cualquiera. Pero es posible que el blanco lo trate a la manera blanca —si la hay— y el negro a la manera negra —caso de haberla— En este momento de la Historia del Mundo, cuando la intercomunicación es su principal signo caracterizador, sería inexcusable que se levanten murallas que marquen hasta dónde deben llegar los unos y desde dónde pueden andar los otros.

Mas, si se trata de alcanzar definiciones, sería intolerable que se conduzca como blanco quien debe conducirse como negro (22). No ha de traicionar su abolengo ni pretenderá repetir la escena del murciélago en el cuento de León de Tolstoi. El hombre niger tiene que marchar a ocupar el sitio que le corresponde, aunque le duela desagradar a sus hospedantes; hacerlo como "bestia" o hacerlo como "ave" . . .

Aquí, en el Ecuador, se puso de moda escribir sobre el indio, y acerca de él se escribe hasta nuestros días, con una machaquez abrumadora. Unos indigenistas (sic) se copian a otros, no siempre mejorando el segundo al primero y el noveno al octavo, y todos lo han hecho en tono de “protesta” y “denuncia”, y con el deseo, expreso o sobrentendido, de que esto mejore. Esto es la situación que de facto soportan los muchos miles de aborígenes que pueblan por lo menos diez provincias ecuatorianas, las del Callejón Interandino, en donde un Feudalismo sórdido se bate hasta nuestros días sin ceder tanto cuanto debe para su propia sobrevivencia.

La situación del indio ha mejorado un poco en los últimos tiempos: veinticinco o treinta años: ha mejorado un poco, verdad. Y verdad también que sobre el ánimo de nuestras clases dominantes han influído los libros que en el mismo tono o en alguno parecido al del Sr. Jorge Icaza, afortunado autor de HUASIPUNGO, se han publicado aquí, profusamente. No es que el indio haya adquirido conocimiento de su presente y su futuro y se haya vigorizado en cuerpo y alma para luchar contra un sistema que lo acogota y que lo oprime y que lo esquilda —además—, a pesar de cuanta ley liberal a su favor se ha expedido en esta nación. Es que o los venablos arrojados contra los amos los conmovieron un poco, o es que, al amparo de una maltrecha libertad de sufragio, llegaron hasta el recinto legislativo hombres de ánimo beligerante y arrancaron decretos benéficos en favor de los desposeídos.

ORTIZ, ESTUPIÑAN Y PRECIADO

Pero dejemos esto, y veamos qué ha pasado en el otro campo: el de los negros. Nunca podía ocurrir lo mismo; jamás, porque su situación es muy poco parecida a la de aquéllos. De un lado, el número de los indios constituyen, por lo menos, el 17,50^o/o que figura en la Geografía del Sr. Francisco Terán, mientras que los negros puros, según la misma fuente, apenas el 4, 50^o/o. Por otro lado, mientras el moreno se liberó especialmente en la Costa, en donde casi todos se hallan alfabetizados, el indio siguió debatiéndose en la ignorancia, madre de la servidumbre. Por fin, la sicología del afroecuatoriano le dio vigor, primero para zafarse y después para imponerse. En tanto, seguimos hablando del "problema del indio". Y es que "problema del negro" no lo hubo, en rigor, en punto alguno de nuestra Geografía, ni lo hay.

No se ha producido, por lo dicho, una Literatura Negrista en el Ecuador, en donde todos, más los explotadores que los explotados; todos, inclusive los que miran con repugnancia al indio, han producido Literatura "Indigenista". Esto no significa que hayan faltado libros o folletos, siquiera artículos de periódico, que abordaran el tema negro, por lo me-

nos superficial e incidentalmente. Si alguien se lo propusiera, podría recoger algunos cuentos tradicionales con el “Negro Franciso” como protagonista. Costumbristas como el formidable José Antonio Campos (**Jack the Ripper**) nos muestran un negro pintoresco, de sainete, con mucha simpatía del creador para su creatura. Personaje sencillo y bueno, inteligente y ladino, ese “negro” jamás infundió repugnancia y quizá ni compasión, sino adhesión cariñosa.

Literatura de otro tipo, y, desde luego, de otra generación, vino después. Casi diremos que ayer. Apareció en donde debía aparecer: en la Prov. de Esmeraldas, en donde por lo menos dos de sus autores son mulatos con bastante sangre negra: Pablo Adalberto Ortiz y Nelson Estupiñán Bass, de los cuales uno de ellos, el segundo, se ha mantenido fiel a su escuela o su tendencia, produciendo en prosa y verso. Verso y prosa nos dio Ortiz en los primeros tiempos, digamos mejor en su juventud, y nos colmó de entusiasmo, pues soñábamos en ver explotada, al fin, la preciosa cantera negra, tan rica de posibilidades. Nos dio TIERRA, SON Y TAMBOR, y de veras que, en leyendo esos poemas, nos trasladábamos a la provincia verde del noroeste ecuatoriano —si no más lejos— y percibíamos los sonos del parche de cuero de venado en los rústicos instrumentos con que los negros acompañan la marimba. Muchos de los que en el Ecuador escribieron acerca del indio, lo hicieron de memoria, sobre el esquema —un tanto arbitrario— del Sr. Icaza. Pero estotra gente nos dio la imagen casi perfecta de un ente de quien sus hermanos parecían haberse olvidado. Ortiz escribió, además, su conocida novela —viva y vívida— JUYUNGO, que es la “historia de una isla, de un negro y otros ne-

ptos". ¿La conocen los aludidos? . . . Grato y provechoso sería escuchar la opinión de ellos acerca del libro. Sólo así sabríamos si el novelista acertó, y podría corregir sus errores en cuanto a la realidad misma y en cuanto a la interpretación de los fenómenos etnológicos y los hechos sociales que ahí se presentan. Se evitaría, de este modo, la sorpresa que algunos indios han experimentado al verse en ciertas páginas pretensamente reivindicacionistas, y en cierta escultura de espanto . . . De todos modos, lo mismo Ortiz que Estupiñán Bass —poetas, sin duda, con ojos sensibles al hecho novelado— son nuestros acreedores: lo son con respecto a cuantos llevamos "sangre de Mandinga" . . . Les debemos gratitud.

Hay otro nombre ahí mismo: el del negrito Antonio Preciado, autor de innumerables poemas "afros", probablemente con más sabor a sangre africana que los de Ortiz y Estupiñán Bass, acaso porque, si no me equivoco, no es mulato como sus compatriotas, sino negro: por sus venas no corre otra sangre que la africana, de la cual —a lo que parece— no se avergüenza todavía . . . Y es de desear que mañana, cuando la Gloria le sonría, no reniegue de su origen. El Ecuador tiene derecho a un Nicolás Guillén, y si quien pudo haberlo sido sin más que perseverar en su tendencia congénita, no lo fue, este negrito un tanto veleidoso y revoltoso podría serlo. Tiene el mérito de que recita, y no mal, sus versos. Si se dedicara a desbrozarse más y más cada día, sin dificultad se colocaría en sitio encumbrado de la Literatura Regional o Racial. Tiene garras el negrito Preciado, y sus libros JOLGORIO y TAL (sic) COMO SOMOS constituyen credenciales válidas para su ascenso.

EL MATRIMONIO

COSTALES—PEÑAHERRERA

Casi al mismo tiempo en que se obtenían estos lo gros —inintencionados y dispersos—, gente seria, investigadores de formación áulica, trabajadores responsables, se proponían vencer dificultades propias de este medio para llevar a cabo una labor de gran aliento en el terreno de la Antropología, la Etnología y la Culturología. Aludo a Alfredo Costales y su mujer Piedad Peñaherrera, interioranos ambos y residentes en Quito, desde donde han abarcado un campo vastísimo de nuestra Geografía Humana. Son algunos los volúmenes que esta pareja lleva publicados. Uno de ellos nos interesa para el caso: el destinado a los negros, tanto los de allá como los de acá. Allí abunda material de primera mano, y aunque ellos han logrado bastante con eso, quienes vengan detrás — ¡si es tanta nuestra fortuna! — podrían hacer el resto: reelaborarían las realizaciones del matrimonio Costales—Peñaherrera, considerados ya, respetuosamente, por los especialistas de afuera. De haber en el Ecuador verdaderas Facultades de Humanidades, ya todo eso habría pasado a sus talleres

y laboratorios, además de sus bibliotecas y archivos, para un examen moroso y juicioso; amoroso además, en beneficio de la Ciencia.

Sólo esporádicamente se ha publicado aquí algo como aquel delicadísimo romance del Dr. Abel Romeo Castillo, quien no sólo que no tiene sangre africana en su mestizaje, sino que, inteligente y dignamente, se duele de no tenerla. El "romance de la niña morenita" es de veras digno de figurar en antologías de la Poesía Negra en América, y con razón lo ha recogido Emilio Ballagas en su MAPA DE LA POESIA NEGRA AMERICANA (Bs. As., 1946). No me refiero a esa joyita de Jorge Carrera Andrade, poeta mayor de mi Patria, porque, desafortunadamente, no en una niña del Ecuador sino en una "niña de Panamá" está inspirada:

"Dientes salientes y relucientes:
entre sonrisas la niña va,
rayando con la tiza de sus dientes
el barrio negro de Panamá"

A N T I G Ü E D A D D E L

T E M A N E G R O

Ya hemos expresado que la esclavitud de la raza negra fue anterior al Descubrimiento, y muy anterior, por lo tanto, a la providencia real de 1511 mediante la cual se permitió llevar directamente de Africa, precisamente “de la costa de Guinea”, esclavos a Santo Domingo, punto de la vasta colonia ultramarina de donde arrancó la doliente marejada de betún que no cesó sino cuatro siglos después . . .

Esto significa que ya había, a esa fecha, esclavos negros en la Península, aparte de los descendientes de los recién expulsados moros . . . Tan es cierto lo dicho, que, según se conoce, los Reyes de España concedieron al Gobernador Nicolás de Obando autorización para introducir a Santo Domingo esclavos “nacidos en el poder de cristianos”, esto es, dice Ricardo Patee, “nacidos en la Península Ibérica” (LA REPUBLICA DOMINICANA, Madrid, 1967). Lo negro ya era realidad tangible y comentable en la Metrópoli, en donde morenos habían pasado del plano del anonimato colectivo al de la notoriedad individual.

Federico de Onís, docto prologuista de POESÍA de Luis Palés Matos (San Juan, Puerto Rico, 1968), se refiere a un estudio de Amado Alonso, original y concienzudo como suyo, publicado en 1929, y consigna lo siguiente: “La mayor parte del artículo y la que tiene más novedad, se dedica a descubrir antecedentes antiguos del tema negro, sobre todo, en el Teatro Español del Siglo de Oro, cuyos bailes y cantos ofrecen una rara semejanza con las poesías negras de los poetas modernos, aunque éstos no los conocían sin duda”. Sí, en las páginas de autores como Cervantes, Lope y Góngora se hallan alusiones a sujetos negros, conocidos —probablemente— en el medio español de la Edad Media. Y es de aquí, de nuestro Continente, de donde nació ésa que, en opinión de muchos, es la primera flor de la Poesía Negra: Villancico dedicado a San Pedro Nolasco:

“Un negro que entró en la iglesia
de su grandeza admirado,
por regocijar la fiesta,
cantó al son de un calabazo”

.....

Su autora, aquella sabia mujer que se llamó Juana de Asbaje —Sor Juana Inés de la Cruz—, cuya existencia se extiende —siempre en su tierra mejicana— entre 1651 y 1695. Para deleite del lector, esta composición formará parte del apéndice de LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA.

Si hubo negros allá, gracias a las satánicas diligencias de holandeses y portugueses —entre otros—,

y si la naturaleza del negro es, en lo fundamental, la misma en Europa que en América, ¿por qué no imaginar que ya había habido allá, desenfadada o claudeslinadamente, fusión de las sangres española y africana? . . . La africanización del elemento hispánico comenzó, pues, probablemente, desde antes de que, por una piedad equivocada, Fray Bartolomé de las Casas densificara el ámbito racial de América con las copiosas introducciones negras.

Así se explica que en el Refranero Castellano —receptáculo inmenso de un saber tradicional— haya paremias referentes a los negros. Las copiaré aquí y las comentaré en el orden constante en el tomo II del DICCIONARIO DE REFRANES, etc., del P. José Ma. Sbarbi (Madrid, 1922):

1.— “Aunque semo neglo/ hombre semo/ y alma tenemo”, cuyo sentido se desprende fácilmente. Revela una realidad muy amarga, ¿del negro en América o, mejor, del negro en España? . . .

2.— “Callar como negra en baño”. Dice el autor: “Se aplica a la persona que disimula y calla por más denuestos o reconvenciones que le dirijan, como sucedería a la negra que, yendo a bañarse en compañía de blancas, le enderezaran éstas, en son de burla, aquel otro refrán que dice: “¿Para qué va la negra al baño, si blanca no puede ser?”. En este mismo artículo se inserta el dicho siguiente: “Con más dijes que una negra”, cuyo sentido es claro.

3.— “Fue la negra al baño/ y tuvo para contar un año”. Advierte lo mucho que da qué hablar a la gente sencilla cualquier cosa cuando se la ha visto por primera vez.

4.— “¿Para qué va la negra al baño, si blanca no puede ser?”, igual a “en vano se aplican los me-

dios cuando el fin no es asequible”.

5.— “Yo era negra, y vistiéronme de verde”. Reprende a aquéllos que empeoran las cosas que-riéndolas componer o adornar por modos desproporcionados, o que, intentando disimularlas o excusarlas, las hacen más notorias y reparables.

6.— En el artículo correspondiente a **negro**, hallamos esta frase: “Eso es como quien lava la cabeza a un negro”, que vale tanto como estotra: “Sobre negro no hay tintura”

7.— “Eso es lo mismo que al **negro** llamar Juan Blanco”, cuyo alcance se desprende sin dificultad.

8.— “Sacar lo que el **negro** del sermón” — “no obtener provecho alguno en la empresa que se ha acometido; haber perdido el tiempo, y, a veces, hasta la tranquilidad. Por eso añaden algunos a la frase proverbial susodicha, aludiendo sin duda a algún **negro** que se fue a oír el sermón y se salió todo disgustado y cariacontecido por no haber entendido ni una palabra: la cabeza caliente y los pies fríos”.

9.— “Sobre negro no hay tintura”. Su sentido es claro.

10.— “Trabajar como **negro** —o como **negros**”. El P. J. M. Sbarbi explica: “Trabajar penosamente y sin descanso, como suelen hacer los esclavos **negros**”.

11.— “Tratar a uno, o alguno, como a un **negro**”, tratarlo con harto rigor y desprecio, bien sea de palabra, bien sea de obra, con alusión al trato que recibían los esclavos **negros** en las colonias americanas. En este sentido dice muchas veces la persona agraviada a quien la injuria, con el objeto de que ésta se reporte: “No somos **negros**”.

A lo anterior, bien podríamos añadir algunas

expresiones correspondientes a nuestra lengua popular:

“Volvió la negra al baile”, a lo cual añaden ciertos hablantes, como para completar el pareado, “y con el mismo traje”.

“Negro que huye, delito tiene”. Huelga decir que el refrán, con igual razón, puede aplicarse también al blanco . . .

“Bemba de negro”, “bulla de negro”, “grajo de negro”, “merienda de negro”, “pata de negro”.

“Negro cabeza de chicharrón”, “negro cabeza de chirimoya”, “negro cabeza de mococha”, “negro cabeza de pimienta”, “negro ojo de gallinazo”, “negro pelo de cadillo”, etc.

“Gritón, o bullicioso, como negro”, etc.

Estas expresiones parecen contradecirse en lo que respecta a la valoración de la raza que nos ocupa: por un lado, “negro vago” (“los negros suelen darse a la vagancia”), y, por otro, “trabajar más que negro” o “como negro en cañaveral”. ¿Quién tiene la razón? . . . Es posible que el esclavo de color, al ver que fracasaban otros medios de vengarse de su dueño, haya recurrido algunas veces a una forma de “resistencia pasiva”. Y es probable que en cada lugar de trabajo en donde su suerte era compartida con un indio, sobre éste haya dejado caer el peso total de la tarea, *velis nolis* . . . Pero si no concurrían tales circunstancias, y un capataz negrero se hallaba cerca de él, su rendimiento ha de haber sido muy apreciable, como para justificar siempre al misionero hispano que más bregó por desarraigar a los africanos de su medio para traerlos a servir, en las condiciones más rigurosas y crueles, al Continente Americano. “Negro vago”. . . “Trabajar como negro

en cañaveral". (Es posible que en los EE. UU. exista, formulada por algún alma piadosa, una expresión semejante: "Trabajar como negro en algodón". . .)

Es digno de subrayarse el hecho de que ninguna de las locuciones estampadas aquí tiene carácter ofensivo, denigratorio, peyorativo, propiamente, para el negro. Las cualidades a que ellas aluden son las materiales, referentes a la cabeza, los labios, los cabellos, las axilas, el tono de la voz. . . ¡Nada que lo afecte moralmente! . . . No siquiera se dice de él que fuera tonto. Dadas las condiciones del medio y la época, fuerza es suponer que no de favor habría habido tanta mesura aquí, en el trato para los descendientes de Africa.

T R E S M O M E N T O S

H I S T O R I C O S

Con respecto al Ecuador, cabe referirse a por lo menos tres momentos de nuestra Historia. Primero, a los albores de nuestra vida autónoma, disuelta la Gran Colombia. En el vergonzoso reparto, fue el Gral. Juan José Flores el favorecido con el "Departamento del Sur" (1830). Mejor dicho, en el reparto, ésta fue la porción que tomó para sí tan sobresaliente conmitón del Libertador de América. Natural de Puerto Cabello —en Venezuela—, un cuarto de siglo había pasado lidiando con soldados en su

corajudo empeño de acabar con el Poder Español. Los más de sus soldados: negros, mulatos y zambos. Los indios, como sabemos, sea por cobardía o sea por vengarse de sus amos — íese encomendero feroz! —, restaron su contingente a la causa de la independencia, y sirviéndola no quedaron sino aquella Plana Mayor de jóvenes bien nacidos y bien formados, y sus aguerridos —y a las veces “desalmados” batallones que, a pie o a caballo, con lanza o mosquete, marcharon, trepidantes y arrogantes, desde las riberas del Orinoco hasta las faldas del Potosí, escribiendo anónimas páginas de gloria.

Dicho se está, pues, que la instalación del nuevo orden sobre un país en ruinas, con fatiga y anemia, con decepción y angustia, tuvo que hacerse con el concurso de aquella gente cuya lealtad no podía desconocerse y a quien no era posible abandonar a su propia suerte. Imposible que hubieran quedado fuera del festín quienes, con tan perseverante denuedo, habían lidiado junto a esa Plana Mayor de que hemos hablado y de la cual era figura principal el Gral. J. J. Flores, para nosotros los ecuatorianos, “el vencedor de Tarqui” (23).

No es tarea fácil hacer que las aguas vuelvan a su primitivo cauce; y de ahí lo dificultoso que fue para los primeros gobernantes de América reubicar a los soldados y hacer que se habitúen de nuevo a los menesteres del trabajo, que son menesteres de orden y honestidad. Por otra parte, las arcas estaban exhaustas. Los mandatarios tenían que hacerse de la vista gorda para que la “soldadesca” se las arreglara de la mejor manera posible . . . Esto, como es obvio, atrajo resistencia a los negros, a los “cafres”, que se los identificó con lo “militar” y lo “extranjero”,

motivo por el cual, en las horribles disenciones que caracterizaron este período que en rigor se extiende hasta 1845, sobre nuestros hermanos de color se arrojó mucho vitriolo. La Literatura de aquellos tiempos está saturada de los dicterios más crueles contra las fuerzas en que se apoyaba el Gral. Flores.

Pero ya veremos cómo aquella memorable jornada (6 de marzo de 1845) no extingue la negrería militar de Flores, que, tomando todos los caminos, quiso entregarse y se entregó —como hubieran hecho arios y semitas— a todo género de depredaciones; principalmente en la Sierra, asiento de indios y cholos con muy escasa simpatía para los descendientes de africanos. Había necesidad de Ejército, y las personas más capacitadas para constituirlo eran, cabalmente, aquellos batallones de la gesta heroica que acababa de pasar, soldados con cierto penacho levantado sobre sus rizadas testas rebeldes.

He aquí por qué, retirado Flores, otros recogieron a los “cafres”, que hasta ayer se mantenían mayoritariamente en ciertas unidades ecuatorianas como elementos puros de procedencia africana. Generalmente en los cuerpos de Caballería hubo el sello negro, como garantía de eficacia guerrera. Estoy aludiendo a uno de los políticos castrenses que más han fatigado la Historia Ecuatoriana: el Gral. José Ma. Urbina, bajo cuya égida se multiplicaron y pelecharon los famosos “tauras”, nombre no tan bien estudiado en cuanto a su procedencia, pero que, cargado de encono antiliberal, se lo aplicó a esa brava gente, no tan santa desde luego . . .

En busca de los orígenes de estos hermanos, en busca de sus matrices ecuatorianas, he llegado

hasta la población de Taura, en el Cantón Naranjal, Prov. del Guayas, población que dio nombre a los “montoneros” o “guerrilleros” de entonces, gente de extraordinaria temeridad y escaso alfabeto, leal para con su jefe, y con cierta noción nebulosa de Liberalismo, el credo que comenzaba a abrirse paso entre nosotros. La gran hacienda que hubo ahí no perteneció, según testimonio de descendientes de las familias Urbina y Jado (24), ni al General ni a su consorte, y mal podía haberse tratado, pues, de esclavos suyos manumisos o de simples siervos arrastrados por su propietario —el esclavo era una res, a pesar de **Las Siete Partidas** que rigieron durante el Coloniaje— como una simple cosa, igual que una pieza guerrera. Quizá allí en donde hoy sobrevive un poco decadentemente una parroquia rural dedicada de preferencia a la producción de tomates, haya habido entonces una inmensa propiedad agrícola en donde talvez se cultivaron cacao y caña de azúcar, además de yerba para alimento de ricas vacadas lecheras. Y, al momento de saberse libres por iniciativa del revoltoso incesante, consideraran de su obligación seguir sus banderas. . . , si es que de banderas sabía aquella gente . . .

Instalado el Gral. Urbina en la Presidencia del Ecuador, creyó del caso emancipar a los esclavos, digamos mejor a los negros; pues, no obstante la reiteración de Bolívar en el sentido de la libertad, seguían sometidos al yugo del patrón: “Dios está muy alto, el Rey está muy lejos . . .” Entre otros postulados, el Liberalismo propugnaba la libertad congénita del ser humano: el derecho a la vida y el derecho a prestar su trabajo en cualquier parte, y el de viajar y contratar. El 25 de julio de 1851 se expi-

dió el decreto liberador, y no de una manera sino de muchas se festejó tamaño acontecimiento. Nuevos excesos, pues, de los morenos, que los habrían cometido aún en el caso de haberse hallado en otro campo que el del Ejército, como soldados que, por fuerza de las circunstancias, no podían permanecer sin el cuchillo entre los dientes.

¡Ah, las contradicciones de nuestros políticos, artífices casi exclusivos de la Historia Ecuatoriana! . . . Se habían rebelado contra el Militarismo, y Militarismo puro era el del Sr. Gral. Urbina. Habían manifestado su rechazo a los negros, a cuyo plasma sanguíneo atribuían otomías reales o imaginarias, y con ellos como aliados gobernaba el caudillo liberal. Se había tronado contra los elementos foráneos, y foráneos habrían sido, aún en el supuesto de que todo el Ejército urbinista hubiera nacido en lo que ahora es Ecuador, foráneos habrían sido muchos de los hombres que arrasaron campos y ciudades durante largos años, una vez caído el Sr. Gral. Flores. ¡Contradicciones de nuestros políticos! . . .

De entre los negros sobresalió Juan Otamendi, alma bravía en quien se habían concentrado —quizá— todo el odio y toda la venganza que fermentaron en los ergástulos en donde, durante cuatrocientos años, habían gemido y sollozado los infelices que ahora, por lo menos teóricamente, habían logrado su manumisión. Audaz, temerario, no temblaba ante la muerte ni le horrorizaba la sangre del prójimo. El fue figura sobresaliente de la Batalla de Miñarica (1835), y algo de las vibrantes hipérboles imprudentes de José Joaquín de Olmedo, cantor solícito de aquella matanza horrible, ha de haberle tocado en justicia . . .

Negros, principalmente de la Prov. de Los Ríos —mi provincia— acompañaron a García Moreno el año memorable de 1860. Y negros anduvieron con Eloy Alfaro. En un caso y otro, la gente de color luchaba por una quimera fascinante: la libertad. No creo que su presencia en estas campañas de política interna se haya debido a belicismo crónico y menos a propensión a la matanza y a la destrucción, pues los morenos son por regla general, gente pacífica. En ellos se cumple aquello de “mucho ruido y pocas nueces”.

NEGRISMO Y MONTUBISMO

Parece llegado el momento de dedicar algunas líneas de homenaje al montubio —inada de “campirano”! —, que es al Ecuador lo que el charro a México, el jíbaro a Puerto Rico, el goajiro a Cuba, el llanero a Venezuela, el montuno a Panamá, el gaucho o gaúcho a Argentina, Brasil y Uruguay, el concho a Costa Rica y el huaso o guaso a Chile: elemento campesino que, aunque identificado por rasgos que atañen más a su posición socio—económica que a su composición étnica, es fuerza representativa cuya presencia no faltó en las empresas decisivas de las naciones mencionadas: llaneros marchan con Bolívar y gauchos guerrear bajo las órdenes de San

Martín. Goajiros hubo que simpatizaran con Fidel Castro. Con respecto al Ecuador diremos que este espécimen híbrido tuvo como base el mestizaje original: blanco + indio. Luego, cuando en virtud de la inmigración africana, avanzaron, hasta la hoy Provincia de Los Ríos y otras, algunos contingentes de esclavos, comenzaron ahí nuevas formas de hibridación: blanco + negro, negro + mestizo y negro + indio, siempre con explicable predominio de lo blanco. En segundo lugar —sin duda—, lo negro, fuertemente caracterizador. He aquí por qué los **montubios** —campesinos de la parte boscosa de la Costa Ecuatoriana— hayan de mencionarse en este ensayo, destinado a rastrear los pasos del **homo niger** por ésta y otras tierras de América. De allí, de los pueblos del entonces cantón Babahoyo, tomó Gabriel García Moreno apreciable cantidad de hombres —fuertes y decididos— para avanzar sobre Guayaquil y realizar eso que se ha llamado “segunda independencia” y que consistió en la heroica expulsión de los peruanos del territorio del Ecuador, tomado o recibido por ellos en hora malhadada de nuestro ayer político. De allí los había tomado antes el Gral. Antonio José de Sucre para la batalla victoriosa del Pichincha, y de allí los tomará después el epónimo Caudillo Liberal D. Eloy Alfaro.

LOS NEGROS EN LA

"REVOLUCION DE CONCHA"

El arrastre del Padre del Liberalismo en 1912 originó un levantamiento armado en Esmeraldas, en donde Carlos Concha Torres desconoció al Gobierno del Sr. Gral. Leonidas Plaza Gutiérrez (1912-1916), a quien dio qué hacer casi hasta el fin de su período presidencial. Si la revuelta se había originado allí, parecía natural que se contara con el concurso de los afroecuatorianos de aquella provincia, que llevando una vida primitiva, de bosquimanos peligrosos, se pasaron unos cuatro años, durante los cuales escribieron —con la cooperación de congéneres suyos colombianos— algunas páginas tristes y vergonzosas de la Historia del Ecuador.

Derivaciones de aquella "revolución", ramificaciones del "Ejército de Concha", anduvieron por otros lugares de la Costa Ecuatoriana, bajo el nombre de "montoneras", pues más que fuerzas disciplinadas eran montones de gente que buscaban, inciertamente, su destino. Tales bandas estaban formadas, antes que por negros propiamente, por mulatos y zambos, que no en vano había transcurrido

cerca de un siglo desde los días de J. J. Flores. La mezcla de los negros con los cholos y los blancos se hizo —bien se comprende— desde antes de 1851, puesto que la reproducción tiene sus propias leyes que la rigen . . .

Estas dos campañas costeñas, la de Alfaro y la de Concha, son obra del auténtico mestizaje ecuatoriano, de los mulatos de tierras bajas, fuertes y audaces, francos y aguerridos, que en las noches, mientras el enemigo les permitía un poquito de reposo, se daban lo mismo a la bebida que al juego, lo mismo al canto que a la copla. Gente alegre y pintoresca en la cual se hermanaban el coraje con la ternura, el arrojo brutal con la gracia divina:

“Como en tiempo ‘e lo’ cristiano’,
ha de morí mucha gente,
que la bala busca ar serrano
como er palo a la serpiente”

“Carlo’ Concha e’ mi papá,
bajao der infinito;
si Carlo’ Concha se muere,
er negro queda solito”

Hemos dicho que los “genízaros” fueron blanco de odiosidades que acaso se justifiquen. De los que acompañaron a Urbina sobre todo, y de los que luego acompañaron a Concha, se ha dicho oprobio, aunque no todos los hechos vandálicos que se cometieron entonces hayan sido obra de la gente de color y sus descendientes. Las páginas de Montalvo están colmadas de improperios contra los “tauras”. Y lo están, asimismo, contra los “conchistas” las de los

periodistas a sueldo que rodeaban a Plaza.

Con los negros que intervinieron en la “Revolución de Concha” ocurrió lo mismo que con los participantes en la Guerra de la Triple Alianza, Guerra del Paraguay o Guerra Grande (1865—1870), en la cual tomaron parte, contra el Paraguay, Argentina, Brasil y Uruguay. Durante ella, los “pretos” que combatían bajo las órdenes de Pedro II se ganaron la animadversión de los guaraníes, que los hicieron cargar con la responsabilidad total de los guerreros aliancistas que llegaron hasta sus lares, tan bravamente defendidos por ellos, entre los que no faltaba gente de color. Cambá se los llamó, con menos temor que venganza, y a ellos hace referencia, abundantemente, la Literatura Popular Paraguaya de aquellos tiempos. En el poema, tan insuperablemente hermoso, de Carlos Guido y Spano —Nenia—, se hace mención de ellos:

“.....

“Lo mataron los cambá,
no pudiéndolo rendir.
El fue el último en salir
de Curutú y Humaitá.
¡Lo mataron los cambá! ..

“.....”

Podría creerse que caemos en contradicción, pues ya hemos anotado el hecho, honroso para nosotros, de que no hubo aquí racismo; esto es, diferencias determinadas por el color de la piel; al menos, en lo que respecta al negro. Esta es una verdad de a

folio. Pero lo es igualmente el ataque de que, por haber participado en hechos que tuvieron formidables impugnadores, se hicieron acredores a los de nuestros más ofensivos. ¿Cómo se explica este fenómeno? . . . Pues fácilmente: el negro fue agraviado y aborrecido no por negro sino por haber intervenido en acciones de armas que dejaron profunda huella en el alma nacional. Se los impugnó por “urbinistas”, por “liberales”, por “conchistas”, como antes se los había impugnado y aborrecido por “floreanos”. No era odio racial el que pesaba sobre ellos, sino odio político. La prueba del anterior aserto está en que, pasados aquellos momentos históricos, la confraternidad volvió a reinar en el Ecuador con la participación de la minoría negra, a pesar de los resentimientos, de las heridas recientes y de las lágrimas que acaso no cesaban de correr. No se produjo lo que en los Estados del Sur tras la victoria de las tropas comandadas por Abraham Lincoln. ¡Nó!

SANGRE NEGRA Y

REVUELTAS ROJAS

Y ahora, a título de desagravio —si cabe—, las líneas que siguen, con menos emoción racista que verdad fría:

La Historia no ha de estudiarse independiente-mente de la Sociología. Los hechos históricos no se producen al acaso: tienen sus raíces profundas que el investigador procurará buscar y precisar. Guayaquil, la “Capital Montubia”, ha sido, en más de un siglo, teatro de agitaciones y revueltas que se han justificado o nó.

En efecto, Guayaquil fue escenario de la Revolución de Octubre (1820), de la Revolución Marcista (1845), de la Revolución Liberal (1895), de la Revolución Juliana (1925) y de la Revolución de Mayo (1944): ¡cinco, apenas en 124 años . . ., sin contar con las revueltas menores!

¿Cómo explicar todo esto sin tener presente el elemento racial predominante, al elemento negro? . . Si la sangre africana nos transmitió gérmenes de inconformidad, de insatisfacción pugnaz, ¿cómo permanecer quietos? . . . No hay sistema que nos acomodo-

de ni mandatario que nos plazca. Y de ahí los eternos tejes y destejes que caracterizan nuestro vivir republicano. En alboroto político hemos pasado hasta hoy, con mengua evidente de nuestro buen nombre y con menoscabo del progreso seccional y nacional.

Si entre los hechos citados se encuentran unos que se justifican y otros que no se justifican, dicho se está que mis palabras no encierran alabanza ni condenación. Me limito a señalar el caso, atribuyéndolo a la participación del mestizaje costeño, del cual lo negro es elemento que no falta.

La agitación juvenil de estos tiempos reviste aquí los caracteres más virulentos: los "movimientos" son, además de frequentísimos, mucho más salvajes, aún en el caso de que la "huelga" o el "paro" se haya originado en una Universidad "Católica" con mayoría de mujeres. Alguien, aquí, ha poco, anotaba con acierto: "Los serranos no destruyen sus ciudades". En cambio, los costeños, mejor dicho los guayaquileños, parecen poner especial cuidado en arrasarlo todo, dentro y fuera de los establecimientos en donde se inician los pugilatos políticos. Los últimos hechos, denunciados y condenados hasta por los mismos Rectores comunistas cansados de los horrores de alguno de los "grupos" en pugna, se han encargado de gritar a los cuatro vientos la vergonzosa pavorosa de todo esto. En la materia de que hablamos, los "estudiantes" de Guayaquil no han sido discípulos sino maestros: ellos no han seguido a nadie: a ellos los han seguido todos . . .

SANDOVAL, PRECURSOR

DE CLAVERT

Hemos retardado, quizá sin quererlo, ciertas relaciones de las cuales un trabajo como éste no debe prescindir, pues su carácter general nos fuerza a consignarlas.

En la tensa lucha heroica librada por el dominico Bartolomé de las Casas hubo un precursor insigne: el Padre Antonio de Montesinos, dominico también, cuyo nombre debemos recordar entre los de quienes se alzaron aquí para combatir contra la afrentosa ignominia de la servitud de los indios bajo el régimen español. En la brega igualmente brava y noble por salvar a los negros de la incalificable opresión a que después de los indios fueron sometidos, hubo, asimismo, un anunciador y un realizador estupendos: el sacerdote jesuita Alonso de Sandoval, que habla, escribe y obra en favor de los africanos, y el P. Pedro Clavert, también jesuita, a quien la Historia agnomentó con justicia "el Apóstol de los Negros".

Hemos dicho que Sandoval manejó la pluma. Ahora añadiremos que supo mojarla en tinta de verdad valerosa. Así como Las Casas había trazado,

con indignadas líneas los cuadros de los padecimientos de nuestros aborígenes, sin duda para que nadie dejara de aprobar sus planes de redención, Sandoval arde y treme cuando refiere ciertos momentos de aquella trata infame, peor sin duda que la otra, puesto que se ensañaba en criaturas que habían sido arrancadas de su terruño y despojadas de lo mucho o poco que había sido suyo.

He aquí algunos fragmentos:

“Cautivos estos negros con la justicia que Dios sabe, los echan luego en prisiones asperísimas de donde no salen hasta llegar a este puerto de Cartagena o a otras partes . . . Y como en la Isla de Loanda (25) pasan tanto trabajo y en las cadenas aherrajados tanta miseria y desventura, y el maltrato de comida, bebida y posadía es tan malo, dales tanta tristeza y melancolía, que vienen a morir el tercio en la navegación, que dura más de dos meses; tan apretados, tan sucios y tan mal tratados, que me certifican los mismos que los traen, que vienen de seis en seis, con argollas por los cuellos y de dos en dos con los grillos en los pies, de modo que de pies a cabeza vienen aprisionados debajo de cubierta, cerrados por de fuera, do no ven sol ni luna, que no hay español que se atreva a poner la cabeza al escotillón sin marearse, ni a perseverar dentro de una hora sin riesgo de grave enfermedad. Tanta es la hediondez, apretura y miseria de aquel lugar”.

Y en otra parte, continuando, denuncia:

“Son sus amos con ellos más fieras que hombres. El tratamiento que les hacen de ordinario por pocas cosas y de muy poca consideración es brearlos, lardearlos hasta quitarles los cueros y con ellos las vidas con crueles azotes y gravísimos tormen-

tos . . . Testigos son las informaciones que acerca de ellos las justicias cada día hacen, y testigo soy yo que lo he visto algunas veces, haciéndoseme de lágrimas los ojos fuentes y el corazón un mar de llanto . . . Si el negro es minero, trabaja de sol a sol, y también muchos ratos de la noche. Cuando ya levantan la obra, descansan, si tienen en qué y si los inoportunos y crueles mosquitos les dejan, hasta las tres de la mañana que vuelven a la misma hora. Si el negro es estanciero, casi es lo mismo, pues luego de haber todo el día macheteado al sol y al agua, expuestos a los mosquitos y tábanos, y llenos de garrapatas, en un arcabuco, que ni aún a comer salen de él, están a la noche rallando yuca, cierta raíz de que se hace *cazabe*, pan que llaman de pao, hasta las diez o más con un trabajo tan excesivo que, en muchas partes, para que no lo sientan tanto, les están entreteniéndolo todo el tiempo con el son de un tamborcillo, como a gusano de seda”.

Parece imposible que la mente humana pueda concebir tantas y tan crueles maneras de martirizar al vencido, al inerme, al abatido . . . Si del fondo de la conciencia de la criatura civilizada se levanta, incontenible, el rechazo para la tortura del bruto, ¿cómo mirar impasible la suerte del hermano? . . . Del hermano, sí, pues como dijo Bartolomé de las Casas, “*todos los hombres son hijos de Dios*”. ¿Cómo pudo encallecerse tan feamente la conciencia de los negreros o esclavistas para quienes no había horror que los conmoviese ni desgracia que los apiadase! . . . Fuerza es pensar en alguna sicosis colectiva que lleva a minimizar el mal de los otros y, acaso, a gozar en los padecimientos ajenos. Una trágica sinfonía se escucha hasta hoy de un extremo a otro del camino

seguido por los incomprensidos negros desde su tierra de origen hasta el horrible Calvario de su expiación. Tú la escuchas, negro. ¡Yo también la escucho! , y es preciso no dejar de escucharla jamás . . .

Quisiéramos hablar del presente y el futuro de los morenos sin referencia alguna al pasado. Mas ¿cómo hacerlo? . . . Si de ahí arranca su desgracia que ha colmado cuatro siglos por lo menos, hablar del ayer es inevitable. De otro lado, es justo que tratemos de cuantos, en una forma u otra, ayudaron a los africanos a través de su prolongado y doloroso martirio. Tenemos que reparar, por ejemplo, la injusticia histórica consistente en que, mientras se nombra, con reverente fervor, a Las Casas, pocos son los que proceden de igual modo con Clavert. Si esto ocurre con el P. Pedro Clavert, ¿qué decir del P. Alonso de Sandoval, que en los altares debe hallarse junto a su hermano, su discípulo, su hijo? . . .

CLAVERT DE CUERPO ENTERO

La mejor obra del P. Alonso de Sandoval fue, en efecto, el P. Pedro Clavert, que de España llegó a este Continente sin haberse ordenado aún, pues no se hallaba seguro de su vocación. Pero el férvido y tenaz misionero a cuyo lado le tocó estar, poseyó la virtud de llegar hasta el alma del joven novicio que, a poco, decía —al igual que Las Casas— su primera misa bajo el templo, verde y puro, de la selva americana.

Puesto que de este lado del Atlántico había tanto qué hacer, no cabía dedicarse a la vida contemplativa, y, para poder actuar en regla, optó por la ordenación sacerdotal, largo tiempo demorada. La recepción del sacramento respectivo alarmó con palabras ajenas a todo formulismo, como que le brotaban del hondón del pecho: **“Pedro Clavert, esclavo de los negros para siempre”** Bien se ve que este nuevo apóstol pensaba ir más lejos que el dominico insigne.

Y así fue, ciertamente. La parte doctrinal había sido ya realizada por su hermano mayor y maestro de cuyas manos incansables habían brotado libros destinados a abrir brechas profundas. El, Clavert,

horro de esta labor teórica, se entregaría por entero a servir de escudo y paño de lágrimas a los negros, de luz y amparo a todos los esclavos que muriendo iban, día tras día, en los mismos lugares en donde sólo a medias se había logrado liberar al indio.

No teme, nó: ni a los hombres ni las enfermedades, nó a las fieras ni los elementos, y, con ánimo siempre decidido, va de un lado a otro sin buscar comodidades para su desempeño. Penetra en los obrajes, recorre los canteros, baja a las minas, visita los hospitales, frecuenta las cárceles y se mezcla entre los miembros de las familias negras, cuyas cuitas escucha, en ocasiones con los ojos anegados en llanto . . .

Está convencido de la justeza y justicia de su causa, y, seguro de que no hay manera como ésta de servir a Dios, logra que El sonría desde los cielos cuando el tonsurado excelso pone en jaque a un juez prevaricador, reprende a un médico ignorante o inhumano, censura la conducta licenciosa de un funcionario de la Corona y amenaza con fulminar a todo explotador sin entrañas.

No teme tampoco al escándalo, y he aquí por qué, anticipándose a lo que luego pediría, increpante, Andrés Eloy Blanco, rodea el Crucifijo de su iglesia de "angelitos negros", "símbolos mudos del derecho que, a la bienaventuranza, tenían los negros esclavos, razón por la cual se lo acusó de prohibir una liturgia negra", afirma uno de los testigos de la época.

¿Noches sin dormir? . . . ¿Días sin comer? . . . Todo era nada para ese varón de corazón angélico que llegó a verdaderos extremos de abnegación y sacrificio, sin siquiera los oropeles y sonajas publi-

citarios que logró, queriéndolo o nó, el P. Bartolomé, figura internacional de su tiempo, desde luego que sus libros fueron impresos, reimpresos, ilustrados y comentados principalmente por las potencias enemigas de España, más allá de sus fronteras.

De tal modo fue confinada y silenciosa la acción benéfica, de veras apostólica, del P. Pedro, que mientras todo el mundo dice algo —porque algo sabe— del P. Las Casas, de su colega jesuita casi nadie sabe nada, y esto que, desde hace ya muchos años, se ha levantado en Cartagena, testigo de sus titánicos afanes y sus tristezas infinitas, una estatua en mármol, blanca como su alma bendecible y bendecida. Se asegura que alguien —negro o mulato—, al verla, exclamó: “El P. Clavert debió ser negro, porque un blanco jamás nos hubiera amado tanto”.

Los negros de los EE. UU. sienten una explicable y justificable predilección por el nombre y el apellido de su Apóstol. Y por esto, en cuanto tienen un hijo, quieren imponerle por nombre **Abraham** o **Lincoln**. Acaso en Colombia ocurra algo parecido, y haya ahí muchos, muchísimos morenos a quienes, para entonar la nueva canción, podamos llamar desde aquí: “Pedro, hermano mío”, o “Clavert, mi buen hermano” . . .

Que sepamos, todavía no se ha erigido aquí monumento alguno al P. Bartolomé de Las Casas. Que mañana, cuando al salir de nuestra indiferencia, resolvamos erigirlo, no descuidemos otra erección: la de la estatua, en piedra negra de nuestras ígneas montañas, del P. Pedro Clavert, cuya biografía debería escribirse para colocarla en manos, por lo menos, de los negros y sus descendientes.

LA NEGRITUD,

CON SENGHOR Y LOS OTROS

En el curso de esta obra nos hemos referido, breve y pasajeramente, a la **Negritud**; y como acaso haya quién ignore qué es esto, vamos a dedicarle unas líneas más, para dar por concluído nuestro trabajo. . . que cada vez nos tienta con mayor intensidad.

Su artífice, su creador apasionado, es el senegalés Leopold Sédar Senghor, “educador, político y escritor” nacido en 1906 y formado según los cánones de la Cultura Occidental, pues se educó en Francia, lugar en donde fue conocido, admirado y aplaudido quizá antes que en su propia tierra. Crecido allí y formado esmeradamente, fue atraído por cierta militancia cuando ya había hecho buen camino literario, principalmente como poeta.

Esa militancia no fue otra que la dirigida a levantar el espíritu negro y coronarlo de un laurel orgulloso que no sólo que impida a los negros el avergonzarse de su pasado, sino que los entusiasme con la idea de poder realizar obras de provecho en lo presente y lo futuro, todo con ingredientes africanos que no excluyan los materiales blancos, exten-

didados secularmente por la vastedad de la Tierra. El, Séngor, fue elemento aglutinador de los negros que se hallaban a la sazón en París, en Francia, en Europa, en otras partes del Mundo, pero sintiendo —no importa que vagamente en algunos casos— el alma de una raza sobre la cual habían pesado tremendos infortunios, imperdonables injusticias . . . Uno de sus principales colaboradores fue el guayanés, coetáneo suyo (1906), L. G. Damás, de igual formación que su hermano de color. Otro de ellos fue Aimé Césaire.

Gente sin odio ésta, sin duda porque el odio no cabe ahí en donde desborda el amor. Gente sin odio la del movimiento denominado **Negritud**, jamás creyeron que para hacer andar a sus patrias había que anegarlas forzoamente en sangre. Séngor fue colocado al frente del partido **Union Progressiste Senegalaise**, que se ocupó del Arte como de la Política. Había que trabajar duro, ya para convencer a los negros de aquello que más les convenía, ya para rechazar a ciertos “blancos” que imaginaban poder llevar el agua de la **Negritud** a sus molinos insaciables . . .

Constituído el Senegal (Africa Occidental) en Estado independiente (1958), quiso el buen sentido que conservara sus vínculos con la Comunidad Francesa, que para eso se había nutrido de su savia. Leopold Sédar Séngor, que llegó luego a la Presidencia de la nueva República, ha contribuído a mantener tales vínculos, que subsistirán aún cuando, mañana, llegare a cambiarse la situación jurídica de esta nación.

El 19 de enero de 1971 y con motivo de unas declaraciones hechas por el eminente estadista negro en el Palacio de Gobierno de Dacar —la Capital

Senegalesa—, a su regreso de Nigeria, escribí en EL TELEGRAFO de esta ciudad:

“La **Negritud** —un credo, una filosofía, una nueva manera de ver los problemas contemporáneos— interesa no solamente a Senegal, en donde se viven ya las principales ideas de su creador: interesan a todos los negros, que no han de danzar forzosamente en la pista, deslucida ya, del “Tercer Mundo”. Una porción de ellos, admítanlo o nó los exégetas de la **Negritud**, tiene como asiento al Continente Americano. Para las gentes sencillas, por no decir superficiales, tal porción se halla limitada a los EE. UU. y Brasil. La realidad es otra, empero.

“Esta circunstancia nos obliga a mirar con atención el movimiento que, según revela L. S. S. principió en París, cuando él era estudiante de **Quartier Latin**, y luego fue dirigido a la política activa —año de 1945—, y convertido, por fin, en teoría de Gobierno, gracias a la designación de su abanderado para la Primera Magistratura de aquella República.

“Oigamos a Senghor. Cuando la periodista brasileña Lea María del Jornal do Brasil (Río de Janeiro) le preguntó si era verdad la existencia de un **Senghorismo**, él se apresuró a responderle: ‘No conozco **Senghorismo** alguno: el movimiento nació en mis años de estudiante, con la colaboración de mis hermanos de raza que entonces estudiaban conmigo. Cuando, **malgré moi**, fui llevado por las circunstancias, en 1945, a la política, partiendo de la Teoría de la **Negritud**, procuré trazar un camino original, para la solución de nuestros problemas sociales y económicos. Procuré realizar este trabajo con algunos camaradas, fieles compañeros míos:

una ideología nacional, una ideología que fuera al par socialista y democrática. Y es tal ideología la que tratamos de poner en marcha actualmente en Senegal. Pero yo, yo soy apenas el director de una orquesta. ¡Senghorismo no existe! '. Luego, demostrando un conocimiento superficial acerca de la porción del mundo de donde venía su entrevistadora, se expresa: 'Somos como los latinoamericanos, pues nos nutrimos a gusto de la violencia; tenemos mucho calor humano; poseemos una gran fuerza de expresión, y, sobre todo, mucho coraje'".

Esta posición de la **Negritud** —explicable aunque no justificable— debe estimularnos para promover acá una corriente negrista semejante, no igual, a la que se originó, hace unos treinta años, en París y cuyos frutos de bonanza ya se han saboreado".

Definir en pocas palabras el vocablo **Negritud** no es tarea sencilla. Y no lo es, principalmente, porque no todos se hallan en capacidad síquica —o biológica— para comprenderla. La **Negritud**, más se la siente que se la piensa. Jean Paul Sartre —citado por Abdías do Nascimento (**DRAMA PARA NEGROS**, Río de Janeiro, 1961), apunta: "Un blanco no podrá hablar convenientemente al respecto de la **Negritud**, por cuanto no posee experiencia interior de ella". Y más adelante, del mismo autor de **REFLEXIONES SOBRE EL RACISMO**: "Como todas las nociones antropológicas, la **Negritud** es un reflejo de ser y de deber ser: ella nos constituye y nosotros la constituímos: juramento y pasión al mismo tiempo".

He aquí por qué, lejos de propugnar un trasplante del ideario negrista de París o Dacar a los

países de este lado del Atlántico, y sin motivos para plantear nuestros problemas en iguales términos, propugnemos más bien la difusión de ideas —como las del presente ensayo— que logren levantar espiritualmente a los negros y su descendencia americana, para que, erguidos, recojan la herencia de sus antepasados y exhiban los nombres de sus figuras cimeras, desde Terencio hasta Beethoven, desde Pushkin hasta María Anderson, desde Alejandro Petión hasta Medardo Angel Silva, el Benjamín de los poetas modernistas en suelo ecuatoriano. Nó **Negritud**, propiamente, sino **Negredad**, porque, aún sus gestores, si trataran de replantearla, no podrían menos que introducir tantas enmiendas cuantas exijan los tiempos, máxime si el replanteo se hiciera pensando en los diversos pueblos americanos.

ARQUETIPO DE LA RAZA

El Gral. José Antonio Páez —una fuerza de la naturaleza en suelo americano— no era bello ni derramaba simpatía como otros. Era rudo, y la vida le había enseñado a desconfiar de los hombres. Habiendo matado, siendo aún adolescente, a un sujeto en defensa propia, por librarse de la justicia, huyó a los llanos quien había nacido en tierra alta. Y allí, no obstante sus escasos 15 años, supo luchar y vencer. Tuvo por amo y tirano a un gigante negro, que en su colmo llegó a imponerle que le lavase los pies, por las noches, para humillarlo. ¡Era la venganza del ébano contra la plata! Pero el trato que su amo le procuró le hizo, a la postre, mucho bien. Se formó llanero, y de los mejores. Con el tiempo, fue jefe de sus hermanos del Orinoco, pues tenía lo que ellos —la experiencia del medio— y lo demás de que había nacido dotado. Entre sujetos de mentalidad reducida, con más de animales que de seres humanos, hecho a la intemperie, a las necesidades y al rigor de los opresores, Páez descolló fácilmente, y ejerció un dominio asombroso y temible. Lo que no lo había leído — ¡fue tan poco lo que él aprendió en los libros! —, lo sabía por intuición, por adivi-

nación, por inspiración: “se guiaba por las estrellas” apunta un historiador.

Ya dijimos que entre sus tiranos y modeladores al mismo tiempo, **Tío Antonio** —así se llamaba a este personaje de leyenda— contaba —cosa curiosa— otro negro, igualmente vigoroso e imponente, que fue para él lo que Joaquín Lensina para el Gral. José Gervasio Artigas, con una sola diferencia: que mientras el uruguayo recogió el último suspiro de su jefe, el jefe del agnomentado **Negro Primero** recibió el último aliento de éste. Lo había amado con respetuosa admiración, y en él había aprendido a valorar las excelencias de la causa emancipadora, por lo cual había renunciado a la otra, la realista, en cuyas filas había iniciado su carrera militar (sic). ¿Cómo se produjo este fenómeno? . . . ¿Por qué la víctima de un negro llegó a dejarse seducir por la adhesión de otro hombre de color? . . . ¿Por qué el sanguinario inexorable no vengó en éste los bochornosos horrores que sufrió con el anterior? . . .

Pues bien: cuando, ya junto a Simón Bolívar, Páez toma parte en la Batalla de Carabobo (24 de junio de 1821), con él estuvo, peleando entre los más bizarros, el **Negro Primero**, furente y rugiente en el fragor del combate dirigido por Bolívar y ejecutado por Páez. Bien sabéis que entonces peleó poco, pero terriblemente: apenas una hora.

En una de éstas, el **Tío Antonio** se sorprende al ver llegar, jadeante y sangrante tanto como el noble bruto en que montaba, al **Negro Primero**. “¿Miedo? ”, le interroga increpante, en lugar de proceder como él solía . . . “Nó, mi General —respondió el moreno invicto— Vengo a decirle adiós”. . . Había corrido, ya con los estertores de la agonía,

hasta el sitio en donde se hallaba su jefe y amigo Y, como Diomedonte, el Mensajero de Maratón, no tuvo tiempo para más y se desplomó del caballo bruscamente. ¡Estaba muerto! Dos certeros balazos le habían comprometido partes vitales, y su fin era cierto. ¡Así terminó ese moreno leal y valiente, que muchas veces retiró, herido y agotado a su jefe de los campos de batalla, en donde al prieto le habían quedado fuerzas y ánimo para echárselo al hombro y escapar con él por entre las balas de los hombres y las pesuñas de las bestias.

Pereda Valdez se duele de que los uruguayos hayan elegido, para inmortalizar al negro de allí, la figura familiar pero humildísima, en el Montevideo de otros tiempos, del aguador o aguatero, debiendo y pudiendo haber tomado como símbolo al fiel compañero del Gral. Artigas: Joaquín Lensina, ése que através de incontables vicisitudes lo acompañó —como ya lo hemos visto— hasta su fin en la Capital Paraguaya participando de su soledad y comiendo de su pan. Para el negro de acá, para extender por este lado de América el culto al africano que nos ayudó a salir de la esclavitud, nadie mejor que Negro Primero, cuya efigie se alza ya, robusta y majestuosa, en la imponente anfictionía que en la dilatada llanura de Carabobo (Venezuela) recuerda una de las más célebres batallas por la independencia americana. Caminando en dirección al monumento, la primera figura que imponente se alza —a mano derecha— es la del bravo y caballeroso colaborador de J. A. Páez, héroe de la gloriosa jornada.

Si a lo largo de este libro yo no hubiera hecho más que encumbrar al Negro Primero por la blancura de su corazón, bastante habría habido con esto

para justificar mi posición de lucha. Quien busca la virtud para ensalzarla no incurre en pecado alguno: practica el bien.

EN BUSCA DE UNA CONCIENCIA NEGRA

Voy en pos de una conciencia negra. Así como existe una conciencia blanca y una conciencia amarilla, debe haber una conciencia negra. Se ha trabajado mucho en los países de abundante población india, por que cada miembro de ella sepa lo que es y lo que puede y lo que vale o representa, y, desde luego, por que nadie allí se avergüence de ser lo que es por naturaleza.

Lejos de mí la peregrina idea de abogar por la adopción de un canon negro, pues ello equivaldría a dar vida a lo que, por ventura, no existe en el Continente Americano. Quien pretenda lo contrario estará contribuyendo a la segregación que, lejos de beneficiar a los afroamericanos, los perjudicaría enormemente. Toda ley especial será siempre inconveniente: lo mismo la que crea derechos que la que impone obligaciones.

Y ya que de esto tratamos, vale la pena proclamar que la formación de tal conciencia debe traer como resultado el reconocimiento de obligaciones

en mayor medida que la exigencia de derechos: deberes de los negros para con la sociedad y deberes para consigo mismos, sin perjuicio —desde luego— de las obligaciones que, hoy sobre todo, tenemos para con la familia humana.

Nunca me explicaré suficientemente la conducta de las personas de color en los EE. UU. en donde arrasaron, emporcaron y profanaron sin mesura ni piedad la propia casa en que habían vivido, en donde habían nacido, en donde se habían criado y en donde reposaban las cenizas de sus antepasados. De tal modo ardió el odio ahí que indignados contra quienes se atrevían a recomendar medidas pacíficas para el logro de sus fines, arremetieron contra ellos, los hirieron, los sacrificaron . . .

Procuremos pasar sin abjurar, en el caso de que cupiese abjuración en el terreno racial, antropológico. Podemos decir “Ya no soy socialista” o “Ya no soy proletario”. Pero, en el estado actual de la Ciencia, es imposible exclamar, por más deseos que se tengan: “¡Ya no soy negro! ”. Tampoco pretendemos pasar disfrazados. Mostremos con dignidad tranquila nuestra fisonomía y dejemos que nuestra alma se conduzca de acuerdo con los dictados de la sangre, que una es —por ejemplo— la sicología del nórdico europeo y otra la del asiático insular. De esta diferencia de matices está hecho el concierto de la familia afrohispanoamericana, a donde cada extranjero debe venir resuelto a darnos su contingente sanguíneo, entre otros contingentes. Los alemanes de Chile y los japoneses del Brasil serán, más tarde o más temprano, absorbidos por la población general, como lo serán también los italianos de Argentina y los armenios de Uruguay.

DESPERTANDO

NEGROS PARA EL AMOR

Sobrevivientes de la era trágica aquí reseñada no quedan. Y es posible que ni por tradición se haya conservado la imagen de esos días inigualablemente tenebrosos. Los descendientes de aquellos negros desgraciados, los que imploraron o rugieron en los sembríos de algodón y caña, de cacao y café también; los que entraron en los socavones para no volver a contemplar el azul del cielo; los que tiñeron con su sangre los lienzos de los obrajes coloniales; los que fueron pasto de los más bestiales apetitos sexuales en los hogares de sus amos; los descendientes de los esclavos africanos de ayer, han olvidado ya toda esa horrible pavora. Y si algo conocen de eso es dentro de un campo limitadísimo, merced a alguna lectura reciente.

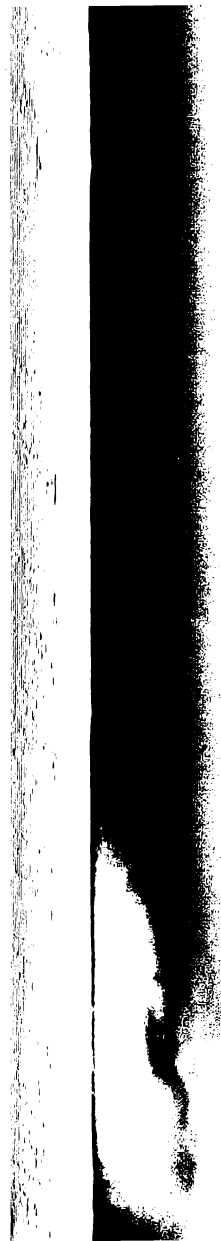
¿Revivir esto, para encender piras odiosas, mortales piras en toda la vastedad del Continente? . . ¡Insensatez imperdonable! . . . ¡delito maldecible! , tanto más cuanto que tampoco quedan los directamente responsables del inmenso holocausto tricentenario repetidamente aludido o narrado en estas

páginas . . . La gran mayoría de los "blancos" de hoy son mestizos con sangre negra inclusive, en sus venas, y sería injusto convertirlos en objetivo de un encono fiero. Recuérdese que este exhorto está dirigido, desde su prefacio, tanto a los negros "puros" cuanto a los mulatos y zambos, sus descendientes directos, y a los tercerones y cuarterones (26). Monstruosamente inicua sería la actitud revanchista de todos éstos contra reales o supuestos "blancos". En el caso de los EE. UU., mucha dificultad costaría diferenciar a los blancos que descienden de los de la época de Lincoln de los provenientes de los europeos que en millonadas llegaron después y que ninguna complicidad tienen con los que torturaron a sus siervos de color y se gozaron en tamaña torpeza.

¡Nada!, ¡nada! que siquiera insinúe encono contra otro hombre, contra otra raza, contra otro pueblo . . . Nacionalismos cerrados y cerriles, en donde se hostigue al elemento foráneo, en donde se desconfíe del extranjero (*hospes*, *hostis*), en donde el color de la piel que diferencia se imponga a los rasgos intelectuales y morales que nivelan, deben ser detenidos, aplastados, combatidos. Por otra parte. ¿cabe rechazar a alguien ahí en donde se es, queriéndolo o nó, minoría? . . .

Yo desempeñaría un papel maldecible, además de ridículo, si me dedicara a inyectar fobia en el organismo negro del Ecuador. ¿Odio contra quién? . . Renegar del sistema económico es cosa diferente, y en este caso no habrá de corresponder tan sólo a los negros y negroides del Ecuador el combatirlo y remplazarlo. Ya hemos manifestado que como víctimas del sistema individualista, igual atención merece el negro que el no negro.

¡Que la **Negredad** constituya una alianza sutil de amor y entendimiento para el sosiego y el regalo de quienes, sin haberlo buscado, llevan en sus arterias glóbulos africanos que, siendo sangre de seres iguales a los demás hombres, no tienen por qué afligirnos ni enconarnos!



EL NEGRO Y LO NEGRO EN EL
CANCIONERO POPULAR ECUATORIANO

Negro, tus ojos derriten
con una luz que no quema:
ellos con mirar derriten
el corazón de cualquiera.

Anoche estuve soñando
que me ahogaba en el Mar Negro
y al despertar vime hundido
en el mar de tus cabellos.

Ojos negros, hechiceros,
¿por qué me miran así,
tan alegres para otro
y tan tristes para mí? . . .

Allá arriba, en ese cerro,
tengo un pozo de agua clara
donde se baña mi negra
con vino y agua rosada.

Ya viene la noche prieta,
ya salen las candelillas:
como capacho 'e manteca
er negro de noche brilla.

Yo le canto a mi paloma
con la voz del corazón:
esta zamba sí merece
que me muera de pasión.

Me aconsejan que me case
con este negro sin gracia;
pero mi padre no quiere
murciélagos en su casa.

Zamba, pico 'e gavilán,
barriga de rana en pozo,
nadie se atreve a besarte
en esos labios rajosos.

Estoy queriendo una flor,
amando una maravilla;
una zamba de esta orilla
loco me tiene de amor.

Si de lo negro te admiras,
¿por qué no llegar al acuerdo
de sacarte de los ojos
eso que tienen de negro? . . .

Anoche estuve soñando
que unos negros me mataban,
y eran tus hermosos ojos
que enojados me miraban.

El ser negro no es afrenta
ni color que quita fama,
que el zapato negro luce
en el pie de cualquier dama.

Ya te conozco tu zamba,
de verita' e' buenamoza:
tiene orejas de armadillo
y boca de puerca ociosa

Si el negro y el gallinazo
se sientan en la barranca,
al negro le blanquean los ojos
y al gallinazo las zancas.

Aunque te vistas de raso
y de otras telas muy finas,
siempre tendrás la hedentina
propia del gallinazo.

Cuando me miras, negrita,
tempranito en la ventana,
me parece que ha salido
otro sol en la mañana.

Matita de yerbabuena,
de yerbabuena matita:
no sabe de cosa buena
quien olvida a una negrita.

Morenita soy, señores,
yo no niego mi color,
que entre rosas y claveles
el moreno es lo mejor.

Clavelito chino, chino,
yo no niego mi color,
que entre rosas y claveles
lo moreno es lo mejor.

Allá arriba, en esa loma,
tengo un palo de corozo:
donde come mi negrita
no come ningún mocoso.

Negro cabeza 'e chirima,
aunque te vistas de raso,
siempre tendrás la hedentina
en debajo der sobaco.

Der cielo cayó una rosa
y mi zamba la cogió;
se la puso en la cabeza,
¡qué linda me pareció!

Allá arriba, en esa loma,
hay un árbol de florón:
cuando subo con mi negra
me palpita el corazón.

Negrita, cuerpo de flores,
colorcito de manzana:
yo me comiera tus frutos,
si me agacharas la rama.

Moreno fue Jesucristo,
morena la Magdalena,
moreno el ser que adoro:
¡viva la gente morena!

Negro soy como er carbón
y me dicen innorante;
pero es carbón er diamante
que a veces vale un millón.

Más bien quisiera, negrita,
que un lagarto me tragara,
y no encontrarte celosa
mostrándome mala cara.

El pobre que está queriendo
por la fuerza se anonada,
porque no tiene qué dar
para nada ¡ay! para nada.

Y la amada a cada instante
le dice, en tono de bando,
con pitos y con clarines:
“Sí, negrito, pero dando”

Una blanca se casó
con un negro colorín,
y los hijos le salieron
del color del aserrín.

Por la luna doy un pito;
por el sol doy un botón,
por los ojos de mi negra,
¡todito mi corazón!

N O T A S

- (1) **Chiapas** o **Chiapa**, nombre mejicano correspondiente al Obispado del P. Bartolomé de las Casas.
- (2) **LA CONDICION JURIDICA DE LOS NEGROS DURANTE EL COLONIAJE EN LA BANDA ORIENTAL** (Montevideo, 1948).
- (3) **EL NEGRO EN EL URUGUAY** (Montevideo, 1948).
- (4) Así se expresa Juan Montalvo al respecto, en uno como inocultable resollar por la herida: "El Obispo de Chiapa cometió un error criminal con sustituir unos esclavos a otros, como si del encadenar negros sacaran más provecho el Reino de Dios y la Filosofía, que del desatar las cadenas de los indios. Error de la conmisericordia, error de la virtud: error, crimen nó. Los negros le deben en mal al Santo las Casas lo que los indios en bien. Su intención respecto de los primeros no fue perversa. . ."
- (5) Copio a la letra lo que el Sr. Adalberto Ortiz consigna en su novela de este nombre: "**Juyungo**, voz cayapa que significa **mono**, **hediondo**

- diablo, o malo, pero que los indios se la aplicaron al negro”.
- (6) Precisa advertir al lector con respecto a estos errores generalizados en el Ecuador, en donde se denomina **mulato** al **zambo** (Esmeraldas) y **zambo** al **mulato** (otras partes del país). **Zambo** alude, generalmente, a la naturaleza del cabello propio del **mulato**, y de ahí que se hable a menudo de “pelo zambo”.
 - (7) Según Fernando Ortiz (GLOSARIO DE AFRO-NEGRISMOS, La Habana, 1924), **Chota** parece voz de origen pongüé, pues en el Gabón, **chota** o **shota** significa acción de “espiar”, “acechar”, etc., lo cual guarda relación con la posición geográfica de este lugar ecuatoriano, en donde ahora, justamente por sus características, se ha establecido un puesto de la Policía Aduanera.
 - (8) El término que propongo para denominar el pretenso movimiento idealista es **Negredad**, que ojalá alcance la aprobación de los entendidos.
 - (9) En números redondos, ésta es la población negra, equivalente al 10 o/o de la población total, más o menos 200 millones.
 - (10) Estos forman una tribu huraña y silenciosa, pacífica desde luego, cuyo asiento se halla en la mesopotamia del Cayapa y el Onzole, en la Prov. de Esmeraldas, en donde mantienen, aún en su ocaso que parece definitivo, los usos y creencias de sus remotos antepasados. Hablan una lengua autónoma que nada tiene que ver con el Quichua que sirve para las relaciones de los indios de la Serranía.

- (11) Los apellidos que llevan los más de estos morenos y su prole numerosa corresponden a las ilustres familias serranas de Imbabura y Pichincha, de cuya propiedad eran los esclavos que lograron escaparse hacia el Occidente. Los dichos se llaman: Angulo, Carrión, Chiriboga, Pallares, Quiñónez, Tenorio, Tobar. . . , como sus dueños de antaño.
- (12) Estas fueron o unas muy parecidas las palabras que pronunció, agonizante, el Héroe Máximo del Uruguay, en Asunción.
- (13) En la crónica titulada *Invasiones Piratas* del libro *LEYENDAS, TRADICIONES Y PAGINAS DE HISTORIA DE GUAYAQUIL*, de J. Gabriel Pino Roca, se menciona, repetidamente, a los negros como actores cotidianos de los hechos de esta villa en el período colonial.
- (14) Esta subraya y las que siguen en el texto citado son del autor de *LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA*.
- (15) Alusión al óleo *La confirmación de Bolívar* (1792).
- (16) Así se llamaba al moreno que, por superiores dificultades para aprender el Castellano, lo estropeaba bárbaramente. De *bozal*, *bozalada*.
- (17) Así se nombra, principalmente en Quito, al barridor público de raza india, traído casi siempre de Zámboza y Nayón, poblaciones cercanas a la Capital.
- (18) *Chigra* o *shigra* = bolsa generalmente de cabuya y que tiene diversos usos. Es voz quichua.
- (19) Alusión a los ya legendarios *blacks panthers* de los EE.UU., en donde tantos estragos causaron.
- (20) *Morenito-a*, de *moreno-a*, está usado aquí,

eufemísticamente, por **negrito**, de **negro**, como se desprende del texto de la misma copla; nó, en el sentido propio del término.

- (21) Al llegar a este punto de la corrección de las pruebas de mi obra, siento la necesidad de consignar mi condolencia por el reciente fallecimiento de tan valioso investigador: octubre, 1973.
- (22) Me refiero al comportamiento de W. E. Burghardt, mulato estadounidense, frente a las pretensiones de un "Sionismo Negro" del moreno jamaicano Marcos Garvey, en tiempos acaso más idealistas que éstos.
- (23) Lo fue, realmente, cuando, en los campos azuayos de Tarqui, el poderoso Ejército Peruano fue "derrotado por 4.000 bravos de Colombia", al mando del Gral. J. J. Flores: 27, II, 29.
- (24) El Sr. Gral. José María Urbina, serrano sobresaliente de la Prov. de Tungurahua, casó con Dña. Teresa Jado, descendiente de D. Manuel Jado y Urbina, que nació y falleció en esta ciudad.
- (25) En ella, sita en las costas occidentes de Africa, se apercibían los barcos para el viaje —largo y penoso— del cargamento negro. Su tierra se empapó muchas veces en el llanto de quienes no volverían a ver a su patria. . .
- (26) Así dice la Real Academia de la Lengua con respecto a la segunda de estas dicciones: "nacido en América de mestizo y española o de español y mestiza; dicese así por tener un cuarto de indio y tres cuartos de español", y con respecto a la primera de ellas, la ENCICLOPEDIA HERDER define: "Hijo de blanco y mulata".

los libros del mirasol



PARA

Justino CORNEJO
y SEÑORA

MUY CORDIALMENTE
COMO RÉCUERDO

A

MESSE

21/V/69

Juanes Juan

For Justino Carnejo,
Sincerely,
Langston Hughes

THE TEXT OF THIS BOOK IS ENTIRELY FICTIONAL.
ALL NAMES USED IN THE STORY ARE FICTITIOUS, AND ANY RELATION
TO PERSONS LIVING OR DEAD IS PURELY COINCIDENTAL.

Welcome to
Harlem!

August 1,

ALL RIGHTS RESERVED
INCLUDING THE RIGHT OF REPRODUCTION
IN WHOLE OR IN PART IN ANY FORM
COPYRIGHT, ©, 1955, BY ROY DECARAVA AND LANGSTON HUGHES
PUBLISHED BY SIMON AND SCHUSTER, INC.
ROCKEFELLER CENTER, 630 FIFTH AVENUE
NEW YORK 20, N. Y.

FIRST PRINTING
LIBRARY OF CONGRESS CATALOG CARD NUMBER: 55-10048
MANUFACTURED IN THE UNITED STATES OF AMERICA
PRINTED BY R. R. DONNELLY & SONS, INC., CHICAGO, ILLINOIS
BOUND BY H. WOLFF BOOK MFG. CO., INC., NEW YORK

New York.

B R E V E A N T O L O G I A

D E P O E S I A N E G R A

ROMANCE DE LA NIÑA NEGRA

I

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en la puerta de su casa
estaba la niña negra.

Un erguido moño blanco
decoraba su cabeza;
collares de cuentas rojas
al cuello le daban vueltas.

Las otras niñas del barrio
jugaban en las aceras;
las otras niñas del barrio
nunca jugaban con ella.

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en el silencio sin lágrimas
lloraba la niña negra.

II

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en su féretro de pino
reposa la niña negra.

A la presencia de Dios
un ángel blanco la lleva;
la niña negra no sabe
si ha de estar triste o contenta.

Dios la mira dulcemente,
le acaricia la cabeza,
y un lindo par de alas blancas
a sus espaldas sujeta.

Los dientes de mazamorra
brillan a la niña negra.
Dios llama a todos los
 ángeles,
y dice: " ¡Jugad con ella! "

L u i s C a n é
(Argentino)

ESA NEGRA FULO

Aconteció que llegó
 —de esto hace mucho tiempo—
 al **bangué** (1) de mi abuelo
 una negrita muy linda
 llamada “la negra Fuló”

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

— ¡Oh, Fuló! . . . ¡Oh, Fuló! . . .
 (era la voz de la señora)
 Anda a hacer mi cama,
 ven a peinar mis cabellos,
 ayúdame a sacarme la ropa,
 ¡negra Fuló!

- ¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

La negrita Fuló
 se quedó como mucama,
 para cuidar a la señora
 y aplanchar la ropa al señor.

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

— ¡Oh, Fuló! . . . ¡Oh, Fuló! . . .
 (era la voz de la señora).
 Ven a abanicarme, Fuló,
 porque tengo mucho calor;
 ven a hacerme *cafune* (2);
 ven a mecer mi *hamaca*,
 que tengo mucho sueño, Fuló.

¡Esa negra Fuló! . . .
 ¡Esa negra Fuló! . . .

— Ven a contarme un cuento,
 ¡oh, Fuló, ¡oh, Fuló!
 (era la voz de la señora)
 ¿Dónde está mi frasco de perfume,
 el que tu amo me mandó? . . .
 ¿Fuiste tú quien me lo robó? . . .
 ¡Fuiste tú quien me lo robó!

¡Esa negra Fuló! . . .
 ¡Esa negra Fuló! . . .

El amo fue a ver cómo la negra
 era castigada por el *feitor* (3).
 La negra despojóse de su *cabecao* (4),
 y el señor dijo “ ¡Fuló! ”.
 Y la vista se le oscureció,
 lo mismo que la negra Fuló.

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

— ¡Oh, Fuló! . . . ¡Oh, Fuló! . . .
 (era la voz de la señora)
 ¿Dónde está mi pañuelo de encaje? . . .

¿Dónde están mi cinturón y mi broche? . . .
 ¿Dónde está el rosario de oro
 que tu señor me mandó? . . .
 ¡Fuiste tú quien me lo robó!
 ¡Fuiste tú quien me lo robó!

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

El amo fue a castigar él mismo
 a la negrita Fuló.
 La negra se despojó de su cabecao,
 y saltó de ella desnuda
 la morenita Fuló.

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

— ¡Oh, Fuló! . . . ¡Oh, Fuló! . . .
 (Era la voz de la señora)
 ¿Dónde está tu señor? . . .
 ¿el que Nuestro Señor me mandó? . . .
 Fuiste tú quien me lo robó.
 ¡Fuiste tú quien me lo robó! . . .

¡Esa negra Fuló! . . .
 ¡Esa negra Fuló! . . .

Jorge de Lima
 (Brasileño)

(1).— Bangué, en el nordeste del Brasil, galpón que en los ingenios azucareros servía para alojar a los esclavos; (2).— Cafuné, rascar suavemente la cabeza de los niños para hacerlos dormir; (3).— Feitor, capataz muy cruel en los asientos negreros.— Cabecao, vestido, camisa, túnica "que se quitaba por debajo".

M A C L A U D I N A

Cla—pique—plá
Cla—pique—plá.

Por las calles silenciosas
de la quieta Trinidad,
deshaciendo sus chancletas,
Ma Claudina ¿a dónde irá? . . .
Tarareando va una rumba,
va recordando un bembé:
“Semi, semi, semi,
seberiyagua orocó,
sambo saroza semillé,
gongorosongo mí”.

Tira la saya, Claudina:
vamo a ve, qué vamo a ve.
¡Qué vieja está Ma Claudina
que ya no puede ni andar.
Pero se esfuerza y va lenta
de San Procopio al pajar.
Al cruzar por una esquina
la chancleta resbaló . . .
¡Pobre Claudina, qué pena,
la cabeza se rompió!

CANTO NEGRO

¡Yambambó, yambambé!
Repica el congo solongo,
repica el negro bien negro:
congo solongo del Songo
baila yambó sobre un pie.

Mamatomba
serembe cuserembá.

El negro canta y se ajuma,
el negro se ajuma y canta,
el negro canta y se va.

Acumeme serembó,
aé
yambó
aé.

Tamba, tamba, tamba, tamba;
tamba del negro que tumba;
tumba del negro, caramba;

caramba, que el negro tumba:
yamba, yambó, yambambé.

Nicolás Guillén
(Cubano)

CANTO FUNERAL

¡Cundingui,
cundingui,
din, din, din!

Bano llorá
muetto pobre.
Mañana toca mí,
pasao toca ti.

¡Cundingui,
din, din, din.

Alberto Ballagas
(Cubano)

CONTRIBUCION

Africa, Africa, Africa,
tierra grande, verde y sol.
En largas filas de mástiles
esclavos negros mandó.
¡Qué trágica fue la brújula
que nuestra ruta guío!
¡Qué amargos fueron los dátiles
que nuestra boca encontró!
Siempre han partido los látigos
nuestra espalda de cascol,

y con nuestras manos ágiles
 tocamos guazá y bongó.
 Sacuden sus sonos bárbaros
 a los blancos, los de hoy;
 invade la sangre cálida
 de la raza de color,
 porque el alma, la de Africa
 que encadenada llegó
 a esta tierra de América,
 candela y canela dio.

Adalberto Ortiz
(Ecuatoriano)

J A Z Z

Ton. . . ton. . . ton. . . tóntoron. . . tonton. . .
 (ton. . . ton. . .

Música de negros y de nervación!
 Giran las parejas llenas de locura
 y entre un erotismo que infunde pavora
 se acelera el ritmo de mi corazón.

Tan. . . tan. . . tan. . . tántaran. . . tantan. . . tan. . .
 (tan. . .

Prosigue frenético el canto del jazz.
 Coctel de alegría
 que mata a la vieja y azul melodía
 con nuevo compás. . .

Música de negros y de lobreguez.
 Sinfonía pura escrita al revés.
 Ebriedad. Espasmo. Feroz bamboleo
 que azuza el deseo
 picando los pies.

Sigue la estridencia. Suena el saxofón,
y todos bailamos en un sólo son
ese baile loco que enerva el cerebro
y es todo un enebro
de complicación. . .

Baile modernista. Música . Jazz Band;
carcajada suelta del viejo Satán. . .
Baile que satura,
lleno de locura
con aquel tan. . . tan. . . tantarán. . . tan. . . tan. . .
(tan. . .

Baile del Demonio. Suena ya el trombón.
Baile que parece rememoración
de danzas macabras con su ¡Jule. . . Jule!
bailada por locos muñecos de hule
sin ton ni razón. . .

Baile del siglo XX. Fuego de cascabel.
Llanto del Demonio, llanto de Luzbel.
Y entre ese marasmo
se quema un espasmo.
¡Torre de Babel!

Música de negros. Intoxicación.
Pone la trompeta —hilo de emoción—
una gran locura
que infunde pavura
y acelera el ritmo de mi corazón.

Oswaldo Escobar Velado
(Salvadoreño)

JUEGOS DE CONGOS EN EL GRANILLO

Bajo la luna de enero
—noche de San Sebastián—
hacen fiesta con sus juegos
los congos en su solar.

Repercute en El Granillo
el cumbé del baile autócto-
(no,
mientras un farol colgante
quiere alumbrar el jolgorio.

Suena un chas-chas en el baile,
cuando arrastran por la tierra
los negros sus zapatones,
las negritas sus chancletas.

El palacio es un ruinoso
bodegón. Tiene a su frente
un estrado. Cerca, un pozo
ciego. Llenan el ambiente
pesadillas de Palenque!

(¡Vibra el tam-tam de la raza!)

El Rey de los congos manda
 que le apresen españoles:
 comprará con el rescate
 siete clases de licores.
 Salen congos a la calle
 y al que pasa van prendiendo;
 las congas - bamboleantes
 las caderas— van con ellos.
 ¡Que les vacien los bolsillos!

Los cautivos son llevados
 ante el estrado del Rey,
 y el Rey con sorna los mira
 de la cabeza a los pies.
 Habla el Rey —que es Juan de
 (Dios:
 —Por estos hispanos ricos
 pido en rescate un millón.

Alrededor de los rehenes
 las congas les hacen muecas;
 siguiendo el albur del juego,
 ellos pagan las pesetas.

Manda el Rey por las
 (bebidas
 e invita a los rescatados:
 unos beben y se quedan
 y los demás huyen bravos.

Y en el estrado se juega
 una nueva pantomima
 cuando embarcan los esclavos
 en el Africa sombría.

Se amontona en la bodega
 (¿por qué los negros son
 (tantos? . . .)
 del buque la carga prieta
 (¿por qué su llanto es tan
 (blanco? . . .)

Y parodiando el dolor,
 las congas rasgan sus ropas;
 asoman pechos en flor,
 axilas de pura estopa
 y caderas de estracita
 que de lujuria transpiran.

(Llora el tam-tam de la raza)

Y en esa ingenua comedia
 la raza sufre su yugo.
 Un pelele es el verdugo.
 Sogas de tender, cadenas.
 El Rey de España, un pilón.

El mar, la cuenca del pozo.
 Aquí sólo es de verdad
 el Rey negro: Juan de Dios,
 con su botella de ron
 y su personalidad.

Se agotan litros y cajas
 del aguardiente brutal;
 ya están borrachos perdidos
 los congos del arrabal.

El tambor se pone bravo.
 Los tamboriles se rajan.

Las danzas de los esclavos
avivan su zarabanda.

Cada congo es una ganga,
y estallan en el relajo
baratillos de cananga
entre alborotos de grajo.

Y nadie es, si no es.
Ya nadie manda, ni el Rey,
porque un cimarrón traidor
lo derrocó, a puro mongo,
y lleva al tumulto un tongo
que se vuelve un dictador.

Al llegar la madrugada
casi vacío está el patio
bajo el guiño moribundo
que hace el farol olvidado.

Salen los últimos músicos
con tamboriles y cajas:
se dijera que en el patio
nunca hubo congos, ni nada.

(Calla el tam-tam de la raza!)

Demetrio Korsy
(Panameño)

DANZA NEGRA

Calabó y bambú.
 Bambú y calabó.
 El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
 La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.
 Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.
 Es la danza negra de Fernando Poo.
 El cerdo en el fango gruñe: pru-pru-prú.
 El sapo en la charca sueña: cro-cro-cró.
 Calabó y bambú.
 Bambú y calabó.

Rompen los junjunes en furiosa ú.
 Los gongos trepidan con profunda ó.
 Es la raza negra que ondulando va
 en el ritmo gordo del mariyandá.
 Llegan los botucos a la fiesta ya.
 Danza que te danza la negra se da.

Calabó y bambú.
 Bambú y calabó.
 El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
 La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.

Pasan tierras rojas, islas de betún:
Haití, Martinica, Congo, Camerún;
las papiamentosas Antillas del ron
y las patualesas islas del volcán,
que en el grave son
del canto se dan.

Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.
Es la danza negra de Fernando Poo.
El alma africana que vibrando está
en el ritmo gordo del mariyandá.

Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.

L u i s P a l é s M a t o s
(Portorriqueño)

C L A R O D E L U N A

Calma divinidad en su gran trono.
Mi corazón domina con su belleza oscura.
Tiene ojos grandes, dulces, negros cielos sin astros,
ojos grandes y negros, claro de luna inmenso;
siempre sombras, siempre dulces como un claro
de luna que fuera negro.

L o u i s B o r n o
(Haitiano)

T E N C O N T E N

Estás, en pirata y negro,
mi isla verde estilizada:
el negro te da la sombra,
te da la línea el pirata.
Tambor y arcabuz a un tiempo
tu morena gloria exaltan,
con rojas flores de pólvora
y bravos ritmos de bámbula.

Cuando el huracán desdobla
su fiero acordeón de ráfagas,
en la punta de los pies
—ágil bayadera— danzas
sobre la alfombra del mar
con fina pierna de palmas.

Podrías ir de mantilla,
si tu ardiente sangre ñáñiga
no trocara por Madrás
la leve espuma de España.

Podrías lucir, esbelta,
sobriedad de línea clásica;
si tu sol, a fuerza de oro,
no madurase tus ánforas
dilatando sus contornos
en amplitud de tinaja.

Pasarías ante el mundo
por civil y ciudadana,
si tu axila —flor de sombra—
no difundiera en las plazas
el rugiente cebollín
que sufríen tus entrañas.

Y así estás, mi verde Antilla,
en un si es que no es de raza,
en ten con ten de abolengo
que te hace tan antillana. . .
Al ritmo de los tambores
tu lindo ten con ten bailas,
una mitad española
y otra mitad africana.

L u i s P a l é s M a t o s
(Portorriqueño)

CANCION

La Luna tiene su casa.
Pero no la tiene
la niña negra,
la niña negra de Alabama.

La niña negra sonríe
y su sonrisa
brilla como si fuera
la cuchara de plata
de los pobres.

La Luna tiene su casa.
Pero la niña no tiene casa,
la niña negra,
la niña negra de Alabama.

Efraín Huerta
(Mejicano)

PINTAME ANGELITOS NEGROS

¡Ah, mundo! . . . La negra Juana
 la mala que le pasó. . .
 —¿Se le murió su negrito? . . .
 —Sí, señor. ¡Ah, compadrito del alma,
 lo malo que estaba el negro! . . .
 Yo no le miraba el pliegue,
 yo no le acataba el güeso;
 como yo me enflaquecía,
 lo medía con mi cuerpo.
 Se me iba poniendo flaco,
 como yo me iba poniendo.

“Ya se murió mi negrito:
 Dió lo tenía dispuesto.
 Ya lo tendrá colocao
 como angelito del cielo”
 —Desengañese, comae,
 si no hay angelitos negros.

Pintor de santos de alcoba,
 pintor sin tierra en el pecho
 que cuando pintas tus santos

no te acuerdas de tu pueblo.
Y cuando pintas tus vírgenes
pintas angelitos bellos;
pero nunca te acordaste
de pintar un ángel negro.

Pintor nacido en mi tierra
con el pincel extranjero;
pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos:
aunque la Virgen sea blanca,
píntame angelitos negros.

No hubo pintor que pintara
angelitos de mi pueblo;
ángel de buena familia
no basta para mi cielo.
Yo quiero angelitos rubios
con angelitos trigueños.
Aunque la Virgen sea blanca,
¡píntame angelitos negros!

Si queda un pintor de santos,
si queda un pintor de cielos,
que haga el cielo de mi tierra
con los tonos de mi pueblo;
con sus ángeles catires,
con sus ángeles trigueños;
con sus angelitos blancos,
con sus angelitos negros;
con su ángel de perla fina,
con su ángel de medio pelo,
que vaya comiendo mangos
por las barriadas del cielo.

Igual que pintas tu tierra,
 así has de pintar tu cielo:
 con un sol que tuesta blancos,
 con un sol que tuesta negros,
 porque para eso lo tienes
 calentito y de los buenos.
 Aunque la Virgen sea blanca,
 ¡píntame angelitos negros!

Si al cielo voy algún día,
 he de hallarte allá en el cielo,
 angelítico del Diablo,
 serafín cucurucero.
 No hubo una iglesia de rumbo,
 no hay una iglesia de pueblo
 donde hayan dejado entrar
 el cuadro "Angelitos negros".
 Y entonces ¿a dónde van,
 angelitos de mi pueblo,
 zamuritos de Guaviare,
 torditos de Barlovento? . . .

Si quieres pintar tu cielo
 igual que pintas tu tierra,
 cuando pintes angelitos
 acuérdate de tu pueblo,
 y al lado del ángel blanco
 y junto al ángel trigueño,
 aunque la Virgen sea blanca,
 ¡píntame angelitos negros!

Andrés Eloy Blanco
(Venezolano)

LA RONDA CATONGA

Los niños en las esquinas
forman la ronda catonga,
rueda de todas las manos
que rondan la rueda ronda.

Macumba macumbembé,
los negritos africanos
forman también una ronda
con la noche de la mano.

Para ahuyentar al mandinga,
macumba macumbambé,
hay que tirar una flecha
y bailar el candombé.

Al tango tiringutingo,
tiringutango tiringunté,
pasó una linda negrita,
más linda que no sé qué.

Las estrellas forman ronda
cuando juegan con el sol,

y en el concombé del cielo
la luna es un gran tambor.

A la rueda, rueda;
a la ronda, ronda,
que los negros hicieron ca-
(tonga
y los blancos mandinga.

Ildefonso Pereda Valdez
(Uruguayo)

NEGritUD

Mi negritud no es una piedra. Su sordera abalanzada
(contra el clamor del día;
Mi negritud no es una nube de agua muerta sobre el
(ojo muerto de la tierra;
Mi negritud no es una torre ni una catedral:
se sumerge en la carne roja del sol;
se sumerge en la carne ardiente del cielo,
horada el agobio opaco de su recta paciencia.

Aimé Césaire
(Martiniqueño)

VILLANCICO DEDICADO
A SAN PEDRO NOLASCO

Un negro que entró en la iglesia,
 de su grandeza admirado,
 por regocijar la fiesta,
 cantó al son de un calabazo:

“ ¡Tumba, la, la, la! ¡Tumba, le,
 (le, le! . . .
 que donde ya Pilico esolaba
 (no quedé.
 ¡Tumba, la, la, la! ¡Tumba,
 (le, le, le! . . .
 que donde ya Pilico esclava
 (no quedé.

“Oí dicí que en las Melcede
 éstos Parre Mercenaria
 hace una fiesta a su Padle.
 ¿Qué fiesta? . . . ¡Como su cala! . . .

“Eia dice que ridimi.
 ¡Cosa parece encantada,

porque yo la obla je vivo
 y los Parre no me saca! : . .
 La otra noche con mi conga
 turo sin dormí pensaba,
 que no quiele gente plieta
 como ella son gente branca.

“Sólo saca al pañola,
 pues Dioso, imira la tlampa!
 que aunque negla, gente somo,
 aunque nos dici “icabaya!”

Mas, ¿qué digo, Diosa mío? . . .
 Los demonios que me engaña,
 para que esté mulmulando
 a esa redentora casa.
 El santo me lo perrone,
 que so una malo hablala,
 que aunque padezca la cuepo,
 en ese, libla las almas”.

Sor Juana Inés de la Cruz
(Mejicana)

LAVANDERA CON NEGRITO

Eta tarde lo bañé,
y ya etá otra be' hecho un puecco.
—Como buelba' a comé tierra,
te ba a cogé la confronta.

Ba 'habé que traé una grúa
pa' levantá
al negro Tomá Jacinto
que no quiere caminá.

— ¡Caridá! . . .
— ¡Caridá! . . .
Sigue alante con la ropa,
que yo me quedo con él
pa' quitale la perreta.

Tú ba' bé', Tomá.
¡ Tú ba' bé' quien puede má'!
Ya abrió la jaiba, San Lázaro.
¡Qué negro ma' rebirao!
Tam mobío y tan lijoso. . .
No hay casi pa' la chaúcha. . .
¡Ba 'abé pa' cogé automobi! . . .

Tomá' Jacinto,
tan bedá como que me llamo Paula,
que tú te va' levantá y ba' seguí caminando.
Me voy a quitá e' zapato,
pa' da'te cranque, moreno.

—Caridá! . . .

—Caridá! . . .

Sigue alante con la ropa,
que se hase ta're, po' Dió'.
El negro se ha encangrejao,
y voy a tené que dale
candela, como al macao.

Emilio Ballagas
(*Cubano*)

PRELUDIO A "WEARY BLUES"

Soy un negro,
tan negro como la noche oscura,
negro como la entraña de mi Africa.

He sido esclavo:
César me hizo limpiar sus escaleras,
cepillé las botas de Wáshington.

He sido obrero:
bajo mis manos se alzaron las pirámides,
hice la mezcla para el Woolworth.

He sido cantor:
todo el camino de Africa hasta Georgia
llevé mis cantos tristes.
Inventé el rag-time.

He sido una víctima:
los belgas me cortaron las manos en El Congo,
me linchan hoy en Texas.

Soy un negro,
tan negro como la noche oscura,
negro como la entraña de mi Africa.

Langston Hughes
(Estadounidense)

DÉSDÉ LA NÉGRA RETINTA

**Desde la negra retinta
al cuarterón de mulato,
cada cual, según su pinta,
exige distinto trato.**

Al que de Inga no le toque,
le tocará de Mandinga:
todo es la misma jeringa
con diferente bitoque.
Algún fulano que enfoque
su genealogía extinta,
de ascendencia cuarta o quinta
por ramajes paralelos,
hallará entre sus abuelos
desde la negra retinta.

Hallará al negro bozal
que convivió con su amita
naciendo de aquella cita
su ilustre tronco ancestral.
Dicha hija natural
—a fines del Virreinato—
sostuvo concubinato

con un hidalgo andaluz,
y así vino a dar a luz
al cuarterón de mulato.

El mulato cuarterón
presume de su linaje,
pero niega el mestizaje
de abuelos color carbón:
busca al tío chapetón
y al negro le hace una finta.
Aunque su piel es distinta,
no envidia ni sus cabellos;
se apartan, aún entre ellos—
cada cual, según su pinta.

En cuanto a lo que me toca,
de ser como soy me alegro:
ojos pardos, cutis negro,
rizo el pelo y gruesa boca.
El ser así no me apoca
ni me vuelve mentecato.
Sólo una cosa combato:
racismo negroide inó!
. . . aunque un zambo como yo
exige distinto trato. . .

Nicomedes Santa Cruz
(Peruano)

INDICE

	Págs.
Presentación	1
Motivación	5
Canto Elegíaco	7
Iguales ante la Ley.	10
Horrible travesía y desembarco atroz	15
Negros en Costa y Sierra ecuatorianas.	17
Chota, Yunguillas, Catamayo	19
Negros y negros en el Ecuador	22
El mestizaje de arriba y el de abajo	24
Sangre africana en América	25
Harriet Beecher Stowe y Abraham Lincoln, allá	29
Azabache en estuche verde	32
Negros versus indios	36
América, el Continente de los mestizos	38
Hacia la revisión de la Historia de América	40
“¿Indoaafroamericanos” o “afroindoameri- canos? ”	52
Bolívar, los negros y nosotros	56
Alejandro Petión, capítulo especial.	62
Innegable aristocracia de ciertos negros	66
“Al blanco lo hizo Dios”	70
Ni humillado, negro, ni osado	73
No negro por “la color”, sino por el cariño	77
Literatura negrista o “negroísta”	81
Juan Montalvo, el mestizo insigne	85
Engrosamos nuestras filas, honrándolas	88
Negros en la Literatura	96

Ortiz, Estupiñán y Preciado	99
El matrimonio Costales—Peñaherrera	102
Antigüedad del tema negro	104
Tres momentos históricos	109
Negrismo y montubismo	114
Los negros en la “revolución de Concha”	116
Sangre negra y revueltas rojas	120
Sandoval, precursor de Clavert	122
Clavert de cuerpo entero	126
La “Negritud”, con Senghor y los otros	129
Arquetipo de la Raza	134
En busca de una conciencia negra	137
Despertando negros para el amor	139
El negro y lo negro en el Cancionero	
Popular Ecuatoriano	142
Notas	147
Breve Antología de Poesía Negra	151
Índice	185

DEL MISMO AUTOR

Próximamente:

UNA VIDA AL SERVICIO DE LA CULTURA Y DE LA
PATRIA.

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de la Editorial GREGORIO
de Portoviejo, en el mes de
mayo de mil novecientos
setenta y cuatro
Colón 216
Telf. 903

Sin embargo de la intensa vida de investigador y polemista, de literato y educador, fue dejándonos, con plena conciencia de su misión, una vastísima producción periodística que se recomienda por su gallardía y su elegancia, por su inquebrantable dignidad y su intención insospechablemente generosa.

El tema que aquí se aborda (la Negritud) no es nuevo en el Mundo. Lo es, sí, entre nosotros, en donde apenas si se lo ha rozado. J. C. lo trata briosa y elegantemente desde diversos ángulos, mas sin perder de vista lo ecuatoriano, pues cree estar haciéndolo únicamente para sus compatriotas, que ávidos leerán este libro claro y garboso en el cual hierve la sangre africana que Corneio se ufana con llevar en sus venas y que comunica color y calor al mestizaje americano ó "afroindohispano", como propone nuestro autor.

La labor de J. C. ha sido galardonada con el ingreso a innúmeras instituciones de alta cultura, y con el otorgamiento de condecoraciones, entre las cuales figuran la de Comendador de la Orden de Isabel la Católica, de Caballero de la Orden de Montalvo y la de Comendador de la Orden del Infante D. Henrique de Portugal. Para mayor satisfacción de los manabitas, que consideramos como uno de los nuestros al autor de LOS QUE TENEMOS DE MANDINGA, añadiremos que también la condecoración máxima de la Fundación Internacional Eloy Alfaro luce en el pecho de este ecuatoriano ilustre, autor de una treintena de obras que son siempre leídas con agrado y provecho por nacionales y extranjeros.

Dirección del Autor:

Piedrahita No. 1315

Guayaquil - Ecuador